

CIENCIAS / SOCIALES

1

POLITICA

Y

SOCIEDAD

- AGUSTIN CUEVA
- BOLIVAR  
ECHEVERRIA
- ALEJANDRO  
MOREANO
- JUAN  
MAIGUASHCA

**SERIE: CIENCIAS SOCIALES**



DIRECTOR RESPONSABLE DE ESTE NUMERO:  
DR. DANIEL GRANDA A.

**POLITICA Y SOCIEDAD**

*AGUSTIN CUEVA  
BOLIVAR ECHEVERRIA  
JUAN MAIGUASHCA  
ALEJANDRO MOREANO*

ESCUELA DE SOCIOLOGIA Y CIENCIAS POLITICAS U. C.

DIRECTOR: RAFAEL QUINTERO

## COLABORADORES

Muñoz, Gonzalo  
Castillo, Alfredo  
Benítez, Milton  
Mello, Enzo  
Roig, Andrés  
Corral, Simón  
Saltos, Napoleón  
Jácome, Nicanor  
Merlo, Pedro  
Palomeque, Silvia  
Arancibia, Juan  
Loyola, David  
Murmiz, Miguel  
Piedra, Vicente  
Scovazzi, Enma  
Fernández, Jorge  
Moncayo, Patricio

Rodríguez, Carlos  
Verduga, César  
Del Campo, Esteban  
Guerrero, Andrés  
Guerrero, Marco  
Ventimilla, Oswaldo  
Vergara, Francisco  
Vizuete, J. César  
Velasco, Fernando  
Cornejo, Diego  
Espinoza, Leonardo  
Jusid, Ana  
Estrella, Pablo  
Bravo, Gonzalo  
Quishpe, Carlos  
Bulnes, Sara

## PRESENTACION

Es motivo de grandísimo honor para mí, el presentar una tarea que la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador en su conjunto lleva a realización. Toda realización, y ésta en particular, ha supuesto una preocupación y un trabajo de toda la Escuela, en especial de la Dirección de la misma. Si toda realización, pues, supone ser sensible ante lo que debe ser realizado, y trabajar para su cumplimiento, lo que ahora estamos presentando es la realización—inicial, y esto es lo meritorio, de algo que faltaba al interno de la Escuela, de la Universidad, del País y probablemente de Latinoamérica.

La revista CIENCIAS SOCIALES, cuyo primer número publicamos, se convierte así en el centro del pensamiento, que hoy no puede ser que pensamiento—social.

La revista CIENCIAS SOCIALES, centro del pensamiento—social, será tal en medida que sea pensamiento de la realidad.

Si la revista CIENCIAS SOCIALES se presenta como centro del pensamiento—social, y, por otro lado, todos hemos sentido su falta, el pensamiento—social se presenta como una necesidad.

Trataré, pues, de reflexionar primero sobre esta necesidad de pensar, luego sobre qué es lo que da que pensar y, por fin señalar la obligación de decir lo que se piensa:

El hombre es "animal racional", nos decía ya el gran pensador griego Aristóteles. De esta "animalidad racional" se desprende la capacidad de todo hombre para pensar. Sin embargo, de la capacidad para... no resulta el hecho mismo para lo cual se es capaz. Este planteamiento un poco complicado puede ser ilustrado con un ejemplo: Existe el hombre latinoamericano, por tanto, "una animalidad racional" latinoamericana. Y si hay una "animalidad racional" latinoamericana, existe la capacidad para el pensar latinoamericano. Ahora bien, de la capacidad —mera posibilidad— para el pensar latinoameri-

cano, se ha llegado de hecho al pensar latinoamericano? Esta es la pregunta que muchos de nuestros pensadores —notemos que decíamos pensadores— se han planteado y se siguen planteando, aunque para la mayoría como pensamiento filosófico. (1) La respuesta que viene de un grupo de autores tanto del exterior como del interior del Continente es de una declarada incapacidad para el pensamiento filosófico de los latinoamericanos. (2) Con muchos otros autores, nuestra respuesta, de una vez por todas, es que sí existió y existe un pensamiento latinoamericano. Más aún, que dicho pensamiento es genuino, original y peculiar, en el verdadero sentido de estas palabras. Prueba de esto son los mismos escritos de los mencionados autores y de muchos, muchos otros.

Es posible que todavía alguien busque en Latinoamérica los grandes sistemas tipo Sto. Tomás de Aquino, Kant, Hegel, para poder entonces sí declarar la existencia del pensamiento latinoamericano. Todos sabemos, que tales sistemas no los encontramos en Latinoamérica. Pero, declarar por esto la inexistencia del pensamiento latinoamericano, es desconocer las distintas "formas de pensamiento que de hecho han jugado de modo manifiesto en todo el proceso de la historia ecuatoriana y latinoamericana", decía hace poco nuestro amigo Roig.

Nosotros, hombres ecuatorianos y latinoamericanos, nos encontramos en este proceso con una responsabilidad especial, ya que no solo somos intelectuales como todos, sino que en cuanto docentes y hombres de Universidad, desempeñamos en la sociedad la función de intelectuales, como diría Gramsci A. (3)

Se trata, pues, no solo de la responsabilidad ante lo que debe ser pensado, sino de la necesidad de pensar.

Y, ¿qué es lo que debe ser pensado? Con esta pregunta entramos al segundo punto que nos habíamos propuesto reflexionar:

Nuestra responsabilidad de pensar tiene que ir dirigida a nuestra propia historia, ya que la historia es la clave para comprender a los pueblos, para comprender al hombre. Solamente bajo la óptica del querer comprender, el dato frío, cientifista, positivo de la historia, se transforma en un dato significativo. Con la dimensión significativo, la historia llega a su plenitud, esto es, significar. Por tanto, es la historia la que significa. Y lo que significa la historia es su representación misma, es decir, la realidad. De aquí que la significa-

ción del historiador que quiere comprender, sea una significación implicada. Implicada por la significación histórica, esto es, por la realidad. (4) Es, pues, la realidad histórica la que se deja captar por la teoría histórica trabajada por el historiador. En la medida que tendamos a nuestra realidad histórica que es en sí lo que debe ser pensado, seremos capaces de pensar. Y solamente cuando nos hagamos uno con esta realidad, estaremos realmente pensando. En este sentido, grande es la empresa y la responsabilidad de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central y, de toda institución que se dedique al estudio de la sociedad ecuatoriana en su historia. La revista CIENCIAS SOCIALES, que estamos presentando, quiere ser precisamente, el centro de reflexión y de información de nuestra realidad social en su dimensión histórica.

Nuestra responsabilidad de pensar tiene que ir dirigida, con ayuda del estudio histórico, a lo que es en sí lo que debe ser pensado, esto es, nuestra realidad actual. De esto, nos queda bien claro, que lo en sí que debe pensarse es nuestra realidad. Ahora bien, al decir que lo que debe pensarse es lo en sí de nuestra realidad, estamos suponiendo que la realidad es en sí factible de pensamiento. Según nos parece, esto es así, porque es la realidad en sí la que da que pensar. Nosotros somos, pues, los receptores de ese don de la realidad. Donación que es don a pensarse. El pensamiento, es, pues, un pensamiento implicado. Implicado por la realidad. El pensamiento parte de la realidad.

La realidad, por tanto, es la que da que pensar. Pero, da que pensar en la medida que no es totalmente ajena al pensamiento.

Realidad y pensamiento son, por tanto, co—originarios.(5)

El pensamiento no se mueve, según lo que acabamos de decir, con un libertinaje individualista y caprichoso, sino con una libertad entendida al interior de una realidad social concreta.

En el caso que por cualquier motivo no pensemos —esto sería la vergüenza de nuestra Universidad entendida como sede del pensamiento — es porque estamos lejos —esto sería lo triste y lo que nos debería poner en real crisis— de aquello que debe ser pensado, es decir, de nuestra realidad. "Lo gravísimo de nuestra época grave —podríamos decir con Heidegger M. es que no pensamos"(6).

Tenemos que estar, por tanto, atentos a la realidad, que es ella la que nos dará que pensar. Y si pensamos, tenemos la obligación de decir lo que pensamos, creyendo fuertemente, como docentes, en la fuerza de la palabra.

que no es pura palabra, sino la realidad—en—la—palabra.

La revista CIENCIAS SOCIALES, quiere ser el centro de escucha de la realidad, el centro de esta realidad en el pensamiento, y el medio de comunicación que satisface esta obligación nuestra de decir lo que pensamos. Pensamiento que no puede ser que pensamiento crítico.

Los artículos de este primer número son las participaciones de algunos compañeros al Primer Congreso Nacional de Facultades y Escuelas de Sociología realizado hace poco en esta Universidad, y cuya sede fué nuestra Escuela.

Quito, 30 de Agosto de 1976

Dr. Daniel Granda Arciniega.

- 
- (1) Mencionamos solamente algunos: J.B. Alberdi, Andrés Bello, Antonio Caso, Francisco Romero, A. Salazar Bondy, y entre los contemporáneos: Leopoldo Zea y nuestro Profesor y amigo Arturo A. Roig, entre otros.
  - (2) Mercado K. por ejemplo, piensa que a los latinoamericanos les falta capacidad para el pensamiento filosófico: Cf. Historia de las Ideas en América Latina, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1958, pp. 34-42.
  - (3) Cf. Gramsci A., Gli Intellettuali e l'organizzazione della cultura, Roma, Reuniti, 1971, p. 17.
  - (4) Cf. Ricoeur P., Histoire et Vérité. Objectivité et subjectivité en histoire, Paris, Seuil, 1955, pp. 23-44
  - (5) Es por aquí que podríamos llegar a la característica frase de Hegel: "Todo lo real es racional y todo lo racional real", explicada muy bien por nuestro Profesor y gran amigo Enzo Mella. Cf. La filosofía en la "Fenomenología del Espíritu", en "El Guacamayo y la serpiente", Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1976, No. 12, pp. 121-141.
  - (6) Cf. Heidegger M., Was heisst Denken? Trad. española, Buenos Aires, Nova, 1972, pp. 11ss.

## DISCURSO DE INAUGURACION DEL PRIMER CONGRESO DE ESCUELAS DE SOCIOLOGIA DEL ECUADOR

Inauguramos esta mañana el Primer Congreso Nacional de Escuelas de Sociología del Ecuador. Como todo Congreso se trata, sin duda, de una reunión para exponer e intercambiar los logros que se han obtenido en el quehacer científico y asegurar, en lo posible, un avance en la tarea diaria de la producción teórica. Para nosotros la Sociología es una ciencia y nuestra preocupación es la constitución de esta ciencia aplicada a nuestra realidad y a las condiciones históricas que vivimos. Y nos reunimos aquí, precisamente, con esta finalidad: esclarecer nuestro trabajo y adquirir un mayor conocimiento de lo que somos y del destino que nos determina. Visto de esta manera, el Congreso sería y podría convertirse en un cónclave de eruditas y profundas disquisiciones teóricas, enmarcadas rigurosamente en los límites de la objetividad científica. Indudablemente, en tanto ciencia, para nosotros la Sociología posee un objeto "real concreto" que la conforma y una metodología rigurosamente racional, que estructura su saber objetivo; con esto queremos poner de relieve que nuestro discurso no sólo no es ideológico, sino además se construye en función de la desmistificación y destrucción de toda la Sociología burguesa pseudo científica, nacida en virtud de la defensa de los intereses de clases y de dominación. Con esta aseveración estamos planteando ya una característica que necesariamente deberán tener nuestros debates: serán eminentemente críticos y tendrán como función desvelar la falsa conciencia que se expresa en el pensamiento oficial. Pero aún más, dada la naturaleza tan específica de la ciencia que nos reúne, donde su objeto se identifica con el sujeto, lo cual implica, de alguna manera, un "compromiso" con ese objeto en tanto somos constructores de un conocimiento del que formamos parte, por el hecho de estar insertos en el todo de una sociedad, cuya característica fundamental es la lucha de clases, ésta se diferencia radicalmente de cualquier otra ciencia en cuanto no queda restringida al exclusivo plano especulativo o puramente teórico. En tanto científicos sociales: ¿Podríamos escapar, en aras de la "objetividad científica", a esta condición y abstraernos del proceso histórico que vive nuestro pueblo? No estamos negando la objetividad científica, que alientan, animan y sostienen nuestros proyectos intelectuales, para



caer en el subjetivismo individualista de la producción ideológica. Y esto porque el sujeto es, como se sabe, la clase obrera. Lo que queremos decir es que esta preocupación sociológica conlleva, por su esencia misma, una postura política, resultante y consecuencia del conocimiento mismo de la estructura del sistema socio-económico en el cual nos encontramos, muy a nuestro pesar, sometidos.

De aquí que la significación de este congreso sea jugar este papel crítico frente al oficialismo y que su sentido sea nuestro compromiso con el proceso de liberación de nuestro pueblo y de todos los pueblos hermanos latinoamericanos.

En función de estos postulados hemos emprendido la realización de este Congreso que marca la presencia de un movimiento particular de las ciencias sociales en el Ecuador, movimiento representado en diverso grado en los distintos centros académicos aquí presentes. En un contexto nacional en que las clases dominantes tienen un real monopolio de la "Ciencia Social", ya porque ellas la integran a una visión del mundo que se configura asimilada a sus intereses de clase, ya porque ellas controlan directa e indirectamente la mayor parte del conjunto de organismos e instituciones dedicadas a "hacer las Ciencias Sociales". El hecho es que la gran mayoría de estudios sociales que se conocen en nuestro país hacen parte de una ideología de dominación, revelando el carácter mismo de una sociedad que aún no se ha librado de su vieja servidumbre. En lugar de la crítica al sistema, los estudios sociales del país se cierran en un determinismo para indicar que los intentos por desafiar el orden establecido son fundamentalmente irracionales. Este pesimismo en torno a las posibilidades de transformación está en muchos casos encubierto, pero en base a él se impulsan programas oficiales definidos por orientaciones teóricas y metodológicas que visualizan, de antemano, a las relaciones de explotación y dominación existentes como permanentes.

Para esta "ciencia" oficial, aquellos aspectos no dirigidos a consagrar el orden social, están interesados en las técnicas de hacerlo funcionar: estos estudios contienen advertencias acerca de los procesos de manipulación de las masas con fines eminentemente funcionales. El objetivo fundamental de esta pseudo ciencia oficial en manos del poder establecido, es impedir el desarrollo de un conocimiento científico de nuestra sociedad, producir una parálisis de la verdadera conciencia social, mistificando, distorsionando y ocultando los verdaderos engranajes del funcionamiento de nuestra sociedad.

De ahí que este Congreso debe ser un foro en el cual se escuche a ese movimiento nuevo de las Ciencias Sociales para que fijando las metas comunes se logre su robustecimiento. Hoy más que nunca al cientista social latinoamericano se le plantea el problema de la directa represión de su disciplina, dirigida por la derecha y el imperialismo. La represión debe entenderse como un problema político e ideológico y esta es una cuestión que es, con frecuencia, más analizada como un resultante de la interrelación de la "universidad" en su conjunto con uno u otro gobierno, cuando en realidad debe ser vista en función de diversos centros de poder, de instituciones, y organismos de la sociedad civil que contienen una política antagónica hacia el desarrollo de un pensar crítico. Si comprendemos que la universidad es también un centro de lucha, podemos entonces visualizar como, a veces, se la instrumentaliza para frenar el desarrollo de nuestras escuelas a lo interno de las mismas universidades. Es así que cuando la manipulación de los estudios en el área social falla, entonces se intenta reprimir a estos centros; cuando no se los considera superfluos, se los quiere encauzar, a veces con evidente éxito, hacia objetivos tecnocráticos que sirven al desarrollo del gran capital; cuando esto no es posible por la inserción en ellos de las organizaciones políticas de izquierda, entonces simplemente se los quiere marginar de los favores materiales dentro de nuestras universidades. Para revelar todo esto baste ver la situación de los centros de estudios sociales en algunos países latinoamericanos donde se reprime brutalmente a nuestros colegas, y las dificultades por las que atraviesan las Escuelas de Sociología nacionales cada vez que se gesta una postura de avance en su organización y en su pensamiento. El impulsar ese avance destaca asimismo la significación de este Primer Congreso, y no por otra cosa sino por el hecho de que política y teóricamente el mayor peso de este evento esté reflejando un compromiso con la clase obrera. De ahí su sentido nacional.

Estas dificultades son reflejo de la formación de un pensamiento y saber críticos, que se dan en las Escuelas de Sociología. Quizá, ellas estén encaminándose a desenmascarar la falsedad, el engaño, la mentira a revelar las ideologías dominantes, la consigna imperialista de cada momento, que contribuyen a mantener la fe en los milagros prometidos por el poder establecido. En este camino está la realización del Primer Congreso de Escuelas de Sociología y en cuanto tal representa un desafío para con nosotros mismos como constructores de las Ciencias Sociales en el compromiso con la lucha de liberación de nuestros pueblos. Pensamos que la concepción fundamental capaz de guiar los movimientos populares hacia su victoria final está robusteciéndose también en nuestro país. El relativo atraso cronológico con relación a otros

países latinoamericanos se encuentra en el retraso mismo del surgimiento de un poderoso movimiento revolucionario de la clase obrera: esa es la clave de este desarrollo acertado. Pero hoy, ante el crecimiento cualitativo del proletariado ecuatoriano, nos corresponde inscribirnos cada vez más en ese movimiento y contribuir a su desarrollo con el aporte de nuestro conocimiento.

Entonces, nos hemos congregado esta mañana para celebrar el inicio formal de este evento. Es hora no sólo de participar correctamente en el optimismo que asiste a un nuevo comienzo, sino también de realizar un serio examen sobre los objetivos que nos proponemos cristalizar aquí colectiva e individualmente.

Dado que la mayor parte de los estudios sociales —en historia, sociología, economía, política, etc. y sus respectivas fundamentaciones filosóficas— están dirigidos por el poder establecido, **este Congreso tiene como un claro objetivo político el de analizar, aprender y delinear alternativas para la juventud estudiosa de nuestro país.** Se trata entonces de fortalecer a través de un auto-examen y crítica a la nueva corriente del pensar social que se gesta fuera y dentro de los centros académicos. Este objetivo está reflejado en uno de los temas del Congreso referido al análisis de las principales corrientes en las Ciencias Sociales de América Latina y del país y su incidencia en la docencia e investigaciones ecuatorianas. Con el fin de robustecer significativamente el carácter de esta discusión han sido invitados distinguidos científicos sociales ecuatorianos residentes en el extranjero. Conjuntamente con ellos vamos a analizar el carácter, contenidos, orientaciones, y metodología del actual desarrollo de las Ciencias Sociales en nuestro país. Sus ponencias serán el eje que nos permita comprender mejor las tareas actuales con las que debemos todos comprometernos a vigorizar nuestra disciplina; que nos permita superar del todo el giro especulativo, la tradición culturalista que aún pesa en la sociología ecuatoriana y lograr la interdependencia entre el estudio de la teoría y la investigación, entender comprometidamente la necesidad de escapar por un lado, a la teorización no verificable y por otro, a la mera empiria, a esa ciega y vana búsqueda de datos. Con la colaboración de tan distinguidos colegas hemos de saber mejor definir las áreas de nuestro conocimiento académico, organizarlas con arreglo a un cuerpo teórico metodológicamente coherente, relacionarlas de tal modo que sean consistentes de por sí y compatibles con el movimiento histórico de nuestro pasado y presente.

Y esto nos trae al segundo objetivo de este Congreso: **fortalecer el estu**

**dio de la realidad nacional a lo interno del movimiento crítico de las Ciencias Sociales que queremos impulsar.** No olvidemos que el país ha tenido autores de renombre que pensaron "hacer llorar al mundo" si escribieran sobre el infortunio del campesino indígena sin haber dedicado más de dos páginas al tema. Lo grave está incluso que en el seno mismo del movimiento de denuncia se nota aún la ausencia de una fuerte preocupación intelectual centrada en el estudio del funcionamiento de nuestra sociedad. Esto es grave por cuanto el desarrollo de un pensamiento crítico en nuestro país se dará también en la medida en que se combata el desconocimiento de la resistencia del mundo objetivo; querer alcanzar un fin por más noble que este sea desconociendo las circunstancias concretas que a veces contradicen esa voluntad; el temer retroceder en posiciones anteriormente sustentadas aunque exista conciencia de sus debilidades, significa rehusar a participar en las luchas presentes; es preferir el fin en abstracto, es caer en posiciones reñidas con los intereses del movimiento real, es preferir la idea del fin a su encarnación, es plantearse ese fin incondicionalmente en vez de discernirlo y engendrarlo a través de las resistencias del mundo tal como es.

De ahí que la manera correcta de asimilar la conceptualización fundamental de la sociedad es asimilarla "con el único fin de aplicarla". Esquivar esto es caer en especulaciones de lo abstracto—general desconectadas de la realidad concreta a las que pertenecen. Es esta circunstancia la que nos impone el objetivo de plantearnos la discusión de varios análisis sobre la realidad social, económica y política de nuestro país como también se refleja en el temario de este evento. Con ello hemos pensado no sólo avanzar en lo conceptual sino en estudios que puedan llevar a la praxis.

Pero este Primer Congreso debe también servir para captar y dar respuesta a los problemas del quehacer académico relativo a la coordinación y las relaciones de los diversos centros de Sociología. Avanzar en este terreno significa replantearse totalmente el aislamiento perjudicial en que nos encontramos hasta hoy.

En función de lo dicho pongo a consideración de Uds., en particular de los delegados de las Escuelas de Sociología la realización de un convenio nacional entre las Escuelas de Sociología (a discutirse en la última parte del congreso) que implicaría una mutua asistencia académica y técnica. Este convenio comprendería, a nuestro parecer, los siguientes aspectos.

1. Con relación a la urgencia de contar con un personal docente capacitado

do y actualizado en sus conocimientos debemos estudiar la necesidad de crear un sistema nacional de intercambio de profesores que les permita a estos trasladarse de una institución a otra, tanto a asistir a cursos formativos como para impartirlos sin perder sus derechos laborales en sus centros de origen.

2. La realización de mecanismos de producción de materiales didácticos y de difusión de los mismos, tan importantes para crear una infraestructura que permita en el país la investigación sistematizada y permanente. En este sentido es hora ya de plantearse la publicación de una **Revista de Ciencias Sociales**, publicada conjuntamente por todos los centros académicos aquí representados.
3. La búsqueda de objetivos y programas comunes para facilitar el desarrollo nacional de las ciencias sociales en el Ecuador, búsqueda patrocinada por un organismo universitario de carácter nacional. Este organismo deberá integrar orgánicamente el plan de estudios para retroalimentarlo y permitir así que las investigaciones realizadas constituyan una síntesis de las tareas académicas y un aporte a robustecer el nivel académico de nuestras Escuelas.
4. Por último, la conformación de mecanismos reales y efectivos de vinculación del desarrollo de las CCSS de nuestros centros académicos con las masas populares que conforman su contorno social propio. Esto puede abarcar una vasta gama de actividades, desde la preparación de materiales didácticos destinados, readecuando su lenguaje, a la profundización de la conciencia social de las mayorías trabajadoras, hasta proyectos de investigación realizados con sectores populares organizados y en función de dar respuesta a sus requerimientos específicos.

Se podrá por cierto cuestionar la viabilidad de estos planteamientos pero no su validez. De hecho queda mucho por agregar en el mismo sentido. Y desde luego más aún por hacer. El desarrollo de nuestras disciplinas y el fortalecimiento de la orientación que queremos impulsar es una tarea que exige un intensificado trabajo y compromiso real.

Para lograr estos objetivos se requiere que la humanidad esencial de las relaciones entre las diversas posiciones políticas que se encuentran en este evento, sea una de fortaleza teórica en la discusión. Sólo con ello habremos

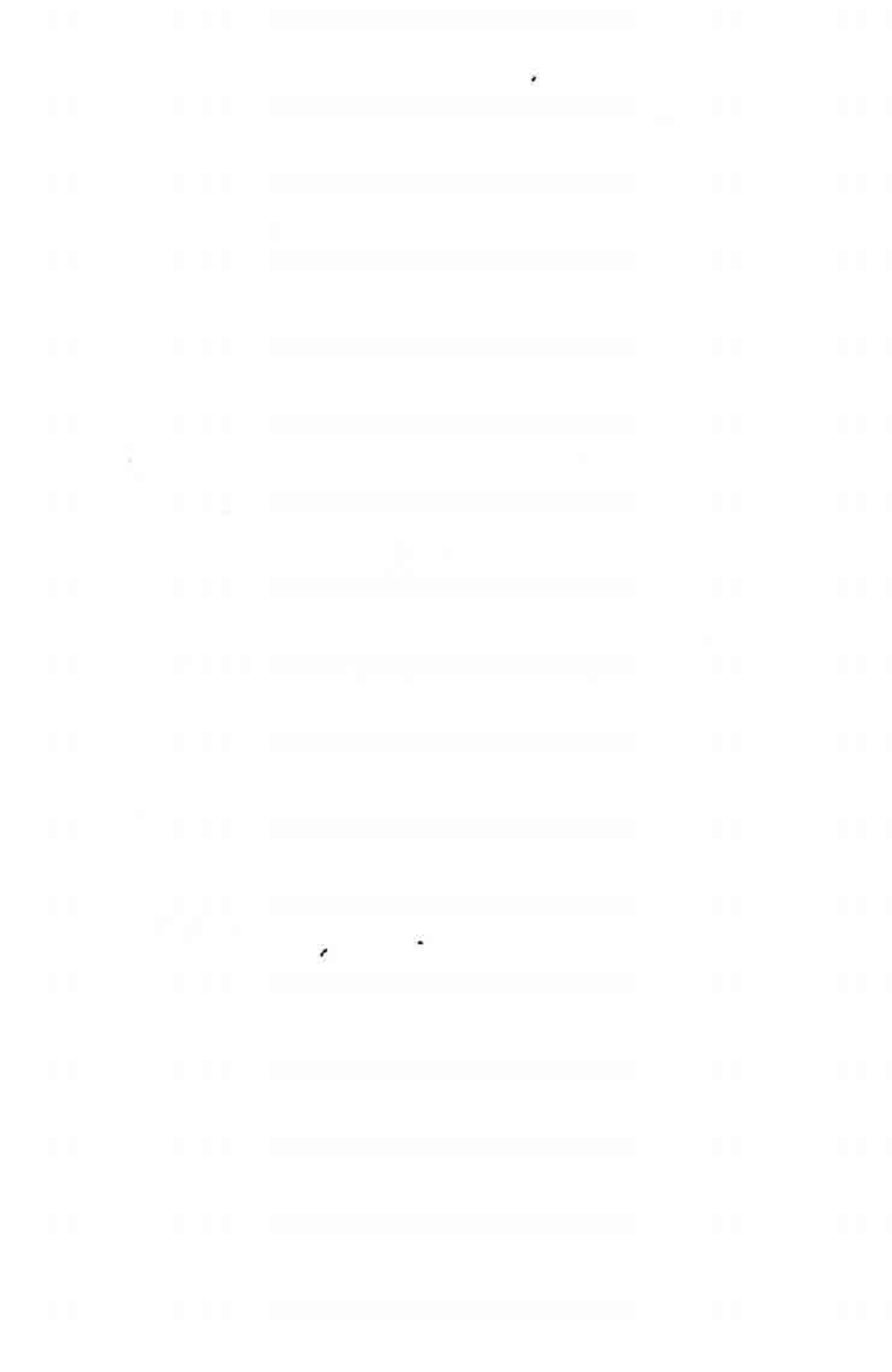
cumplido nuestro cometido al habernos reunido hoy aquí. Muchas gracias.

8 de Agosto, 1976

Rafael Quintero  
Director. Escuela de Sociología.

NOTAS SOBRE EL DESARROLLO  
DE LA  
SOCIOLOGIA ECUATORIANA

*Agustin Cueva*





1. La cultura literaria, histórica o sociológica de un país no se produce jamás de una manera indeterminada, ni se desarrolla en virtud de simples influencias externas o gracias a una decisión voluntarista de las "élites". Es parte de la superestructura de una formación social y en consecuencia refleja, aunque con grados variables de autonomía relativa, las peculiaridades de la base económica, los problemas y tareas históricas que de allí surgen, las constelaciones y conflictos de clase existentes e incluso la mayor o menor capacidad de las clases fundamentales para conformar sus cuerpos de intelectuales orgánicos.

Si esto es verdad para cualquier sociedad, más todavía lo es para las sociedades subdesarrolladas y dependientes, caracterizadas por una acumulación de contradicciones que determina bruscas y constantes rupturas en el plano cultural, impidiendo la sedimentación de una "tradicición" relativamente estable, que es la forma en que se ha expresado la hegemonía secularmente consolidada de la clase dominante en los países capitalistas desarrollados.

En el caso concreto del Ecuador aquel hecho me parece por demás evidente y creo que facilita la captación de las distintas modalidades históricas de articulación de los niveles económico, político, y cultural. Hablo por el momento de cultura en general, y no de teoría social o sociología en particular, teniendo en cuenta que el proceso de "profesionalización" o "especialización" del pensamiento social es un fenómeno tardío en el Ecuador, donde difícilmente podría ubicárselo antes de los años 60's.

2. A mi juicio, el moderno pensamiento social de nuestro país nace verdaderamente en los tumultuosos años 20's. Hay desde luego el antecedente liberal, con notables expresiones como la del propio Eloy Alfaro o de José Peralta, mas en conjunto este movimiento no logra estructurar una línea sólida de pensamiento en razón de su mismo castramiento histórico: al no culminar en una verdadera revolución democrático burguesa y enrumbarse más bien por una vía oligárquica, el liberalismo se ve condenado a adoptar, también en el campo de la cultura, una especie de vía "junker". Creo que con sólo revisar una obra como la Biblioteca Ecuatoriana Mínima, uno puede formarse una idea cabal de hasta qué punto, y en fecha tan reciente, la cultura ecuatoriana ha seguido impregnada de elementos señoriales y clericales en su nivel más oficial.

Quiero decir con esto que la modalidad concreta de transición al capitalismo en el Ecuador (a partir de las grandes unidades productivas precapitalistas y del predominio del capital comercial y usurario sobre el capital productivo, en un marco semicolonial y con una superestructura estatal en la que jamás fueron definitivamente abolidos los elementos clerical—conservadores) no podía dejar de determinar cierto tipo de cultura dominante y, por obligada correspondencia dialéctica, también cierto tipo de cultura impugnadora del **status quo**.

En efecto, frente a la vertiente oligárquica, reaccionaria y en gran parte clerical fue conformándose, a partir de los años 20's, una cultura antioligárquica, democratizante y laica que, en sus líneas más generales, fue la expresión del malestar de vastos sectores medios ante la crisis del orden oligárquico que justamente se inicia en aquellos años y se profundiza en la década siguiente (sobre todo a raíz de la crisis mundial de 1929).

Decir cultura de capas medias es sin embargo decir muy poco: bien sabemos que estas no pueden poseer un proyecto social totalmente autónomo, comparable al que articulan las clases fundamentales. Por eso, en el movimiento cultural al que vengo refiriéndome, se destacarán a la postre dos vertientes: una que expresa la añoranza de una vía democrático burguesa de desarrollo, y otra que refleja la presencia del movimiento obrero en la escena política nacional y por lo tanto se inscribe ya en una perspectiva socialista. Si en algunos casos esta línea divisoria es fácil de establecer, en otros la demarcación se torna bastante complicada mas este problema no es privativo del campo cultural sino que se presenta también en el terreno político. Recordemos, a título de ilustración únicamente, que hasta fines de los años 50's coexistieron en el seno del Partido Socialista dos tendencias: una que a la postre se revelaría como claramente reformista y otra de carácter revolucionario. El punto de confluencia de estas tendencias, tanto en un ámbito como en el otro, fue la existencia objetiva de ciertas tareas antioligárquicas, que cada quien interpretaba a su manera.

En todo caso es importante establecer que en este movimiento se encuentra el nacimiento del moderno pensamiento social ecuatoriano, en el entendido de que, en términos marxistas, la modernidad no se confunde con la moda ni con "las últimas novedades", sino que consiste en la presencia, aunque sea todavía débil como en este caso, de la clase portadora del futuro en la

vida social, que impone una nueva manera de mirar las cosas. De aquí arranca, por lo tanto, nuestra tradición sociológica de izquierda, que la podemos hallar en los más distintos niveles desde los análisis políticos de los partidos comunista y socialista hasta las representaciones de la sociedad y sus problemas presentes en la literatura realista, pasando por los escritos teóricos de un Manuel Agustín Aguirre o la obra histórica de un Oswaldo Albornoz, por ejemplo.

3. El auge de la corriente antioligárquica en general coincide, y no por casualidad, con la crisis del modelo oligárquico de desarrollo del capitalismo en el Ecuador. La decadencia de tal corriente es concomitante, a su vez, de la recuperación modernizada de tal modelo. En efecto, si algo parece claro en la evolución del pensamiento social ecuatoriano, es el hecho de que el fin de la "literatura de denuncia", en todos sus planos y como manifestación masiva de las capas medias intelectuales, empieza a declinar en el momento en que se consolida la fase de crecimiento económico basada en el "boom" de las exportaciones de banano. Desde este momento, que a **grosso modo** coincide con el inicio del período presidencial de Galo Plaza (1948-52), la ambigüedad del proyecto antioligárquico comienza a disiparse, cuando sus principales exponentes intelectuales toman partido de una manera cada vez más clara. De una parte, y yo diría que en absoluta minoría, quedan los intelectuales orgánicos del proletariado; de otra parte está la intelectualidad pequeñoburguesa, a la que la clase dominante logra integrar de manera casi masiva. Es evidente que el proyecto antioligárquico, democrático y en buena medida antimperialista es bruscamente abandonado, o mejor dicho absorbido en un proyecto **desarrollista**, que el sector modernizante de la propia oligarquía nativa, en estrecha alianza con el imperialismo, logra articular sobre la base del auge de posguerra que caracteriza al capitalismo en escala mundial. Este auge, que se traduce por una superficial bonanza en las áreas dependientes (\*), permite que en casos como el ecuatoriano se establezca incluso un ambiente político formalmente democrático, que desempeña el papel de **ersatz** de esa revolución democrática burguesa jamás realizada.

Dado que el Ecuador no cuenta en aquel momento con la base industrial mínima que le permita articular un proyecto de desarrollo basado en esta actividad económica, ni siquiera se conforma aquí una corriente política de

(\*) Es absurdo imaginar que el sistema capitalista se rige por dos ritmos distintos, uno para las áreas "centrales" y otro para las "periféricas"

pretensiones nacionalistas burguesas, comparable a los clásicos "populismos" de Brasil o de Argentina. El desarrollo del país no es concebido, por parte de la clase dominante y sus intelectuales, de otro modo que como un modelo de crecimiento absolutamente dependiente de la división internacional capitalista imperialista del trabajo. Los sentimientos ant imperialistas presentes en la fase de crisis desaparecen, por eso, del universo político de la antigua intelectualidad progresista (que desde ese momento deja de serlo, naturalmente).

La conversión de los intelectuales "contestatarios" en intelectuales orgánicos de la oligarquía desarrollista no es desde luego tarea fácil: hábiles para sustituir la problemática de "los que viven por sus manos" por la del "tránsito a la libertad", lo son menos para cumplir con las labores técnicas que el momento exige. Hombre pragmático, Galo Plaza establece entonces una pequeña división del trabajo: las tareas apoloéticas ("filosóficas") quedan encomendadas a los intelectuales nativos, miembros que las de orden técnico se encargan directamente a expertos extranjeros. Sin embargo, y de manera todavía incipiente, la ciencia social burguesa comienza a desarrollarse en el Ecuador, a partir del postulado de que hay que dejar de lado las críticas y proyectos "románticos" y proponer soluciones "concretas" a los problemas. Poco a poco va conformándose una sociología o antropología rural, que ya no pretende analizar la estructura agraria en su conjunto, sino realizar estudios monográficos de comunidad que sean útiles para los programas de "integración del campesino a la vida nacional". El antiguo "indigenismo", que por lo menos tenía la fuerza de una posición política antioligárquica (Pfo Jaramillo en sociología, Icaza en literatura, etc.) pierde el sentido de la totalidad del problema, se atomiza. La sociología de los años 50's redescubre de algún modo a la corriente antropológica anglosajona, que es una de las manifestaciones más relevantes de la ciencia al servicio del imperialismo. Es posible que quienes la practican en el Ecuador no tengan una conciencia cabal de este problema, mas aquí no se trata de juzgar intenciones: el hecho es que sin un análisis globalizador y crítico de las estructuras sociales en su conjunto las monografías "indigenistas" están condenadas a ser una visión colonialista del problema.

Si la memoria no me engaña, los estudios agrarios constituyen la línea de fuerza de la sociología ecuatoriana en los años 50's; lo demás se reduce a algunas reflexiones sobre el carácter de la nacionalidad ecuatoriana, que prefiero abstenerme de comentar. La economía se ha desarrollado muy poco hasta ese momento, y la historia (o al menos la investigación histórica) es casi

el coto cerrado de la peor reacción (con excepción de la perspectiva liberal de Oscar Efrén Reyes y Alfredo Pareja, lo demás está hecho por aristócratas decadentes, clérigos y afines).

4. La década de los 60's se caracteriza por la sostenida **profesionalización** del pensamiento social, que al menos en los campos de la economía y la sociología se convierte (o tiende claramente a convertirse) en un quehacer científico especializado. Es sintomático, en este sentido, la creación de escuelas de sociología en la mayor parte de nuestras universidades, o su reorganización, allí donde ya existían como simples apéndices de las escuelas de derecho. Igualmente significativa es la fundación de múltiples centros de investigación, tanto públicos como privados.

Este proceso de institucionalización de la ciencia social corresponde naturalmente a los nuevos requerimientos del sistema en fase conscientemente desarrollista. Se trata, pues, de responder a la demanda de organismos como la Junta Nacional de Planificación, el IERAC, la Misión Andina, los departamentos técnicos que van formando los distintos ministerios, etc. Si la historia, por ejemplo, desempeña el papel de pariente pobre en la familia de las ciencias sociales, es porque el sistema no sabe qué hacer exactamente con ella, lo mismo que con la filosofía e incluso la ciencia política.

Sin embargo, sería maniqueo analizar el proceso en una sola de sus perspectivas. No hay que olvidar que esta década de "implementación" (anglicismo que lo dice todo) de los grandes planes de desarrollo fue también un período de crisis, manifiesta en todos los órdenes de la vida social. En el plano latinoamericano fue ciertamente la década de la Alianza para el Progreso pero también, no hay que olvidarlo, de la Revolución Cubana, con toda la efervescencia política que despertó.

El desarrollo de la ciencia social en el Ecuador fue, pues, un movimiento contradictorio que, si por un lado correspondió al requerimiento desarrollista arriba señalado, por otro no podía dejar de reflejar la inquietud política del momento y el innegable proceso de radicalización de algunos sectores de las capas medias, estudiantiles en particular. Un examen de los planes de estudio que se elaboraron y reelaboraron constantemente en este período revelaría de manera sin duda interesante la complejidad de este movimiento.

Visto en una perspectiva amplia, el desarrollo de la ciencia social de iz-

quierda en el Ecuador de los años 60's aparece, no obstante, como un movimiento amorfo, carente de envergadura.

No creo errar con mucho si afirmo que los únicos libros de ciencia social marxista que se publican en esta década son **El yugo feudal**, de Jaime Gallarza, **Historia de la acción clerical en el Ecuador**, de Oswaldo Albornoz, y la investigación de Manuel Medina Castro premiada por la Casa de las Américas. Además de observar que este último trabajo se realiza fuera del país, quiero hacer notar que los tres están hechos a partir de una perspectiva marxista "tradicional" y son más la prolongación de una actividad militante que la expresión de una profesionalización del científico social. Constatación que para mí no tiene, desde luego, el más mínimo sentido peyorativo: ¿qué otro marxismo puede existir que no sea el forjado en la fusión indisoluble del pensamiento de los clásicos con el movimiento obrero internacional, fusión teórico-práctico que constituye justamente una **tradición**?

En lo demás, lo que prima es una especie de espíritu "contestario" que irriga todas las manifestaciones del momento, desestructurando modalidades previas del quehacer cultural antes que estructurando nuevas. Así como las nuevas tendencias literarias nunca llegan a articular una visión globalizante que pudiera plasmarse en una novela por ejemplo (si no me equivoco los jóvenes escritores de izquierda no producen una sola durante esta década). Así mismo en sociología o economía no hay ninguna obra que sea la expresión de un pensamiento sistemático y totalizador en la nueva generación.

Este desarrollo específico de la ciencia social me parece tener una explicación en la relación que en ese momento mantienen los intelectuales de izquierda con la única clase de la que pudieran extraer una visión coherente e históricamente objetiva: el proletariado. Es un hecho que, más allá de los propósitos, tal relación no existe como vínculo orgánico; incluso diría yo que la radicalización estudiantil de ese momento es en gran medida un movimiento en el vacío, que de ningún modo puede tomarse como el reflejo de la agudización de la lucha entre las clases fundamentales. El movimiento obrero atraviesa un período de crisis y está en uno de sus momentos de declive; lejos, en todo caso, de crear un nuevo cuerpo de intelectuales orgánicos.

En esas condiciones la teoría social (o mejor dicho su proyecto) flota entre un sentimiento de repudio radical al sistema y un sentimiento, de repudio también, al marxismo "tradicional". Y lo particular del Ecuador es que esto no se traduce, como en otros países del Continente, en la conformación

Las corrientes teóricas de pretensión "neomarxista". Esto obedece, a mi juicio, a tres circunstancias. Primero, la única organización política surgida en esta década que a la postre adquiere coherencia es el PCML que, como es bien sabido, mantiene un principio de ortodoxia teórica que incluso le acarrearán graves problemas con sus intelectuales. Segundo, no hay en el Ecuador una experiencia guerrillera de significación que pudiera impulsar un movimiento teórico correlativo. Tercero, al no haber existido en el Ecuador de los años 50's un proyecto nacional burgués de pretensiones autonomistas, era difícil que se desarrollara por simple influencia exterior una corriente "dependentista" (expresión a veces marxizante de los sectores nacionalistas frustrados y radicalizados). Esta corriente sólo tendrá, por eso, ecos esporádicos y tardíos entre nosotros, muchas veces como vías de transición de ciertos sectores cristianos hacia posiciones de avanzada.

En todo caso, me parece que el reflejo teórico más importante del torbellino social y político de los años 60's se halla en la literatura partidaria y sindical, antes que en la producción emanada de aquellos centros supuestamente privilegiados de elaboración del "saber".

5. El desarrollo de la ciencia social como actividad específica es muchísimo más amplia en el campo oficial, de donde provienen los análisis más completos y elaborados de que disponemos. Inútil emprender siquiera una comparación entre la producción que surge de este lado y la producción autónoma de la izquierda en la década precedente. Más importante me parece señalar algunos rasgos de este proceso de institucionalización.

En primera instancia, claro está, la producción de las instituciones oficiales corresponde a su función de aparatos de Estado que no pueden hacer otra cosa que traducir a términos técnicos los proyectos de clase del sector dominante o realizar análisis (diagnósticos) enmarcados en esta perspectiva. En este sentido sería absurdo esperar que los análisis provenientes de tales instituciones lleguen, por ejemplo, a la conclusión de que la única vía para la superación de nuestros problemas es una transformación de carácter socialista, o siquiera que se hagan tales análisis en términos de explotación y lucha de clases. Aquí tocamos un límite infranqueable, estructural, y por lo tanto independiente de la buena o mala voluntad de quienes laboran en dichas instituciones.

Sin embargo, y en un plano más concreto, es evidente que quienes allí trabajan no pueden ser catalogados en bloque y sin distinciones como ideólo-

gos reaccionarios y antinacionales. En el seno de estas instituciones se han expresado, con mayor o menor fuerza según la coyuntura política, algunas tendencias progresistas, en materia de problemas agrarios o en política petrolera, pongamos por caso. Han sido, desde luego, tendencias minoritarias.

En un nivel más individual y restringido es posible hallar incluso partidarios decididos de la izquierda que, de un modo u otro, han tratado de reubicar (extrainstitucionalmente) su experiencia técnico-profesional en el marco de una concepción no burguesa. Hasta me atrevería a afirmar que han contribuido, en buena medida, a una acumulación de nuevas formas de quehacer científico sin las cuales no hubieran podido desarrollarse, con su fisonomía moderna, tantos centros de investigación de orientación netamente crítica y progresista como los que actualmente existen en universidades de Quito, Guayaquil, Cuenca, etc.

Quiero señalar con esto una situación que podría denominarse de "circulación de cuadros científicos", que desde luego presenta una complejidad muy grande y está teñida de enormes ambigüedades, sobre todo cuando la situación que acabo de describir se transforma en su estricto contrario, esto es, cuando el sociólogo o el economista de izquierda que labora en instituciones oficiales, en lugar de contribuir con su experiencia técnico-profesional al desarrollo de una ciencia de carácter progresista, se convierte en introductor de ideología burguesa en el seno del marxismo. Para no hablar de casos ya aberrantes como el del antiguo izquierdista dedicado a superar el "dogmatismo" y las "estrecheces" del marxismo "tradicional" desde algún puesto burocrático, oscilando casi siempre entre un reformismo objetivo y un ultrismo subjetivo, que a la postre no son más que las dos caras de una actitud reaccionaria, anticomunista.

6. El desarrollo de la ciencia social de izquierda en el Ecuador actual puede ser analizado, a mi juicio, a partir de dos elementos: el primero consiste en la acumulación casi originaria de una experiencia técnico-profesional en la década pasada; el segundo, en el repunte de las luchas obreras en un plano no sólo nacional sino también internacional. Lo primero conforma el piso instrumental necesario para la realización de estudios cada vez más precisos de la realidad siendo, si se quiere, su **condición técnica de producción**. Lo segundo constituye la **condición social de producción** que, al permitir la asimilación de una visión de clase coherente, permite también la superación del empirismo y la fragmentariedad.



En esta dirección **apuntan**, efectivamente, los estudios que actualmente están realizándose en los centros de investigación del Ecuador nutridos de un pensamiento progresista (en las universidades en especial). Sin embargo, me parece que su trayectoria no está exenta de problemas, ni ha logrado una superación total, que mal podía producirse de la noche a la mañana. Hasta hoy subsiste, por eso, una especie de dicotomía entre el desarrollo de los análisis concretos y el desarrollo teórico que debería articularlos. En la mayoría de trabajos publicados en los últimos dos o tres años es notorio el contraste entre el gran acopio de material informativo (estadístico sobre todo) y la desarticulación o inexistencia de un marco teórico coherente. Por su parte la reflexión teórica —que por lo general se presenta separada del estudio concreto— como que tiende a caer en el campo de las generalidades vagas, que a veces hasta impiden que se capte la problemática que hay detrás. Daré un ejemplo. A través de los artículos que he leído sobre el “carácter” del período colonial ecuatoriano, hasta ahora no me ha sido posible saber si se trata de probar que había una situación de dependencia, con las consecuencias económicas que conocemos por lo menos desde las sólidas reflexiones de Eugenio Espejo, o si se quiere demostrar que las relaciones sociales de producción de aquel período eran ya capitalistas. Tengo, de todos modos, la impresión de que por un lado se está lloviendo sobre mojado y por el otro especulando a partir de concepciones simplemente premarxistas.

En general, me parece que los intentos de reinterpretación histórica no prosperan suficientemente debido a la incoherencia o indefinición del horizonte teórico. En los estudios sobre la problemática actual, en cambio, veo que los colegas economistas llevan una neta delantera sobre nosotros los sociólogos, además de la deplorable división que sigue existiendo entre estos campos que deberían constituir uno solo. Daré también aquí algunos ejemplos. La estructura de clases del Ecuador actual, con todas las modificaciones que ha sufrido en los últimos tiempos, no ha sido aún estudiada con profundidad y sistematicidad la nueva **forma** de estado que visiblemente viene gestándose a partir de 1972 tampoco ha sido objeto de la atención que merece, más allá de ciertas afirmaciones válidas, pero demasiado generales, como la de que aquello corresponde a una nueva modalidad de dependencia; en fin, no conozco análisis hechos por sociólogos sobre la actual estructura de poder, en la que a **grosso modo** es evidente el resquebrajamiento del antiguo poder oligárquico y el surgimiento de nuevas correlaciones de fuerzas que sería preciso conocer.

En el estudio de estos y otros problemas tenemos que avanzar, si quere-

mos responder al reto que se nos lanza permanentemente desde la otra orilla, esto es, desde el lado de la sociología oficial. ¿Cómo hacerlo?

La mayor parte de los sociólogos de mi generación se propusieron la tarea de revisar y "superar" el marxismo tradicional, con resultados que hoy se revelan por lo menos cuestionables; si tuviera que sacar la lección de esta experiencia y comunicársela a las nuevas generaciones, les diría que se propongan una tarea más modesta pero más fructífera: la de aprender el marxismo y aplicarlo consecuentemente al estudio concreto de una realidad concreta. Para el desarrollo de una ciencia social comprometida y progresista no veo otro camino.

DISCURSO DE LA REVOLUCION

DISCURSO CRITICO

*Bolivar Echeverría A.*



"La obra de que se trata en primer lugar, es *Crítica de las categorías económicas* o, if you like, el sistema de la economía burguesa expuesto críticamente. Es al mismo tiempo exposición del sistema y, mediante la exposición, crítica del mismo". Marx a Lassalle, carta del 22 de Feb. de 1858.

En situaciones históricas como las de América Latina a mediados de este siglo, la combinación de dos procesos revolucionarios de distinto orden, el liberal y el comunista, determina en el plano propiamente discursivo de la existencia social la presencia de un fenómeno paradójico que podría ser descrito así: el discurso liberal restaurador ("vulgar") proveniente de la burguesía europea postrevolucionaria o conservadora—con su virtud más aparente, la racionalidad analítica— es asumido por la Intelectualidad representante de la clase proletaria —enfrentada a un contorno significativo de irracionalidad precapitalista— como discurso básico o de partida en su intento de formular un discurso comunista concreto.

La mayoría de los investigadores de izquierda de la realidad social latinoamericana no ve ninguna contradicción en el hecho de entreverar en su labor categorías metódicas y conceptos descriptivos de la sociología positivista, por un lado, y del materialismo histórico, por otro. Confiados en un efecto directo y determinante de sus intenciones políticas sobre su producción teórica, no reparan en que los orígenes y las tendencias discursivas contrapuestos de estos dos aparatos teóricos se hallan inscritos y permanecen activos en la estructura de los mismos, ni en que, al yuxtaponer los dos funcionamientos, someten necesariamente —aunque sea contra su voluntad— la eficacia del aparato más débil, el insurgente o revolucionario, a la del más fuerte, el estableci-

Olvidan que la Sociología inspirada en la filosofía científica o "positiva" —esto es, "constructiva", respetuosa de lo dado, aquiescente con el orden establecido, unificadora de los espíritus— fue puesta en pie para combatir las doctrinas comunistas, continuadoras de la filosofía crítica o "negativa" —esto es, "destructiva", cuestionante frente a la empiria, impugnadora del poder, deslindadora de los intereses históricos.

do o contrarrevolucionario.

Esta situación del discurso político y de la ciencia social en América Latina comenzó a cambiar en la década de 1950.

La "sociología marxista" se ha planteado ya, tanto metodológicamente como en sus investigaciones concretas, el problema de su especificidad como teoría revolucionaria. La discusión está abierta. Lo que intentamos a continuación es introducir en ella la consideración del modo peculiar (y, creemos, ejemplar) —la crítica— en que esa relación entre el discurso burgués —la ciencia de la economía política— y el discurso revolucionario del proletariado —el comunismo científico— tiene lugar en la obra teórica de Marx.

La crítica de la economía política pertenece, en calidad de elemento central, a la realización de un proyecto teórico mucho más amplio y diferenciado, el del comunismo científico; éste le adjudica —por necesidades de prioridad estratégica en la lucha ideológica— su función predominante y, sobre todo, le imprime su carácter crítico.

El proyecto teórico del comunismo científico se reconoce como proyecto crítico —o de construcción de un saber mediante la desestructuración de otro saber preexistente y no mediante su refutación directa y su sustitución en la medida en que se afirma como un proyecto a la vez científico y revolucionario; aun más: científico por ser revolucionario y revolucionario por ser científico.

Esta doble autoafirmación del proyecto teórico del comunismo científico aparece desde muy temprano en la obra de su fundador, Karl Marx.

a) La revolución comunista, cuya época de actualidad él ve comenzar y en la que se integra a partir de 1844 —comporta una radicalidad tal, que afecta incluso al estrato más profundo de la realidad social, aquel que no fue tocado por las otras revoluciones de la "era histórica": la esfera en que las relaciones sociales— técnicas de trabajo delimitan prácticamente el campo de lo social natural (lo "cósmico" o "físico-político") frente al campo de lo natural —sobrenatural (lo "caótico" o "demoníaco"). Empeñado en una elaboración del discurso teórico científico-filosófico, Marx experimenta este efecto de la actualidad de la revolución proletaria bajo la forma de un cuestionamiento:

la noción tradicional acerca de una determinación metafísica o extrasocial de las posibilidades que tiene un discurso de ser científico o de producir un saber verdadero debe ser replanteada no sólo en términos dialécticos e historizados (Kant, Hegel) sino también materialistas.

En términos dialéctico-materialistas, las posibilidades de verdad que hay para el saber se definen dentro de un horizonte de objetividad o sentido, constituido prácticamente. La praxis o proceso social de trabajo y las modificaciones históricas de su estructura son los que, al determinar la concreción tanto del código básico de la producción/consumo de significaciones como de la tendencia de su dinámica, determinan también, para todo discurso, cuáles son las posibilidades de componer un conjunto de mensajes adecuado a esa tendencia, un saber verdadero.

De ahí el primer aspecto de la autoafirmación marxista: teoría científica quiere decir teoría de la revolución, esto es, teoría que participa en la revolución y teoría sobre la revolución. Si el proceso social de trabajo entró, desde las primeras crisis del capitalismo, en una época de reestructuración fundamental, la verdad sólo puede corresponderle a un discurso que siga el impulso de este movimiento: al discurso comunista o formulado a partir de la práctica de la clase propiamente anticapitalista y revolucionaria, la clase proletaria.

b) Pero el discurso comunista se compone lentamente, probando y desechando distintos esbozos; su formulación sigue una historia dura y larga: la que lleva a la masa de proletarios miserables, aislados, desesperados, indefensos, a constituirse como clase en torno a un contra-poder propio, creado en la lucha económica y política para combatir organizadamente a la clase de los explotadores capitalistas y para construir una nueva sociedad. Y cuando Marx se suma al proletariado, esta historia se halla aún a medio camino.

Precisamente, su intervención parte de la constatación y culmina en la solución de esta insuficiencia: el movimiento obrero se ha organizado ya como una fuerza social y política decisiva, pero su actividad se halla todavía, en unos casos, absorbida ("reformismo") o, en otros, neutralizada ("utopismo") por el mecanismo reproductor de las relaciones sociales institucionales capitalistas; en unos casos desviada hacia lo inesencial e inofensivo, en otros hacia lo irreal y autodestructivo.

La construcción del contra-poder ("partido") comunista requiere que el proletariado alcance todo un nuevo grado de independencia organizativa y de radicalidad programática. Y la posibilidad de que lo alcance depende de un acontecimiento propiamente discursivo o que pertenece al terreno específico de la lucha ideológica, pero que se vuelve relativamente predominante o concentra en sí coyunturalmente la función resolutive de todos los demás acontecimientos incluso los más determinantes— del movimiento revolucionario: la realización de una revolución teórica o de una liberación de las capacidades de cientificidad del discurso proletario, oprimidas por la vigencia dominante del discurso burgués.

De ahí el segundo aspecto de la autoafirmación marxista —y, al mismo tiempo, la definición de su tarea teórica—; el movimiento comunista es un movimiento revolucionario eficaz en la medida en que dispone de un discurso científico, o lo que es lo mismo, revolucionado en su ámbito específico, sobre las condiciones del tránsito histórico del modo de producción capitalista a la organización comunista de la reproducción social.

## II

La necesidad, para la teoría, de ser teoría de la revolución y la necesidad, para la revolución, de ser también revolución en la teoría: ambas se resuelven unitariamente en la realización del proyecto teórico comunista—marxista como discurso teórico esencialmente crítico. Esto es así porque ni esa conversión de la teoría ni este perfeccionamiento de la revolución pueden tener lugar de manera directa y positiva —como una creación a partir de la nada de un discurso absolutamente independiente—, sino sólo indirecta y negativamente como resultado de una lucha ideológica permanente contra el modo peculiar en que dominan las ideas de la clase dominante capitalista.

Las ideas de la clase dominante capitalista no sólo son dominantes porque su exposición e imposición se efectúa con medios de difusión de un alcance y una eficacia inmensamente mayores que los de los gestos y las palabras con que protestan las clases sometidas. Los mensajes que hacen la apología del orden social establecido se vuelcan de manera abrumadora sobre todos los individuos sociales; pero no es esta brutal insistencia la que sustenta el carácter dominante de las ideas dominantes. La lucha ideológica no es simplemente un enfrentamiento entre dos cuerpos de doctrina que se disputaran el derecho a asentarse sobre la "conciencia social" y a ocuparla, y en el que uno, el



de la burguesía, se impusiera y acallara al otro debido sólo a una supremacía física en el acceso al aparato de comunicación.

Para Marx, el dominio ideológico y la lucha ideológica son acontecimientos que ocurren, en primer lugar y de manera determinante, en la esfera profunda de la producción del discurso o, en sus propios términos, de la "producción del lenguaje" o "producción de la conciencia y de las ideas".

Dos fenómenos que pertenecen a esta esfera son los que determinan el carácter dominante del discurso o las ideas de la clase dominante capitalista. Únicamente en el caso de este discurso, los mensajes defensores de los intereses de su clase de origen se encuentran:

— **potenciados en su eficiencia o verosimilitud** por la acción del dispositivo normador o (sub)codificador del código general, que imprime a toda la producción de significaciones un sentido apologético elemental respecto del modo de reproducción social establecido; y

— **apoyados en su capacidad persuasiva** por el contorno significativo no discursivo (técnico e institucional) resultante de toda la actividad social como actividad organizada para reproducir ese modo de reproducción.

a.

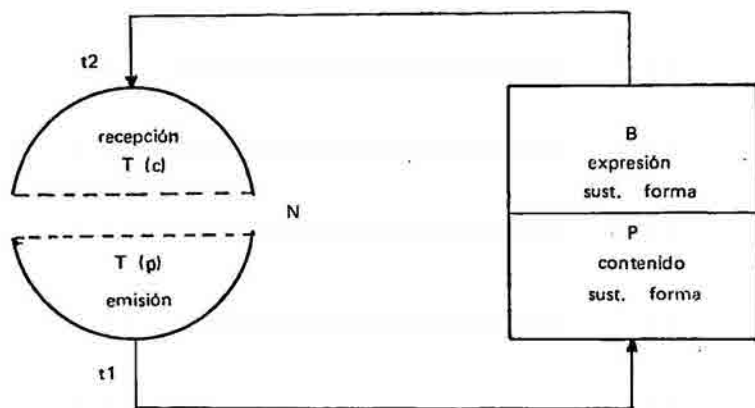
1. La praxis o el proceso de trabajo (T), como todo proceso de reproducción gregario, es un proceso de producción indirecta del sujeto mediante producción directa de objetos intermedios o mediante transformación de la naturaleza (N); su especificidad reside en que es además un proceso de "realización", autoproducción o producción de la forma misma del sujeto propiamente social que se reproduce gracias a él.

Como proceso de "realización", el proceso de trabajo posee necesariamente una dimensión dentro de la cual él mismo es un proceso de producción y consumo de significaciones. El proceso de "realización" sólo puede cumplirse en la medida en que procede como ciclo comunicativo capaz de unificar de modo peculiar al sujeto que carece de forma dada y que necesita autoproducirse; capaz de sintetizarlo momentáneamente, sin consolidarlo, al salvar en él un hiatus o superar en él una escisión que le es constitutiva: la falta de coincidencia natural o identidad preestablecida entre sus dos modos de existencia, como sujeto en acto de producir (p) y como sujeto en acto de consumir (c). En otros términos, la reproducción como "realización" sólo es posible en la medida en que su producción/ consumo de objetos es al mismo tiempo una

comunicación, una producción/consumo del mensaje en que el sujeto social de un momento define su forma futura o se prefigura a sí mismo para el momento siguiente (t1, 62).

Todo objeto que media o posibilita el proceso de reproducción autorealizativa, todo objeto propiamente práctico (B/P, bien producido concreto o producto con valor de uso, útil) es —por esta razón— una porción de materia formada (sustancia) o determinada (recortada, circunscrita) socialmente de manera biplanar, con un aspecto de significado o contenido y con otro de significante expresión, dentro de esa tensión comunicativa práctica (o acción del momento productivo/emisor sobre el momento consumtivo/receptor del proceso de trabajo); es una cosa dotada de sentido o significativa.

Figura 2



2. Pero el modo de funcionamiento específicamente capitalista del proceso social de trabajo sólo coincide **contradictoriamente** con las determinaciones estructurales o básicas de ese mismo proceso. El proceso de trabajo capitalista es la "unidad contradictoria del proceso de trabajo(T) con un proceso de **valorización del valor (Vv)**" o "explotación de plusvalor"; es la configuración más acabada —absolutizadora o universalizadora— de la modalidad histórica del proceso social de trabajo como proceso productivista—privado o proceso mediado **contradictoriamente** por un proceso de **formación de valor**

En el proceso social capitalista de trabajo, la autoreproducción del sujeto comunitario tiene lugar, pero sólo en la medida en que ella está subordinada a la satisfacción de otras necesidades, contradictorias respecto de las suyas; las necesidades de la dinámica autoreproductiva y en expansión (acumulativa) del capital o "sujeto automático" por sustitución. Para el sujeto comunitario reproducirse de manera capitalista es producir (afirmar su propia supervivencia, pero hacerlo en tanto que sujeto explotado (negado) cualitativamente —en su atarquía— y cuantitativamente —en el derecho al disfrute del producto de su labor—.

Los objetos prácticos mediante los cuales se realiza este proceso adoptan así una composición "fetichoides", duplican su objetividad: junto a la que les es estructural, la concreta o social—natural —la de productos que se expresan como bienes (B/P)—, adquieren otra, que actúa sobre ella y la configura o refuncionaliza, la objetividad abstracta o de valor la de valores que se expresan como valores de cambio ( $\$/V$ )—; se vuelven objetos "sensorialmente suprasensoriales", objetos "místicos", propios de la autoreproducción de la comunidad ("terrenales") y propios de ella como autovalorización del capital ("celestiales").

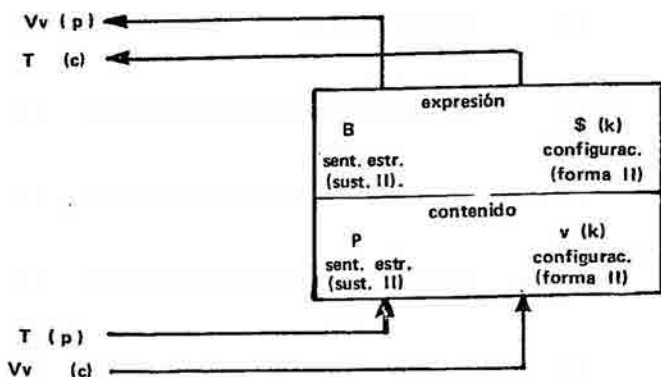
3. Y la modificación capitalista del proceso de trabajo y de su objeto práctico implica necesariamente una modificación igual de su dimensión específicamente comunicativa y de las significaciones que en ella se transmiten. Lo que es configuración capitalista de la estructura básica del proceso de trabajo es también normación o subcodificación del código general de la producción/consumo de significaciones; lo que es refuncionalización **fetichoides** del objeto práctico es sobredeterminación **fetichista** de su significatividad o sentido.

Por determinada necesidad histórica del proceso social de trabajo, un mensaje singular, el que afirma la identidad entre autoproducción del sujeto comunitario y autovalorización del valor, resulta "naturalizado" o convertido en el principio inherente e incuestionable de una **restricción** sistemática de todo el conjunto de posibilidades que el código general delimita para la producción/consumo de significaciones. Significar con veracidad, esto es, con adecuación respecto del sentido estructural o básico que sigue el devenir de la praxis social, resulta lo mismo que significar con adecuación respecto de la configuración capitalista de ese sentido.

Significar, dentro de la convivencia social capitalista, se vuelve una ac-

Con en la que el agente significador concreto no queda como el único autor de su significación; junto a él, despertado por él, entra en escena otro "agente" inasible pero efectivo —el modo de producción— cuyo aporte consiste en intensificarles el sentido apologetico respecto del orden establecido a las significaciones que iban ya a tenerlo, dotarles de uno de las que iban a ser impugnadoras. De esta manera, toda significación conlleva necesariamente una co-significación parasitaria, que se sirve de ella para "repetir" una vez más la intención de ese mensaje difuso y omnipresente. El sentido estructural o básico de todo objeto práctico o significativo se convierte en la sustancia (II) de una forma (II) superpuesta que lo configura de un modo particular; su presencia inmediata se vuelve así "misteriosa" como la de un "jeroglífico".

Figura 2



4. Esta subcodificación o normación restrictiva, montada sobre el código general y confundida con él, que plantea apologeticamente la identidad entre la modalidad capitalista del proceso de trabajo y la estructura del mismo, instituye por tanto a esta identificación, que sólo tiene interés para una parte de la sociedad —para la clase burguesa o clase cuya existencia depende de que la reproducción social se realice como producción de plusvalor—, como algo dotado de un interés social universal (algo perteneciente al código, incuestionable).

Es por ello que la lucha de clases en la esfera de la producción de signi-

ficaciones —inclusive, por supuesto, la lucha propiamente discursiva o ideológica—, cuando es una lucha que tiene lugar en **condiciones normales**, es decir, como enfrentamiento y forcejeo directo sobre el mismo terreno, se encuentra ya decidida de antemano. Ni aún proponiéndoselo, el significar burgués puede perder ante el proletario: el terreno es en pendiente, ésta le favorece y es demasiado pronunciada; normalidad no es otra cosa que acondicionamiento absolutamente favorable para él. Debe vencer porque hay una como "verdad" que está de su lado: el sentido "objetivo" de los "hechos" capitalistas —transmitido por los "datos sensoriales" a prueba de toda duda— y su propio sentido "subjetivo" burgués son uno solo; tienen por tanto que coincidir. El significar revolucionario del proletariado, en cambio, lucha también, y en primer lugar, contra el propio instrumento de que se sirve, en el que hay un dispositivo que lo reprime espontáneamente; que le permite estar presente pero sólo desvirtuado (invertido de sentido) o, sino, en calidad de significar morbosos y absurdo.

b.

Esta situación, que es en general la de toda lucha de clases en la esfera de la producción/consumo capitalista de significaciones, se presenta de manera más acusada en el caso particular de la lucha ideológica o propiamente discursiva.

1. La producción/consumo de las ideas o discursiva, especializada en objetos cuyo carácter práctico se concentra exclusivamente en su comunicatividad o en su función de portar o transmitir un mensaje —significaciones en estado de independencia—, posee, precisamente por ello, una capacidad productivo/consumtiva de un orden superior (cualitativa y cuantitativamente) al de la que puede tener la producción/consumo de significaciones atadas o insertas en la practicidad básica de los objetos.

Sin embargo, durante toda la era mercantil, esta su capacidad funcional superior no va acompañada de un consecuente predominio de ella misma —en tanto que producción/consumo específica de la forma del sujeto— dentro de la totalidad del proceso reproductivo social. Su independencia, en estas condiciones, equivale a una desvinculación y una pérdida influencia sobre el resto de la producción/consumo de objetos y de significaciones. De esta manera, lo que acompaña en realidad a ese aumento en la pureza y el volumen de su producción/consumo de significaciones es, por el contrario, una disminución de la capacidad persuasiva que debería corresponderle.

Sobre todo en el capitalismo, la capacidad persuasiva de las ideas que aparecen en la producción/consumo discursiva es indirecta: depende en gran parte de lo que acontezca con el contorno significativo básico, producido/consumido por todo ese "lenguaje" no discursivo "de la vida práctica" o de la "convivencia material"; de si este contorno las apoya (corroboras, completa) o las rechaza (desmiente, contradice).

2. Y ese "lenguaje" no discursivo no es otro que el que "hablan" los individuos sociales al ejercer su actividad de acuerdo a un modo peculiar de trabajar y significar, esto es, de acuerdo a unas relaciones técnicas de trabajo e institucionales de convivencia que se hallan organizadas no sólo para convertir a la autoproducción social en una producción de plusvalor (y una acumulación de capital) sino además para convertirse a sí mismas en condiciones indispensables de esa autoproducción social: para reproducirse indefinidamente a sí mismas —relaciones capitalistas— en calidad de relaciones naturales de trabajo y convivencia.

Por lo tanto, dentro de la lucha de clases propiamente ideológica del capitalismo, las ideas del discurso apologético cuentan con el respaldo de este contorno significativo técnico e institucional, y adquieren así una mayor fuerza persuasiva. A la inversa, las ideas del discurso impugnador son oprimidas por él; "todo habla" en su contra; un "consenso" implícito las declara ilusorias, irrealistas, y merma así su capacidad persuasiva.

El discurso teórico comunista—marxista tiene el carácter de un discurso crítico en tanto que existe y se desarrolla dentro de la lucha ideológica de clases propia de la época culminante del modo histórico capitalista de la reproducción social: dentro de un enfrentamiento constante con el doble dominio ideológico de la clase burguesa.

a.

La lucha contra la segunda causa —la causa extra—discursiva— del carácter dominante del discurso burgués no puede ser llevada a cabo por el discurso comunista en cuanto tal. Se trata de una lucha que se confunde con la empresa revolucionaria en su conjunto, es decir, con la actividad comunista general de la clase proletaria.

Esta actividad, que se constituye en torno a las posibilidades reales

-presentes en el propio mundo capitalista— de una nueva forma (comunitaria) para las relaciones de reproducción social, actualizándolas desde ahora en las organizaciones obreras y en el contra—poder revolucionario, afecta también, necesariamente, a esa producción/consumo de las significaciones no discursivas (técnicas e institucionales).

La nueva sociedad se esboza ya —siempre como negación determinada de la sociedad actual— y elabora los elementos de su propio contorno significativo básico. Contrarresta así la acción del contorno capitalista dominante y crea el ambiente favorable o campo de persuasión donde su discurso puede encontrar y desplegar su cientificidad crítica.

b.

La crítica es el carácter que corresponde propiamente a la presencia del significar revolucionario del proletariado o significar comunista en la esfera específica de la producción/consumo **discursiva** dentro del modo de reproducción social capitalista. En otros términos, la crítica es el único modo adecuado que puede adoptar la construcción científica de un saber proletario revolucionario en las condiciones de subcodificación o normación apologética impuestas en beneficio propio por el modo capitalista de la reproducción social a la producción/consumo de significaciones en general.

En efecto, la primera causa del carácter dominante del discurso burgués no puede ser combatida por el significar proletario de manera directa y positiva, y sobre una base exterior e independiente. Su lucha ideológica no puede consistir en desarrollarse como un discurso alternativo pero homogéneo respecto del discurso burgués y en elaborar un saber puramente proletario que sea capaz de vencer y sustituir al saber burgués en el escenario de la Ciencia.

Dos fenómenos, uno que atañe al propio significar proletario y otro a las condiciones en que se desarrolla, vuelven inadecuado este tipo de lucha ideológica.

1. El significar revolucionario acontece en esa parte componente del proceso de reproducción social capitalista —la reproducción de la fuerza de trabajo obrera, subordinada a la de los burgueses y explotada por ella para la cual la necesidad más central y urgente es, en última instancia, la de recobrar la función sintetizadora de la socialidad (autarquía, sujetividad). que se halla enajenada como funcionamiento automático del "valor que se valoriza": la

necesidad de sustituir las relaciones de producción capitalistas —todavía efectivas pero ya innecesarias— por relaciones comunitarias de reproducción aun utópicas pero ya realmente posibles—. Es por tanto un significar que se compone en un plano esencialmente heterogéneo respecto del que sirve de plataforma al significar burgués —la naturalización del modo capitalista de la reproducción social y la consecuente restricción deformadora de las posibilidades productivas del proceso de trabajo—.

Su desarrollo como discurso no parte de una necesidad de refutación directa (rectificadora, perfeccionadora) del discurso burgués, sino por el contrario, de una necesidad de abolirlo y superarlo radicalmente.

Su constitución como discurso se basa en un acuerdo con el sentido que lleva la formación de una objetividad nueva —liberadora de la objetividad social—natural, constreñida a ser mercantil en toda la historia del capitalismo: en ese acuerdo o esa verdad desechada como no—verdad o absurdo (como locura) fuera del terreno de "verdad" instituido por la subcodificación capitalista de las posibilidades de significar.

Por lo tanto, su relación polémica adecuada con el discurso burgués sólo puede darse de manera indirecta, haciendo intervenir a los linderos de ese terreno, poniendo en cuestión las condiciones normales del enfrentamiento. Y sólo puede consistir en la composición de su propio saber en tanto que negación o destrucción sistemática del saber construido de manera capitalista.

2 Pero el desarrollo de este combate indirecto, o superación del discurso burgués por el proletario, y de esta negación o abolición suyas del saber capitalista tiene lugar en condiciones peculiares.

Las relaciones comunistas de reproducción social se hallan ya presentes, pero dentro de las relaciones capitalistas de reproducción y subordinadas a ellas. Su presencia se delinea como una estructura en negativo —posible pero sistemáticamente reprimida— en torno al conjunto de fallas o puntos de fracaso del propio orden capitalista. Su posibilidad no es la de un mundo absolutamente desvinculado del mundo organizado en términos capitalistas, sino, por el contrario, la de un mundo diferente que se esboza a partir de las imposibilidades de éste.

Igualmente, el discurso de la sociedad comunista —con toda su especi-



cidad— sólo puede desarrollarse dentro de las condiciones del discurso en general y subordinado a la configuración capitalista que afecta estructuralmente a éste. Es un discurso que, en la época capitalista, sólo puede construirse sobre la base del significar revolucionario del proletariado; significar que, a su vez, sólo existe realmente como transgresión de las normas del significar dominante: como mal uso o empleo defectuoso del conjunto de posibilidades (restringido en sentido capitalista) de significar en general.

Por lo tanto, la relación polémica —indirecta y negativa— del discurso comunista con el discurso burgués sólo puede desarrollarse dentro del saber producido por éste y mediante una infracción organizada —y no mediante un imposible desconocimiento— de las normas según las cuales fue levantado ese saber.

En conclusión, la crítica, como el modo adecuado —respecto del origen y las condiciones reales del significar proletario— de la construcción científica del saber comunista, consiste necesariamente en un retomar el saber producido a partir de la objetividad capitalista, en someterlo a la acción desestructuradora de las significaciones espontáneas del proletariado como clase explotada y revolucionaria, y en recomponerlo de manera tal, que se vuelvan evidentes como sistema los lapsus o vacíos dejados por el discurso burgués que lo produjo. En la exposición de este sistema se realiza (por lo pronto) de manera inequívoca el saber específico del discurso comunista.

LATINOAMERICA: EL DESARRO-  
LLO DEL CAPITALISMO Y EL  
PENSAMIENTO DE LA  
IZQUIERDA

*Alejandro Moreano*

1.1	1.1		1.1	1.1
1.2	1.1		1.1	1.1
1.3	1.1		1.1	1.1
1.4	1.1		1.1	1.1
1.5	1.1		1.1	1.1
1.6	1.1		1.1	1.1
1.7	1.1		1.1	1.1
1.8	1.1		1.1	1.1
1.9	1.1		1.1	1.1
1.10	1.1		1.1	1.1
1.11	1.1		1.1	1.1
1.12	1.1		1.1	1.1
1.13	1.1		1.1	1.1
1.14	1.1		1.1	1.1
1.15	1.1		1.1	1.1
1.16	1.1		1.1	1.1
1.17	1.1		1.1	1.1
1.18	1.1		1.1	1.1
1.19	1.1		1.1	1.1
1.20	1.1		1.1	1.1
1.21	1.1		1.1	1.1
1.22	1.1		1.1	1.1
1.23	1.1		1.1	1.1
1.24	1.1		1.1	1.1
1.25	1.1		1.1	1.1
1.26	1.1		1.1	1.1
1.27	1.1		1.1	1.1
1.28	1.1		1.1	1.1
1.29	1.1		1.1	1.1
1.30	1.1		1.1	1.1
1.31	1.1		1.1	1.1
1.32	1.1		1.1	1.1
1.33	1.1		1.1	1.1
1.34	1.1		1.1	1.1
1.35	1.1		1.1	1.1
1.36	1.1		1.1	1.1
1.37	1.1		1.1	1.1
1.38	1.1		1.1	1.1
1.39	1.1		1.1	1.1
1.40	1.1		1.1	1.1
1.41	1.1		1.1	1.1
1.42	1.1		1.1	1.1
1.43	1.1		1.1	1.1
1.44	1.1		1.1	1.1
1.45	1.1		1.1	1.1
1.46	1.1		1.1	1.1
1.47	1.1		1.1	1.1
1.48	1.1		1.1	1.1
1.49	1.1		1.1	1.1
1.50	1.1		1.1	1.1
1.51	1.1		1.1	1.1
1.52	1.1		1.1	1.1
1.53	1.1		1.1	1.1
1.54	1.1		1.1	1.1
1.55	1.1		1.1	1.1
1.56	1.1		1.1	1.1
1.57	1.1		1.1	1.1
1.58	1.1		1.1	1.1
1.59	1.1		1.1	1.1
1.60	1.1		1.1	1.1
1.61	1.1		1.1	1.1
1.62	1.1		1.1	1.1
1.63	1.1		1.1	1.1
1.64	1.1		1.1	1.1
1.65	1.1		1.1	1.1
1.66	1.1		1.1	1.1
1.67	1.1		1.1	1.1
1.68	1.1		1.1	1.1
1.69	1.1		1.1	1.1
1.70	1.1		1.1	1.1
1.71	1.1		1.1	1.1
1.72	1.1		1.1	1.1
1.73	1.1		1.1	1.1
1.74	1.1		1.1	1.1
1.75	1.1		1.1	1.1
1.76	1.1		1.1	1.1
1.77	1.1		1.1	1.1
1.78	1.1		1.1	1.1
1.79	1.1		1.1	1.1
1.80	1.1		1.1	1.1
1.81	1.1		1.1	1.1
1.82	1.1		1.1	1.1
1.83	1.1		1.1	1.1
1.84	1.1		1.1	1.1
1.85	1.1		1.1	1.1
1.86	1.1		1.1	1.1
1.87	1.1		1.1	1.1
1.88	1.1		1.1	1.1
1.89	1.1		1.1	1.1
1.90	1.1		1.1	1.1
1.91	1.1		1.1	1.1
1.92	1.1		1.1	1.1
1.93	1.1		1.1	1.1
1.94	1.1		1.1	1.1
1.95	1.1		1.1	1.1
1.96	1.1		1.1	1.1
1.97	1.1		1.1	1.1
1.98	1.1		1.1	1.1
1.99	1.1		1.1	1.1
2.00	1.1		1.1	1.1

## — LA POLEMICA SOBRE LA TEORIA DE LA DEPENDENCIA Y LA NATURALEZA DE LA EXPANSION DEL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA MUNDIAL.

Si el error de la economía clásica, según Marx, no estaba en las respuestas sino en las preguntas, la apasionada y frecuentemente acre polémica suscitada en torno a la Teoría de la Dependencia aparece como un conjunto de respuestas en torno a una pregunta apenas formulada, fugitiva, casi siempre ausente, cuya unidad sin embargo se puede reconstruir. (1)

La mayoría de los analistas de lo que Gunder Frank llama "La nueva Teoría de la Dependencia" han expresado sus simpatías o su identidad con los movimientos llamados **castristas**, particularmente en sus formas últimas, especialmente en MIR chileno; mientras sus críticos, en su mayoría, coinciden o militan con las posiciones de los Partidos Comunistas. Ello ha dado a la discusión una dimensión política, implícita o explícita, ligada por efectos de resonancia a la polémica entre las diferentes líneas políticas cuya mayor prueba de fuego ha sido sin duda alguna el proceso y la derrota de la Revolución chilena.

Sin embargo, a poco que se profundice en la discusión se descubre que su relación con la polémica política, aparece puramente incidental, casi ornamental. En efecto, los críticos de dicha teoría jamás han intentado probar siquiera la relación orgánica de la misma con la concepción estratégico-táctica, de manera que los errores políticos serían imputables a errores básicos en tales fundamentos. Tampoco lo han hecho los dependencistas, lo cual resulta tanto más extraño cuanto que unos y otros han elaborado posiciones críticas mutuas respecto del proceso chileno (2)

La alternativa propuesta —la teoría de la articulación de modos de producción (3)—En qué medida ha construido su objeto y cuál sería la especificidad del mismo? De qué manera fundamental la línea política clásica de los Partidos Comunistas de América Latina; es decir, establece su relación orgánica con el discurso político estratégico de los mismos?.

Una mirada más atenta, empero, al problema nos muestra que tanto las formulaciones de los Partidos Comunistas cuanto la Teoría de la Dependencia elaboran su discurso en el interior del mismo horizonte ideológico: la concepción del desarrollo económico nacional.

En el interior de esa común perspectiva ideológica, ambas tesis construyen un similar análisis del imperialismo para descubrir su función respecto a las economías nacionales "periféricas" o dominadas. El imperialismo es concebido como un doble proceso a partir de sus núcleos centrales o hegemónicos. Por un lado, la expansión mundial del ciclo del capital—mercancías:

$$M' \left( \frac{M}{m} \right) - D' \left( \frac{D}{d} \right) \frac{M}{T} - P' \dots P'' \dots M''$$

únicamente en sus fases circulatorias, por otro, la ampliación internacional del ciclo del Capital Productivo .

$$P \dots P - M \left( \frac{M}{m} \right) \left( M \right) \frac{M}{T} P \dots P$$

considerado exclusivamente en la fase inicial del segundo movimiento del ciclo, en tanto circulación internacional de plusvalía y las formas de su acumulación. Los efectos de ambos procesos serán la obstrucción o la deformación de las fuerzas productivas nacionales.

Si en un principio, la diferencia parecía estribar en el carácter de las relaciones sociales que contienen esas fuerzas productivas obstruidas o deformadas, pronto esa diferencia deja de subsistir. (4). La oposición central radica más bien en que, mientras para los P.C el desarrollo es una suerte de destino de las economías meramente nacionales (una suerte de ontología nacional) obstruido por el imperialismo; para la Teoría de la Dependencia, esa determinación externa ha sufrido un proceso de interiorización, de fijación en las propias estructuras de los F.E.S. "periféricos". De allí el suspiro nostálgico por el desarrollo capitalista autónomo, al cual alude Cueva. Sólo que es el mismo sueño: conjugado en pasado por los "dependentistas", y, en futuro por los comunistas.

Sin embargo, el ciclo del Capital—Mercancías (5) y la circulación y acumulación de la plusvalía, suponen el capital ya valorizado. Excluyen, por lo mismo, las relaciones sociales de producción y su específica unidad contradictoria con las fuerzas productivas. Precisamente, el núcleo decisivo a partir del cual es posible comprender la tendencia histórica de la expansión del Modo de Producción Capitalista. Por supuesto, ello no constituye un simple error teórico que cobra su sentido en las discusiones académicas. Es el fruto de

ese horizonte ideológico producido por el propio proceso mundial capitalista y las luchas sociales engendradas en el mismo. Tiene la fuerza, diríamos material, de fases históricas concretas de la expansión del Modo de Producción Capitalista en las cuales, por el juego específico de su sobredeterminación sobre el modo de producción dominante en los FES "atrasados", se produjo una limitación insuperable al desarrollo de las fuerzas productivas, y a la propia expansión mundial del capitalismo. La unidad nacional era la forma de organización de un sólido bloque histórico revolucionario capaz de romper esa situación. La ideología del desarrollo nacional generada en esa fase y que tiende a sobrevivirle y universalizarse sólo puede "ver" exclusivamente el ciclo del Capital—Mercancías y la circulación y acumulación de la plusvalía. Y ello, de acuerdo a las necesidades de su reproducción que, como contrapartida inevitable al análisis del imperialismo, excluyen del estudio de su propio objeto, las contradicciones motrices que lo dinamizan.

El presente trabajo intenta señalar las tendencias generales de la expansión del Modo de Producción Capitalista y las contradicciones motrices del desarrollo de los FES latinoamericanos, sobre los cuales ejerce su función sobredeterminante, con el objeto de localizar en ese proceso, las diversas formas teórico—políticas de esa común ideología del desarrollo nacional. Esa localización permitirá descifrar el contenido real de los conceptos y la articulación real "ideológica" que los rige en relación con su significado político. De esa manera la crítica teórica podrá elaborar el verdadero objeto del análisis marxista, abandonar el encierro metodológico fundado en la oposición especulativa verdad —error— en lo cual, la "pregunta" siempre se escapa —y transformarse en una auténtica crítica política. Por supuesto, el presente trabajo sólo pretende esbozar los contornos generales de esa problemática. Su verdadero desarrollo sólo será fruto del propio movimiento revolucionario.

Es innegable que la internacionalización del ciclo Capital—Mercancías fue la primera forma que asumió la expansión del Modo de Producción Capitalista. En párrafos célebres del Manifiesto, retomados luego en el Capital (6) Marx denuncia al capitalismo en ese nivel.

Incluso, la "visibilidad" de la fase M' —D' fue mucho anterior y más dinámica —perdóneme el término— que la fase D—MPC (materias primas) y m—d—M (transformación de la plusvalía—Renta en mercancías) de dicho ciclo —y mucho más aún en la fase T—D—M que cae fuera del mismo (7) — propias de la reproducción a través del mercado mundial del capital social metropolitano. A pesar de las fehacientes referencias de Marx al respecto (8) di-

chas fases sólo se constituyeron en objeto de estudio, mucho después, a partir de un grado alto de desarrollo de la producción agrícola y de materias primas orientada hacia el mercado mundial.

La internacionalización del ciclo Capital Productivo como proceso permanente y creciente, surgió posteriormente cuando la concentración y centralización de capitales produjo tanto volúmenes gigantescos de excedentes de capital cuanto la formación de los monopolios y los imperios financieros. Pero esa internacionalización antes que en su forma D—T apareció como expresión de la necesidad de controlar las fuentes de materias primas decisivas tanto para la reproducción del capital social cuanto y sobre todo para apuntalar las circulaciones internacionales de mercancías bajo control monopólico.

Sin embargo, esos procesos no son sino la expresión fenoménica del desarrollo de la contradicción entre las relaciones sociales y las fuerzas productivas propias del régimen capitalista de producción; único objeto cuyo análisis nos puede permitir superar una visión puramente descriptiva y descubrir las tendencias contradictorias de la expansión del Modo de Producción Capitalista.

Esa contradicción, inherente al proceso de creación y realización del valor, se expresa en que las relaciones sociales de producción son a la vez palanca y grillete del desarrollo de las fuerzas productivas (9). En un primer nivel, impulsan su desarrollo, en cuanto que el incremento de la capacidad productiva del trabajo es la condición "sine qua non" para la producción de la plusvalía relativa y extraordinaria en su relación dialéctica específica (10).

Ahora bien, lo importante es el doble efecto de ese proceso. Por un lado, el incremento de la capacidad productiva del trabajo produce un aumento espectacular de las masas de valor y plusvalía, a pesar de la caída de la tasa de ganancia. Ese fenómeno, resultado del proceso de producción inmediato, no "sólo difiere en tiempo y lugar sino que además no tiene vinculación teórica con el proceso de realización de esa masa de plusvalía, determinado no por la capacidad productiva del trabajo sino por las proporciones entre las diferentes ramas, y especialmente sectores, de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad, sustentadas ambas en relaciones de distribución antagónicas" (Marx). El crecimiento de la capacidad productiva del trabajo social, en cuanto produce una disminución de la proporción del capital variable no solamente en relación al capital constante sino a la plusvalía y al valor global, agudiza la contradicción propia del Modo de Producción Capitalista entre la

producción y el consumo, entre el proceso de valorización y de realización.

Las relaciones de producción y distribución capitalistas resultan demasiado estrechas para la rentabilidad del desarrollo de las fuerzas productivas. De allí la necesidad permanente de la ampliación del mercado más allá de la frontera del aparato productivo "nacional" (11).

Esa es la primera y la más inmediata forma en que aparece el desbordamiento de las relaciones sociales por las fuerzas productivas desatadas por las mismas. Sin embargo, no es la única forma ni la decisiva (12). El nivel más profundo en que se expresa la contradicción es la caída tendencial de la Tasa de Ganancia.

En efecto, el mismo desarrollo de la capacidad productiva del trabajo, conduce a un incremento de la composición orgánica del capital y a la consecuente disminución del porcentaje de la masa de plusvalía respecto al capital total adelantado. Por eso Marx afirma: "Por consiguiente, la tendencia progresiva a la disminución de la tendencia general de ganancia es nada más que una manera propia del Modo de Producción Capitalista de expresar el progreso de la productividad social del Trabajo (13).

La caída de la Tasa de Ganancia constituye sin duda alguna el Talón de Aquiles del Modo de Producción Capitalista, la forma más significativa en que se materializa su contradicción insuperable, y el signo distintivo de su muerte. Ahora bien, Marx señala varias de las causas que contrarrestan esa Ley:

- Aumento del grado de explotación del trabajo
- Reducción del salario debajo de su valor
- Descenso del precio de los elementos del capital constante. Dentro de este punto, el comercio exterior juega un papel importante (14).
- Creación de una superpoblación relativa que consolida, recrea o reproduce empresas y ramas de baja productividad — en muchas de las cuales aún no se ha completado la subordinación real del trabajo al capital.
- Los capitales invertidos en las colonias (15).

Sin embargo casi todas ellas son otros tantos efectos del mismo proceso que genera la tendencia histórica a la realización de la Ley; el incremento de la capacidad productiva del trabajo social (16).



Mas, si observamos detenidamente las causas señaladas por Marx, encontramos algunas al margen del régimen específicamente capitalista, en el interior del mismo, sin embargo: —el pago de las fuerzas de trabajo por debajo del valor —la inversión de capitales en las "colonias", en cuanto en ellas el valor histórico.— moral de la fuerza de trabajo es inferior al de las metrópolis.

En efecto, ambas causas suponen dicho régimen: un nivel alto de productividad. Pero, el incremento de la Tasa de Plusvalía, en este caso, la disminución del tiempo de trabajo necesario, no es efecto del mismo, en cuanto condición de la plusvalía relativa. La primera de las causas supone un recurso coyuntural y desesperado, y, depende de las relaciones de fuerza entre la burguesía y el proletariado, es decir de la lucha abierta de las clases.

La tendencia del capitalismo a la expansión incesante de su inversión en las colonias, supone, en cambio, condiciones favorables (17). Pero, lo esencial de este desplazamiento no es el control de la producción de materias primas en cuanto soporte de la circulación internacional de mercancías bajo formas monopólicas o uno de los mecanismos de imposición de un régimen de división internacional del trabajo. El hecho fundamental es el acto D—T, en cuanto proceso de producción de altas tasas de plusvalía y ganancia (18). La exportación de capitales es ante todo y sobre todo, exportación de relaciones sociales.

Ahora bien, desde el punto de vista de las FES llamadas periféricas, el ritmo de internacionalización del acto DT —y el propio ciclo del Capital —mercancías y del Capital industrial global— está condicionado por su grado de desarrollo, cuyas contradicciones motrices radican en el interior de las mismas, sobredeterminados por dicho proceso de internacionalización.

De allí que, en cierta fase histórica, las contradicciones propias de sólidas estructuras precapitalistas, aceleradas por la forma específica de expansión del Modo de Producción Capitalista que dichas estructuras posibilitan, obstruirían tanto su propio desarrollo interno cuanto la profundización de esa expansión.

En otra etapa y otras zonas, la unidad entre relaciones sociales capitalistas y fuerzas productivas, caracterizada por un régimen de explotación del trabajo en base a la intensificación del mismo, tendría a condicionar las mismas formas de ampliación de la base espacial del Modo de Producción Capita-

lista: internacionalización del ciclo cuya función aparecía orientada exclusivamente al drenaje de excedente para su acumulación en centros más aptos (19). En ambos casos, el "subdesarrollo" aparecía como efecto de la dominación externa del imperialismo.

Además, los Estados de los países metrópolis, se convirtieron en los más celosos guardianes de las formas que asumía el proceso concreto de internacionalización. Y ello porque en un primer nivel el Estado es el garante de la producción capitalista en su forma inmediata. Esa acción de los Estados imperialistas —caracterizada por intervenciones militares directas, reforzamiento del aparato político—militar interno, dada la debilidad del mismo—dió una profunda significación política al proceso que contribuyó a consolidar la ideología generada por la apariencia del mismo. La economía y el Estado, "dependientes" o "semicoloniales" aparecieron como un mero apéndice del imperialismo y las relaciones entre ambos reducidas a la reproducción incesante de la funcionalización mecánica de la periferia al ciclo del Capital—Mercancías y la expulsión de una masa de plusvalía, en base a la producción de materias primas y bienes agrícolas, cuya única función era acumularse en las metrópolis. El desarrollo nacional era, así, siempre el destino imposible.

Sin embargo, el desarrollo capitalista de muchos países de la periferia —sea por transformaciones profundas de las estructuras precapitalistas, sea por la transición del régimen basado en la intensificación del trabajo a uno basado en el incremento de la capacidad productiva del mismo—en la medida en que ha creado las condiciones para una más profunda internacionalización del Capital, en cuanto relación social, ha revelado la naturaleza profunda del mismo. La "distancia" entre las formas concretas de la expansión del Modo de Producción Capitalista y su tendencia histórica ha permitido ciertas políticas "anti—imperialistas" coyunturales de los Estados capitalistas de la "periferia" —muchas veces en medio de violentos choques con los estados imperialistas cuya significación histórica es, por supuesto, diferente.

Bien, lo que nos interesa destacar aquí son dos hechos:

1.— El desarrollo capitalista de los países dependientes es una condición necesaria para la profundización de la internacionalización del Modo de Producción Capitalista.

2.— La aceleración o la obstrucción del mismo, depende de sus contradicciones internas, sobredeterminadas por la expansión del Modo de Produc-

Los siguientes capítulos intentarán reconstruir someramente las formas de ese proceso, a partir del cual se procurará localizar las diferentes variantes de la ideología del desarrollo nacional.

11

— **LA EXPANSION DEL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA Y LAS SOCIEDADES "SEMIFEUDALES Y SEMICOLONIALES"**

Según lo habíamos señalado, la expansión del capitalismo en el siglo pasado se produjo en su primera fase bajo la forma del Capital—Dinero y Capital—Mercancías de comercio.

En un primer nivel, apareció como "...conquista de nuevos mercados y explotación más intensa de los antiguos".

En un segundo nivel, como expresión de la necesidad de reproducción del capital social. Opera determinada por la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y las causas que la contrarrestan. (1) incremento de la masa de valores de uso., disminución de su valor o de sus precios: doble exigencia que teóricamente, sólo puede ser satisfecha por un incremento permanente de la productividad del trabajo (2).

Sin embargo, esa doble exigencia derivada del proceso de producción no era, de ninguna manera, el factor decisivo del proceso de producción interno de las FES "periféricas". Se manifiesta frente a dichas formaciones sociales como un mercado en constante ampliación que crea la posibilidad de una producción creciente para el mismo. Pero las posibilidades de ese crecimiento y de transformación de sus relaciones sociales y técnicas depende por entero de las contradicciones propias de producción prevaeciente en ellas. Tal como lo dice Marx: "El comercio implica, pues, en todas partes, una acción más o menos disolvente sobre las organizaciones existentes de la producción, que, en toda diversidad de formas, se orientan en primer término hacia el valor de uso. Pero la medida en que destruya el antiguo sistema de producción depende ante todo de la solidez y de la estructura interna de éste. El resultado del proceso de disolución, es decir, el nuevo modo de producción que reemplaza al antiguo, tampoco depende del comercio, sino del antiguo modo de producción (3).

En efecto, la expansión del Modo de Producción Capitalista aparece mediada por el funcionamiento propio del Capital comercial internacional y nacional. El mismo que, en el caso de sociedades feudales como China, opera frente a una tenaz resistencia propia de la solidez y la intensa densidad social del "antiguo modo de producción".

Evidentemente, en ese caso, no se produjo siquiera el proceso de subsunción formal del trabajo al capital, tal como fuera definido por Marx en el Capital y en el célebre capítulo IV inédito. El capital no se apoderó de la producción, ni aún formalmente, permaneciendo en la espera de la circulación, en los poros de la sociedad. La transformación de la producción orientada hacia los valores de uso hacia una producción de valores de cambio, fue el efecto principal de "la acción más o menos disolvente" del comercio. Pero esa acción se expresará a través de las relaciones sociales y las fuerzas productivas constitutivas del modo de producción existente.

En proceso fundamental fue el incremento del sobre-trabajo, esto es, de la explotación de clase propia de dicho modo de producción, bajo la forma concreta de la renta feudal (4). Ese incremento del trabajo excedente significó un incremento del tiempo de trabajo global o una disminución del tiempo de trabajo necesario o una intensificación del mismo realizada no como un proceso de cooperativización o manufactura—subsunción formal— que cierra los poros del trabajo social generados por la dispersión de la producción artesanal sino como un puro y simple gasto de mayor energía. Obviamente se produjo una extrema agudización de las contradicciones de clase. Este proceso es el que trata de dar cuenta Mao Tse Tung bajo el concepto "semifeudal".

Ahora bien, fue esa renta feudal, bajo la forma de dinero en que se convertía el plus producto—mercancía, el mercado para la realización de la producción industrial metropolitana.

El "antiguo modo de producción" intentó reproducirse tenazmente, obstruyendo toda posibilidad de transición hacia la fase de acumulación originaria. La extrema densidad social de China permitía una ampliación más o menos significativa de la masa global de plusproducto—mercancía. La renta feudal no llevaba en sí el espíritu capitalista capaz de transformarla en capital. Producto de una forma específica de apropiación de sobretrabajo, su voracidad le empujaba a incrementar éste. Por otra parte, el modo de producción en que cobraba existencia, limitaba la producción de fuerza de trabajo—mercancía y de concentración de medios de producción mercancía. La

tierra no tenía existencia ni valor comercial, la propiedad jurídica era el medio para la apropiación del sobretrabajo

De ahí que el dinero en que se transformaba servía para satisfacer las necesidades cortesanas y militares de las castas feudales. Tendía, además, a entrelazarse con el capital comercial y usuario y esquilmar aún más a los campesinos. Tal como lo señalaba Marx, el desarrollo del capital comercial y usuario no significan de manera alguna un proceso de subsunción formal del trabajo al capital. Sirven para apuntalar la reproducción de las relaciones feudales (5).

La producción manufacturera capitalista existía en la periferia, en los poros de las estructuras "semifeudales", sin capacidad alguna de crear una dinámica de acumulación propia y los instrumentos favorables a la misma: sistema financiero, infraestructura y las políticas estatales correspondientes. Se desarrollaba además, ligada a los circuitos comerciales—transportes, puertos, etc.—o en las zonas marginales del mercado expolado por la producción metropolitana, siempre frenada por la resistencia de esas estructuras "feudales". En ese marco de limitada capacidad de acumulación, operaba el Capital—Mercancías metropolitana, reforzando esa limitación e incluso produciendo como efecto de la destrucción de gran parte de esas manufacturas, incapaces de competir con la producción extranjera. Y ese efecto no se vió contrarrestado por un proceso de producción de los elementos constitutivos de generación de una dinámica propia de acumulación y que en un momento dado tendería a superar esa acción disociadora. Por eso, la exportación de capitales bajo el comando del Capital financiero no se tradujo en las primeras etapas como una exportación de relaciones sociales que, al mismo tiempo, cumpliría la función de dinamizar la exportación de mercancías. Se desarrolló fundamentalmente como un soporte de la circulación de mercancías. Fueron préstamos para esas crecientes necesidades cortesanas y militares de las castas feudales dominantes, a cambio de las cuales obtenía privilegios comerciales, control de puertos y zonas exclusivas. Funcionó como un capital usuario que atezaba a dichas castas y las empujaba a incrementar aún más su hambre de trabajo excedente.

La existencia del antiguo modo de producción consolidaba y reproducía la internacionalización del ciclo del capital—mercancías y el capital financiero "usuario" y restringía la ampliación del capitalismo como relación social, tanto interno como internacional, emergiendo este último como un siste-

ma de drenaje de plusvalía hacia afuera únicamente. Dicho proceso aparecía entonces como efecto de la contradicción entre la ampliación de la circulación internacional de mercancías (M—D—MP, v, especialmente, m—d, m TdM) y la circulación internacional de la plusvalía ( $d - \frac{MP}{T}$ ) con el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas. Incluso, a la postre, entraría en contradicción consigo mismo, pues la exportación de capitales, es una palanca fundamental de la exportación de mercancías: La renta feudal es un mercado demasiado reducido. La visibilidad parcial del proceso de expansión del M.P.C. y la ideología del desarrollo nacional en que se constituía, emergían así socialmente producidas.

El mérito excepcional de Mao fue comprender la profundidad del proceso a través de la unidad dialéctica de los conceptos semifeudal y semicolonial y definir la estrategia de una guerra campesina bajo formas nacionales y con la dirección del proletariado.

Ahora bien, ese concepto construido por Mao, se mueve en el interior de un discurso político que señala una situación revolucionaria caracterizada por la agudización extrema de las contradicciones al interior del modo de producción prevaleciente en China, sobredeterminada por la dominación imperialista. En ese nivel expresa los efectos de la contradicción entre relaciones sociales y fuerzas productivas, características de toda sociedad, que ha llegado a su máximo grado de antagonismo. Esa contradicción sólo podía resolverse mediante una lucha directa por el poder, pues las relaciones sociales prevalecientes generaban un tipo de Estado—semifeudal y semicolonial— cuyos límites estructurales rechazaban todo desarrollo de las fuerzas productivas.

En efecto, la "resistencia del antiguo Modo de Producción" tendía a conservar el contenido y las formas estatales de dicho modo: dispersión en centros autónomos locales del poder; unidad en cada uno de ellos entre lo político y lo social. Aún más, el incremento de la extracción del plus trabajo consolidaba la coerción política como el mecanismo decisivo de dicha extracción. El proceso social de producción era a la vez un proceso político: la dominación política de clase y las formas de su ejercicio se establecen directamente en el interior del mismo.

La circulación de mercancías y la débil producción capitalista internas no eran capaces de crear sino un débil poder central que no lograría destruir ni siquiera limitar esos centros autónomos de poder y que constantemente era

sujeto de violentas tendencias centrífugas en su propio seno. La dominación política imperialista se materializó en esa estructura interna de poder, a través de alianzas de los distintos caudillos y camarillas militares con diferentes centros imperialistas. De allí que la burguesía nacional "haya sido objetivamente una clase revolucionaria, interesada, tanto como el proletariado, en la ruptura de ese tipo de Estado. Mas, la dirección del proceso, sea por la burguesía o por el proletariado, no solamente tenía importancia en cuanto a las nuevas relaciones sociales bajo las cuales irrumpirían y se desarrollarían las nuevas fuerzas productivas —socialismo o capitalismo— sino sobre la perspectiva del M.P.C. mundial.

En efecto, esa ruptura como un proceso capitalista interno, dirigido por la burguesía, solamente constituye una fase transitoria en tanto creación de las bases necesarias para la profundización de la expansión del M.P.C. mundial, aún cuando aparezca como un proceso anti-imperialista— y tome medidas nacionalistas y de protección a la industrialización llamada nacional (6).

La dirección del proletariado, en cambio, no solamente expresaba el proyecto histórico de construir una sociedad socialista a nivel nacional sino el proyecto internacional de la clase obrera de cercar y liquidar el capitalismo mundial. En efecto, la construcción del socialismo significa además "expropiar" al capitalismo mundial una base social y geográfica a su expansión y contribuir así a acelerar sus contradicciones internas.

De allí la imposibilidad de encontrar una unidad histórica entre la burguesía y el proletariado en torno a un programa nacionalista. El nacionalismo burgués no es más que una forma transitoria que conduce a la más profunda unidad internacional de clase del Capital. El nacionalismo proletario anti-imperialista no es más que una forma de la más profunda solidaridad internacional de la clase obrera contra el capitalismo como sistema mundial.

### III

#### — LA EXPANSION DEL MPC Y LA FASE DE ACUMULACION ORIGINAL DEL CAPITALISMO LATINOAMERICANO.

El proceso de America Latina fue fundamentalmente distinto; y esa diferencia esencial radicó en las estructuras internas de las formaciones sociales latinoamericanas.

En efecto, la función sobredeterminante de esa expansión, durante el siglo pasado, operó sobre estructuras bastante diferentes de las sociedades feudales de oriente. "El" modo de producción antiguo tenía un largo período de descomposición por acción de la circulación de mercancías en el espacio colonial inglés. Se había formado una burguesía comercial de alguna envergadura que había impulsado las luchas independentistas, y, aún cuando predominaban relaciones sociales precapitalistas se habían desarrollado ciertas relaciones capitalistas. Finalmente, el "antiguo modo de producción" no tenía una gran densidad social ni ocupaba por lo mismo un espacio geográfico mayor.

Por eso, la producción orientada hacia el mercado mundial, en función de la reproducción del capital social inglés, no se realizó en el interior de ese modo de producción, sino mediante un proceso continuo de apertura y ampliación de "zonas sociales" nuevas (1). Obviamente, ese fenómeno creaba condiciones propicias para el desarrollo de nuevas relaciones sociales. Las plantaciones cacaoteras o cafetaleras, las haciendas ganaderas, en las cuales predominaba el trabajo asalariado, y la pequeña producción libre fueron algunas de esas formas.

Se produjeron pues los procesos principales de la acumulación originaria de capital. la concentración de medios de producción, la producción de la fuerza de trabajo mercantía, el desarrollo de fortunas monetarias, y una creciente subordinación formal del trabajo del capital (2).

Las formas concretas de la expansión del MPC tendieron a crear las condiciones para la consolidación de una poderosa burguesía comercial interna, de suyo bastante fuerte en las postrimerías de la fase colonial y en el período independentista. De hecho, durante una larga época esa burguesía aparecía como una forma funcional del ciclo de capital "metropolitano"; y como tal la forma a través de la cual se expresaba la doble necesidad del capitalismo "central", según lo habíamos señalado: incremento de la masa de valores de uso y disminución de su valor individual. El capital comercial materializó esa doble necesidad en su propia dinámica: creciente concentración y centralización, desarrollo técnico para disminuir el tiempo y los gastos de circulación por unidad de valor (3).

Esos procesos incrementaron rápidamente el poder económico político de la burguesía comercial; clase que tendió a copar la escena social y a ocultar el papel determinante del proceso de producción. Pero ese hecho no ex



presaba la función decisiva del capital comercial como apéndice del ciclo del capital industrial metropolitano sino la debilidad de la producción agraria. De allí que cuando ésta se desarrolló tendió a subordinar paulatinamente al capital comercial y a convertirlo en forma funcional de su propio ciclo (4)

Ese sobredesarrollo del mismo no puede considerarse de ninguna manera el factor determinante del proceso de producción y de las relaciones engendradas en el mismo ni siquiera en cuanto al tipo de producto (5). Constituía la forma de realización de la producción, de cuya plusvalía participaba en forma creciente, y el índice de la ampliación del mercado mundial. Tampoco el llamado "intercambio desigual" puede ser considerado ese factor decisivo. Más bien, el mismo tendría que ser explicado como efecto del nivel concreto de las relaciones sociales y el desarrollo de las fuerzas productivas internas: la débil composición orgánica y productividad en el proceso de formación de los precios de formación mundiales; bajo nivel del precio y de la renta de la tierra en condiciones, especialmente en las zonas vírgenes, de alta fertilidad natural, altas tasas de plusvalía.

El proceso determinante fue la forma concreta que asumió la acumulación originaria, sobredeterminada por el proceso de internacionalización del MPC fenómeno que nos explica la debilidad del capital productivo agrario frente al comercial y la formación de precios mundiales de producción.

Esa forma tiene un nombre: subsunción formal del trabajo al capital. No fue el incremento de la capacidad productiva del trabajo, es decir el régimen capitalista propiamente dicho, sino una específica unidad entre relaciones sociales capitalistas y fuerzas productivas — el modo de apropiación real que habla Balibar — aún no capitalista. Esa unidad se expresa en el predominio de la plusvalía absoluta: la concentración y organización del trabajo social — el cierre de sus poros — para incrementar su intensidad. El aumento de la masa de valores de uso se producía por el doble efecto de esa mayor intensidad y de la ampliación del número de trabajadores. Este último mecanismo suponía un proceso insesante de creación de "nuevas zonas sociales" y la reproducción de sus formas: concentración de medios de producción, a través del desalojo o la colonización, producción de la fuerza de trabajo—mercancía (6).

Ahora bien, la reproducción global de las formaciones sociales "periféricas" — unidad del proceso de producción y circulación, único lugar en el que se puede analizar la articulación de los modos de producción — suponen

un primer nivel, la funcionalización de las estructuras productivas agrarias orientadas hacia el mercado interno al proceso de reproducción del capitalismo agrario. Dicha funcionalización se refería a la producción de fuerza de trabajo—mercancía, a su reproducción “barata” y a la generación de un bajo valor histórico moral de la misma a escala global de la sociedad (7).

La producción capitalista de exportación se reproducía en escala relativamente ampliada en base a esa ampliación del número de trabajadores y a la creciente subordinación formal del trabajo al capital. Las estructuras productivas no capitalistas, en cambio, sufrían ese drenaje de fuerza de trabajo, a la vez que debían reproducirla a través de la producción de bienes de bajo precio. El incremento de la extracción de sobretrabajo, en la forma de plus producto—mercancía, fue uno de los mecanismos fundamentales, sobre todo en las primeras fases y en algunas zonas en las cuales las relaciones precapitalistas eran bastante sólidas. Otras zonas, especialmente las próximas a los mercados sufrieron una lenta transformación de la hacienda semifeudal en empresa capitalista, obviamente bajo las formas de la subordinación formal del trabajo al capital y formas mixtas de salario, (8). La producción capitalista en la medida que estimulaba una generalizada circulación de mercancía, provocaba la acelerada formación de una pequeña producción mercantil simple— bajo las formas jurídicas de la propiedad o la posesión (9) —. La producción mercantil simple era la más apta para cumplir las funciones necesarias a la reproducción del capitalismo agrario. Progresivamente, la misma y la vía Junker fueron desarrollándose y confinando a la clásica hacienda semifeudal a zonas marginales.

Ahora bien, se hace necesario considerar algunos problemas generales de la reproducción y acumulación de las formaciones sociales “periféricas”, en la medida que han tendido a fetichizar la apariencia de estructuras comprendidas por los conceptos “semifeudal y semicolonial”.

La masa de plusvalía generada en el proceso capitalista agrícola llevaba en si misma, como plusvalía que busca convertirse en capital, la tendencia a desplazarse a otras ramas de la producción; fenómeno sustancialmente diferente al de la masa de plusproducto—mercancía apropiada por los terratenientes de oriente bajo la forma de renta feudal.

El proceso que limitaba la transformación de esa masa de plusvalía en capital industrial, era la propia capacidad de producción de la misma, sobre

... que operaba la competencia extranjera. Marx señala que la transformación de la plusvalía convertida en dinero en un nuevo capital, depende de circunstancias independientes de la mera existencia de él: la composición técnica del capital (10). La producción industrial metropolitana determinaba, a través de la competencia, esa relación técnica: necesidad de inversiones iniciales de capital relativamente altas. Por otra parte la subganancia extraordinaria generada en la producción de los precios mundiales de producción, limitaba la masa global de plusvalía (11).

Dicho fenómeno, aunado a las altas tasas de plusvalía en la producción agraria, produjo el efecto de una diferenciación creciente entre la masa global de plusvalía y su posibilidad de acumulación. De allí el incremento del consumo de la renta capitalista que intensificaba la penetración de las mercancías extranjeras.

Se daba el fenómeno de que alternativamente había demasiada y muy poca plusvalía. De esa manera se consolidaba la expansión del MPC mundial bajo la forma del ciclo del capital—mercancías.

La reproducción ampliada del sistema estaba pues determinada por los límites del proceso de subordinación formal del trabajo al capital en base a su mayor intensidad; fenómeno que condicionaba la tendencia al consumo en el mercado internacional de la renta terrateniente y de gran parte de la plusvalía—renta capitalista. El proceso de producción de la fuerza de trabajo—mercancía y de concentración de los medios de producción se veía contrarrestado por ese sistema.

En páginas anteriores, habíamos señalado las diferencias, desde el ángulo de la reproducción del capital social "metropolitano", entre la producción agrícola y de materias primas, precisamente por la misma ley de crecimiento del capital constante a cuenta del variable que es la base de la intensificación de la concentración y centralización de capitales y de formación de los monopolios y a la vez de la caída tendencial de la tasa de ganancia. Por eso, la producción de materias primas y la búsqueda de altas tasas de ganancia fue el motor inicial de la exportación de capitales en la fase de los monopolios. Es evidente, que la necesidad de un gigantesco crecimiento de la masa material de materias primas y disminución de su valor social, susceptible únicamente en base a un régimen técnico basado en el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo y consecuentemente de grandes masas iniciales de capital adelantado, sólo podía ser satisfecha por los monopolios extranjeros.

Ahora bien, ese proceso se desarrolló en la fase de acumulación originaria del capitalismo latinoamericano. En condiciones en que las inversiones extranjeras se realizaban en base a un nivel de alta productividad los bajos salarios existentes en América Latina generaban tasas de plusvalía y ganancia muy superiores a la media mundial. De esa manera se realizaba la naturaleza específica del proceso de internacionalización del capital.

Pero por otro lado, se generaban tendencias que obstruían ese proceso. En efecto, la diferencia de salarios determinaba que daba igual productividad y manteniéndose en la misma tasa de acumulación entre la casa matriz y las filiales de los monopolios en la periferia, quedaren en éstas un excedente de plusvalía no acumulada. La débil capacidad de reproducción general de las formaciones sociales periféricas volvían poco rentable su acumulación en esfera de la producción industrial (12). Tendía más bien a reproducir la misma estructura, circulando hacia su acumulación en otras zonas de materias primas, incluso en la producción de alimentos — tal el caso del banano —, y hacia los centros metropolitanos. Bajo el rubro de repatriación y utilidades, ese excedente que no era sino la forma de una fracción no pagada del tiempo de trabajo de los asalariados latinoamericanos respecto a la clase obrera europea o norteamericana, salía y sale fuera de nuestras formaciones sociales.

Por supuesto, el factor determinante no era otro que la estructura productiva que generaba ese superior tiempo impago del trabajo, la débil capacidad de acumulación del sistema y la estructura del mismo. Sin embargo, todo aparecía como si la propiedad jurídico-nacional del capital fuera el factor decisivo. Es decir, el capital era patriota: se acumulaba en los Estados Unidos y Gran Bretaña un tanto yanqui o inglés. Sin embargo es evidente que los trabajadores y el pueblo de nuestros países eran y son explotados por el capital en tanto tal y no cuanto extranjero.

Si a esto añadimos que las limitaciones coyunturales al desarrollo industrial aparecían generadas por el ciclo del capital—mercancía metropolitanas; la presencia de relaciones semif feudales en un proceso de descomposición aún no visible, de formas de la subsunción formal del trabajo al capital percibidas como feudales encontraremos la apariencia que permitía la fetichización de los conceptos semifeudal y semicolonial y las tesis de la revolución democrático nacional generadas poderosamente por el extraordinario proceso de la revolución China.

Sin embargo, los procesos, según hemos intentado analizar, eran profundamente diferentes. En China, las contradicciones motrices internas, sobreterminadas por la dominación imperialista, se exacerbaban a un grado tan antagónico que sólo podían resolverse por una violenta ruptura revolucionaria de las relaciones sociales dominantes y el estado "semifeudal y semicolonial" en que cobraban forma política. En América Latina en cambio tendían a desarrollarse en el interior de las relaciones sociales y del estado capitalista.

Y es que en América Latina, las relaciones de producción creaban el horizonte de una base suficientemente amplia para el desarrollo de las fuerzas productivas. Señala Balibar: "...el capital como "relación social", es decir, la propiedad capitalista de los medios de producción, existe antes independientemente de la supeditación "real", de la forma específica de nuestra relación (de apropiación real) correspondiente al modo de producción capitalista" (13).

Por supuesto, ese desajuste no se expresaba "en el momento actual", sino históricamente. En cada momento existía, obviamente, una unidad que tendía a expresarse en el régimen de explotación basado en la mayor intensidad del trabajo y que incluso asumía formas de apariencia feudal (14). Pero el núcleo capitalista invariante de las relaciones sociales tenía la perspectiva siempre presente de una "extensión" para "envasar", estimulándolo, el desarrollo de las fuerzas productivas. En otras palabras, la propiedad capitalista, cuyo motor es la necesidad permanente de incrementar la masa y la tasa de plusvalía, impulsaba progresivamente la transición de la subordinación formal a la real del trabajo al capital, sin ruptura revolucionaria. De allí que el incremento notable de la masa global de plusvalía tendió a desplazarse a la producción industrial (15). Además esa dinámica estimulaba el desarrollo capitalista de la producción agrícola para el mercado interno; cuya masa de plusvalía también tendió a desplazarse hacia la producción industrial.

Ese desplazamiento se produjo en primera instancia hacia las industrias ligadas a las exportaciones, a las no competitivas con la producción metropolitana o hacia mercados que esta no podía cubrir. Posteriormente se produjo la llamada sustitución de importaciones cuyo desarrollo no estuvo generado por crisis del centro o por una nueva división internacional del trabajo impuesto por el imperialismo. Su determinación fundamental estuvo dada por el grado de desarrollo de la capacidad de acumulación del capitalismo latinoamericano que un momento dado pudo rebasar los límites impuestos por la composición técnica media mundial del capital. Por eso esa acumulación se dio en

las ramas de baja composición técnica y de valor y consecuentemente bajos capitales incitados requeridos. Es decir, el verdadero término que daría cuenta del proceso sería el de industrialización en las ramas de consumo de baja composición orgánica; y que produjo como efecto un cambio en la estructura de las importaciones y la reproducción a un nuevo nivel del desarrollo desigual de las fuerzas productivas mundiales (16)

Dicha industrialización, sin embargo no podía generar su propia revolución técnica, especialmente respecto a la creación de medios de producción. Ese proceso tenía un largo desarrollo en los países capitalistas avanzados. Fue pues el atraso del capitalismo latinoamericano el hecho que llevó a la burguesía a comprar los medios de producción en Estados Unidos y Europa antes que a producirlos originariamente. Y ese desarrollo que creó un nuevo mercado estimuló la producción de bienes de capital en dichos países (17).

La transición hacia la subordinación real del trabajo al capital no se realizó a través de una revolución técnica generada en el interior de nuestras formaciones sociales sino a partir de la copia de las formas de apropiación real de los países capitalistas avanzados. Y es que la tecnología en el capitalismo universal.

Y ese fenómeno no está determinado por la estructura de las formaciones sociales periféricas en cuanto dependientes sino en tanto capitalistas. El capitalismo no lleva en sí el espíritu de la originalidad histórica sino el afán de ganancia (18). Las relaciones de dependencia no son la causa de la deformación y el bloqueo del desarrollo capitalista industrial de nuestras formaciones sociales. Por el contrario, las relaciones capitalistas internas imponen un ritmo especial al desarrollo de las fuerzas productivas que tiene como efecto esas relaciones de dependencia.

Por otra parte, el desarrollo capitalista de la producción agraria siguió su curso, bajo el eje decisivo de la vía Junker. Sin embargo una serie de causas estimularon la tesis de la reforma agraria, a partir de la década de los 30 y que progresivamente se fue generalizando. Por supuesto, las diferentes clases y tendencias daban una interpretación diferente a la misma. La izquierda la interpretaba en el sentido de la vía Farmer, aún cuando poco a poco, por la dialéctica misma del proceso, ese planteamiento fue perdiendo su significado profundo de una movilización nacional y violenta de las masas campesinas.

El desarrollo capitalista de la producción agraria había arrancado una creciente base social y espacial a las estructuras capaces de generar un proceso de esa índole; y, a la vez, había creado las condiciones para una incesante descomposición y diferenciación del campesinado, a través de la producción generalizada de mercancías y de la generación de la fuerza de trabajo—mercancía. Pronto esos procesos alcanzaron un ritmo superior la capacidad de irradiación y generalización de las tensiones sociales engendradas en las estructuras precapitalistas, confinadas a zonas cada vez más marginales. Obviamente el poder dentro de la clase terrateniente se desplazó hacia su fracción Junker

Además, el desarrollo capitalista fue consolidando las estructuras del tipo de estado propio de ese modo de producción, a partir de un punto en que las tendencias centrífugas generadas por las relaciones precapitalistas perdieron fuerza global. Es decir, el adelanto de las relaciones sociales respecto de las fuerzas productivas y del modo capitalista de producción respecto a los otros vinculados a él — en perspectiva histórica — se expresa y cobraba forma política en el estado. De allí que la consigna revolucionaria del campesinado chino devenía en América Latina programas por la expedición de leyes de reforma agraria. La lucha antimperialista finalizaba también en movimientos de presión al estado existente para que desarrolle una política de control o nacionalización de los recursos naturales. La revolución democrático nacional devenía un programa de reformas nacionalistas y agrarias en el curso de la consolidación burgués y del tipo capitalista de estado.

Además, el desarrollo industrial en América Latina constituía históricamente la fase necesaria de creación de las bases requeridas para una ulterior profundización de la internacionalización del capital. Pero, ese proceso significaba una reorientación parcial o total de las ramas en las cuales se centraba la acumulación capitalista. Esta siguió el ritmo dictado por la relación entre la masa global de plusvalía y la composición técnica media mundial por rama bienes de consumo duradero, no duradero y ciertos bienes de capital

Esa fue la brecha, la distancia histórica que posibilitó una política de nacionalización de monopolios productores de productos agrícolas y materias primas. Pero esa política chocaba obviamente con los intereses de dichos monopolios— no con el proceso de internacionalización del capital — que mantenían posiciones de poder en el gobierno norteamericano y en los gobiernos latinoamericanos. En la fase de 1929—50, dada cierta paralización del proceso de extensión del MPC, la misma apareció con una lucha antimperialista históricamente definitiva.

Por otro lado, ese proceso de nacionalizaciones era fundamental para que el estado pueda cumplir su función de creación de las condiciones generales de la producción capitalista, es decir palanca de la acumulación infraestructura, crédito, etc. Además, esa política consolidaba la formación de un gran capital "nacional", requisito para la ulterior unidad de clase del mismo con el gran capital internacional.

¿Cuál fué entonces la función real de las luchas antimperialistas y anti-feudales de las masas y de la izquierda latinoamericana en el curso de la consolidación burguesa?

En la medida que esas luchas no rebasaban ni podían rebasar la dirección burguesa del proceso sólo podían imprimir su peso específico en el mismo. Y ese peso social se materializó en las estructuras de la forma de estado capitalista surgido en esa fase. Forma de estado que fijaba en su propia institucionalidad la presencia organizada de la clase obrera y las masas (19). En ese sentido significaron luchas progresistas.

Sin embargo, en la medida en que esas luchas no sobrepasaban el marco capitalista, la burguesía pudo asumirlas y arrebató a la izquierda la dirección del movimiento de masas (20). Y aunque el proceso iba en esa dirección, se dió en gran medida por los errores teóricos de la izquierda que se expresaron en una línea política de subordinación a la burguesía en la supuesta empresa revolucionaria conjunta de eliminar las raíces de la dominación imperialista. La autocrítica del partido comunista mexicano es bastante significativa al respecto.

Ahora bien, conforme el desarrollo capitalista fue avanzando, las tesis anti-feudales perdieron su significación política y teórica. La lucha de la izquierda latinoamericana se fue reduciendo al programa antimperialista y los análisis teóricos se concentraron en la denuncia de los "mecanismos de penetración imperialista que obstruyen el desarrollo nacional". Y ello produjo efectos políticos de extrema importancia.

Bajo su apariencia ideológica y descriptiva, la unidad dialéctica de los conceptos semifeudal y semicolonial, fundamentaba una línea política revolucionaria — la guerra campesina dirigida por el proletariado — que partía de las contradicciones motrices engendradas por las relaciones de explotación internas del modo de producción dominante, sobredeterminadas por la dominación imperialista. En América Latina, ese análisis se evaporó finalmente en



una concepción en la cual la unidad de los conceptos semifeudal y semicolonial se rompía y disolvía finalmente. La imagen vaga de "países sometidos al imperialismo y con fuertes rasgos feudales" instauraba un espacio vacío en el cual el proceso real estaba ausente. Vacío que tendía a llenarse con la ideología liberal del progreso. Políticamente, se traducía en una línea basada en un antimperialismo vagamente definido sin la fijación de una base concreta de clase.

#### I.V

### — EL PROCESO HISTORICO DE FORMACION DE LA IDEOLOGIA DEL DESARROLLO NACIONAL.

Sin embargo, durante esa misma fase en que en América Latina, la tesis de la revolución democrático nacional devenía un programa de presiones reformistas, en Asia y en Africa se desarrollaba un poderoso movimiento revolucionario bajo esas mismas banderas. Ello expresaba el diferente desarrollo de las formaciones sociales. Más se hace necesario anotar algunos puntos:

- 1.— La subordinación de la izquierda latinoamericana a la estrategia e ideología dirigente de esos movimientos. Proceso inevitable pues el centro de gravedad de la lucha contra el capitalismo mundial residía en la alianza de los mismos con el bloque socialista;
- 2.— Esa estrategia producía efectos reformistas en la política de la izquierda latinoamericana, dado el desarrollo capitalista de nuestras formaciones sociales;
- 3.— Pero ese desarrollo cuestionaba profundamente dicha ideología dirigente:
  - a) Demostraba la falsedad histórica de la concepción antileninista de la que la expansión imperialista obstruía definitivamente el desarrollo del capitalismo en las formaciones sociales "dependientes" (1); y por lo tanto la caducidad histórica del modelo de desarrollo nacional indeterminado;
  - b) Por el contrario, demostraba que ese desarrollo era la condición indispensable para una ulterior profundización de la internacionalización del capital; y,

4.— Era la estrategia misma la que revelaba sus límites históricos. América Latina ha mostrado las tendencias históricas que existen en el interior de los estados nacionales surgidos de los procesos de liberación nacional. El ejemplo último de Egipto — y tal vez Siria — en que la burguesía "nacional" ha impulsado su unidad con el gran capital internacional y su estrategia es bastante significativo.

Analicemos los lineamientos generales de esa estrategia que ha dirigido la revolución mundial, sus transformaciones, su significado histórico y su función en América Latina.

El fracaso de la revolución alemana en 1923 y el ascenso de la revolución china marcaron el hito histórico del viraje de la estrategia del proletariado. La línea de la revolución europea estimulada, impulsada, detonada por la revolución rusa era desplazada por una línea cuyo eje central era la consolidación del proletariado soviético, a partir del crecimiento de su fuerza material y política, apuntalado en los movimientos antimperialistas de los países coloniales y semicoloniales. Esa estrategia aprovechó además las contradicciones interimperialistas para abrirse paso. Luego de la Segunda Guerra Mundial se consolidaría aún más y formularía de manera más sistemática sus principios teóricos (2).

Ahora bien, esa estrategia expresaba el proceso real de expansión del MPC a nivel mundial, en cuanto ella es la forma en que se superaban sin cesar las contradicciones internas del capitalismo. La llamada construcción del socialismo en un solo país y el ulterior proceso histórico de formación del bloque socialista, eran profundamente decisivos para el curso de la revolución mundial. Expropiaban cerca de la tercera parte de la población mundial a la frontera social de la expansión del capitalismo, y la transformaba, a través de la impresionante expansión de las fuerzas productivas, en una formidable base de apoyo material y política del proletariado mundial.

La construcción del socialismo en la URSS fue el resultado necesario de la estabilización del capitalismo en Europa y en Estados Unidos. En esas condiciones la revolución entraba en una etapa defensiva y la única política posible era el fortalecimiento material de la URSS a través de un gigantesco proceso de "acumulación socialista": La colectivización agraria y la industrialización acelerada sobre el eje de la industria pesada. Sin embargo, el mismo, en sus primeras etapas siempre fue considerado como lo que era: la formación de una base material y política de apoyo a la revolución mundial.

Empero, progresivamente ese proceso fue adquiriendo su propia autonomía. La formación del bloque socialista luego de la Segunda Guerra Mundial acentúa aún más esa dinámica. La "acumulación socialista nacional y regional" genera obviamente intereses económicos políticos e ideológicos nacionales y regionales. El fortalecimiento del aparato del estado (3) era un resultado inevitable pues el mismo no es solamente el espacio en el que se establece la dominación y universalización de una clase sino la palanca fundamental de la acumulación y reproducción ampliada, en este caso bajo la forma de la planificación centralizada. Se generó inevitablemente una ideología nacional cuya forma de existencia y desarrollo ha sido la apología de las relaciones socialistas en tanto constituyen un continente excepcionalmente favorable para el crecimiento de las fuerzas productivas (4).

Ese proceso culminó con la adopción de una estrategia global basada en la coexistencia y competencia pacíficas: no solamente en tanto forma de lucha ideológica sino en cuanto política mundial correcta de la cual aquella es la legitimación. La consolidación económica y político militar del bloque socialista no funciona como una base de apoyo directa del proletariado internacional. Por el contrario, esa línea parte de que la creación de una situación de equilibrio y negociaciones con el imperialismo desde posiciones de fuerza, permitirá la progresiva superioridad del bloque socialista hasta un punto incontrastable, solamente a partir del cual se pueden crear las condiciones para que el proletariado empiece a tomar las bastillas del capitalismo. Es decir, es la correlación de fuerzas entre los dos bloques el fenómeno determinante de la política mundial. Hasta que la misma no sea definitivamente favorable, las revoluciones proletarias chilena o portuguesa no tienen posibilidades.

Por otra parte, los movimientos de liberación nacional confluyeron en la formación de estados nacionales necesarios para un proceso de acumulación interna y un consecuente desarrollo de las fuerzas productivas. Forjados al calor de movimientos antimperialistas y estimulados y apoyados materialmente por el bloque socialista, la formación de esos estados, aún cuando fueran dirigidos por la burguesía, significó un grave resquebrajamiento de la centralización mundial del poder del sistema capitalista. Las fracciones y rupturas propias del proceso capitalista ya no pueden ser absorbidas por el estado norteamericano y tienden a expresarse en la nueva estructura descentralizada de poder mundial. El bloque socialista ha podido pues mantener la alianza con esas burguesías y cercar y debilitar al estado norteamericano y acelerar las contradicciones del sistema capitalista mundial.

El fin de la fase histórica de los movimientos de liberación nacional y el desarrollo del capitalismo mundial que ha creado la posibilidad de transformar estos movimientos nacionalistas en base para la profundización de su expansión, plantean una serie de problemas a esa estrategia.

En primer lugar la alianza ha cambiado de forma. Se trata de una política de ayuda económica que tiene como objetivo apuntalar la industrialización estatal como el eje decisivo de la acumulación capitalista en esos países. De esta manera se limitaría la formación de una gran burguesía monopólica cuyas necesidades la empujan a una creciente unidad con el gran capital internacional. Una mediana y pequeña burguesía y un poderoso sector dirigente de la economía estatal constituiría un sólido bloque histórico sobre el cual se fundaría esa línea.

Ahora bien, a pesar del fracaso de Egipto, la base de esa política no puede estar por supuesto en una errónea interpretación de la naturaleza del capitalismo como sistema mundial. Se funda más bien en la concepción de que el capitalismo no tiene tiempo para lograr a partir de su creciente internacionalización superar sus contradicciones internas y reestructurar una unidad política mundial. No solamente por la crisis de estancamiento que sufre, sino porque sus contradicciones tienden a agravarse y expresarse en esa estructura descentralizada de poder, incluso las propias fricciones intermonopolistas.

Ahora bien, en América Latina es esa estrategia la que no tiene tiempo. El desarrollo del capitalismo ha creado las bases necesarias para la profundización de la internacionalización del capital y la unidad de clase del gran capital nacional y extranjero. De allí que si en la primera fase devino un programa de reformas, en la fase posterior a 1960 fue la base de una serie de errores tácticos que facilitaron la derrota del movimiento obrero.

El "empecinamiento" en la misma obediencia que el centro de gravedad de la revolución mundial seguía residiendo en la alianza del bloque socialista con el movimiento de liberación nacional. La heroica guerra de los pueblos de Vietnam, Cambodia, Laos y Angola consolidaba aún más la ideología del desarrollo nacional y la fundía coyunturalmente con la política de ayuda económica que la reproducía.

De allí que fue en el marco de esa ideología absolutamente predominante en el mundo que se desarrollaron las diferentes formas de pensamiento teórico político de la izquierda.

## — AMERICA LATINA Y EL PROCESO DE INTERNACIONALIZACION DEL CAPITALISMO Y LA IDEOLOGIA DE LA IZQUIERDA.

El "castrismo" fue la primera autocrítica práctica a esa estrategia política y su fundamentación teórica (1). No solamente en cuanto a la percepción de la revolución cubana sino en cuanto a movimiento internacional, expresó la contradicción entre el proceso real y las formas ideológicas a través de las cuales lo pensaba y lo vivía.

En efecto, basta leer la Segunda Declaración de La Habana, los escritos de Debray, los análisis de los movimientos insurreccionales, para comprobar que el castrismo fue hasta las últimas consecuencias en las tesis de la revolución democrático-nacional. Surgido como crítica a la supuesta explicación errónea de esa línea por los partidos comunistas, intentó implementar una línea de guerra campesina, la única forma verdadera de una revolución de ese tipo.

Resultan irrisorias las críticas realizadas al mismo en el sentido de que su error central fue su falta de vinculación con las masas y su carácter pequeñoburgués. La tesis del foco suponía más bien la vinculación político-militar con el campesinado (2). Su error fue más bien no partir del hecho de que el capitalismo había descompuesto y diferenciado aceleradamente al campesinado y desplazado el eje de las contradicciones sociales hacia la producción industrial. La tragedia del movimiento guerrillero se expresó en aquella imagen relatada por Debray de grupos guerrilleros en camino a las montañas venezolanas en pos de la revolución campesina y masas campesinas en vía contraria hacia las haciendas capitalistas próximas a Caracas (3). El foco guerrillero detonó solitario en el fondo de una revolución campesina imposible. Y ese fenómeno explica su carácter pequeño burgués, expresión de una intelectualidad desesperada por suplir a las masas campesinas.

La derrota de esa crítica práctica a la "inconsecuente" aplicación de la línea de la lucha antimperialista y antifeudal reveló que esa aplicación era la única posible. Pero esa contradicción entre una tesis revolucionaria general y su única aplicación posible expresó la contradicción de la propia tesis. Y el espacio de esa expresión fue el problema del poder.

En efecto, el "castrismo" planteaba como el objetivo central la toma del poder y la destrucción del aparato estatal existente. Rescataba de esa manera el núcleo central del leninismo. Pero lo hacía en el interior de una práctica y una concepción que no conducía hacia ese objetivo. Pero, el mismo no surgía de la nada o de la imaginación febricitante de la intelectualidad. Surgía del fondo de la sociedad, en donde la clase obrera estaba produciendo el escenario de su pronta aparición histórica.

Posteriormente ese fenómeno fue percibido por los movimientos insurreccionales a través de sus lentes voluntaristas y su fé en la guerrilla como una esencia originaria pronta a desplegarse y realizarse en infinitas formas. De allí su traslado a la ciudad, a las vecindades de la clase obrera. Teóricamente, suponía un cambio radical en el análisis del proceso social y la línea política fundada por el mismo. Pero esos efectos teóricos fueron pensados en el interior de la misma ideología. La transformación del carácter de la revolución —revolución socialista y no democrático nacional— fue planteada como efecto de la traición de la burguesía nacional. La clase obrera debía ser la vanguardia pues era la única verdaderamente patriótica. De allí los interminables debates sobre la existencia o inexistencia de una burguesía nacional y del lugar concreto en el cual se localizarían dentro del aparato productivo.

Irónicamente el movimiento insurreccional se desarrolló cuando el capitalismo latinoamericano entraba en una fase superior que permitía la profundización de la internacionalización del capital. Empero, ese proceso generó apariencias que contribuyeron a refetichizar la ideología del progreso, concebida ahora bajo la forma de "nuevos mecanismos de penetración imperialista que deforman el desarrollo nacional" o de "fracaso del proyecto de un capitalismo autónomo". La fórmula mágica de una industrialización autosuficiente se consolidaría como el modelo ideal que fundaba juicios de valor respecto al desarrollo capitalista correcto.

Hacia 1960 el incremento de la capacidad productiva del trabajo había generado volúmenes crecientes de plusvalía, sobre todo en los países del cono sur, Venezuela, Colombia, México. Esa superior capacidad de acumulación lograba rebasar la composición técnica de capital media mundial de ciertas ramas del sector uno y del subsector dos de bienes de consumo duradero (4). Obviamente la estructura del aparato mundial capitalista tendió a reproducir el desarrollo desigual de las fuerzas productivas a una nueva escala. Las ramas de más alta composición técnica de capital —entre las cuales las empresas monopolistas de estado—, localizadas en los países capitalistas avanzados con-

contraban la capacidad de creación tecnológica y provocaban por el juego de diferencias de salarios y productividades transferencias de plusvalía hacia su seno de las ramas de menor composición técnica, localizadas en los países capitalistas atrasados. Fenómeno que aparecía como una división técnica internacional del trabajo.

Ahora bien, esa composición técnica media produjo una drástica reducción del capital variable respecto al constante y el consecuente incremento de la capacidad productiva del trabajo. El efecto fundamental fue la acelerada ampliación del excedente de la oferta de fuerza de trabajo sobre su demanda y la consecuente posibilidad de depresión salarial. En condiciones en que la productividad de esas empresas no era mayormente inferior a empresas similares de los países capitalistas avanzados, los bajos salarios existentes, y la posibilidad de bajarlos aún más, generaban tasas de plusvalía y ganancia superiores a las de Estados Unidos, Europa y Japón. Estaban dadas pues las condiciones para la aceleración del proceso de expansión del MPC. Sobre todo si consideramos la capacidad de acumulación de los monopolios y un capital fijo de alta productividad potencial.

Ese desarrollo capitalista produjo una creciente concentración y centralización de capitales. Fueron, naturalmente las grandes empresas quienes desarrollaron una renovación permanente de sus equipos, ampliando la brecha en cuanto a la productividad del trabajo respecto a las empresas medias y pequeñas. Los monopolios extranjeros aprovecharon la situación y la intensificaron. De hecho los precios tendían a fijarse por los costos medios de producción, incluso por encima de los mismos. Se generaba pues un flujo de plusvalía y ganancias extraordinarias hacia el gran capital. Pero lo significativo es que la renovación tecnológica no se realizaba mediante un proceso gradual, generalizable de inmediato a las demás empresas. Se desarrollaban más bien por bruscos cambios que tendían a reproducir en forma cada vez más amplia las diferencias de productibilidades. De esa manera se produjo una situación de permanente producción de plusvalía y ganancias extraordinarias, cuyo efecto fue la tensión cada vez mayor entre las fracciones monopólicas y no monopólicas de la burguesía.

Ahora bien, la expansión de los monopolios chocó pronto con la forma concreta del estado surgida en la fase anterior, y no por supuesto de la estructura del capitalismo mismo.

Por un lado, en la medida en que había desplazado el eje de la producción de un bajo precio de la fuerza de trabajo, de la articulación con otros modos de producción al libre juego de la oferta y la demanda y a las relaciones de fuerza entre las clases, entraba en contradicción con la existencia de aparatos sindicales. El fondo, era un cambio de las formas de lucha entre el capital y el trabajo asalariado.

Por otro, en la medida que esa forma de estado permitía un juego institucional en el cual las fracciones medias de la burguesía cristalizaban con fuerza. Finalmente, respecto a la política social del gobierno que deprimía la tasa media de ganancia y contra el área estatal en cuanto arrancaba al gran capital una zona de expansión (5).

Las capas medias de la burguesía, la tecnoburocracia y los aparatos sindicales intentaron vanamente resistir la ofensiva del gran capital a través de gobiernos reformistas que pretendieron arrastrar al conjunto de la burguesía a esa política. La derrota de los mismos no fue pues la derrota de la burguesía nacional y un proyecto capitalista autónomo. Por eso, las dictaduras militares impusieron una política de depresión salarial, destrucción de las organizaciones sindicales, supresión de la política social del gobierno y aceleración de descentralización y monopolización.

Ahora bien, la ofensiva del gran capital apareció como fruto de una nueva y más profunda penetración del imperialismo y de una política impuesta desde fuera. Apariencia que permitió esa refetichización de la ideología del desarrollo nacional. Sin embargo el propio proceso se encargó de demostrar que la propiedad jurídico—nacional del gran capital tenía una importancia relativamente secundaria. Su unidad de clase se forjaba en la búsqueda conjunta de altas tasas de plusvalía y ganancia (6). Los trabajadores fueron aplastados por el capital en cuanto tal y no en tanto extranjero.

Dejando a un lado sus ilusiones ideológicas, la política real de los partidos comunistas fue la defensa de esa forma de estado que permitía la existencia sindical y político—legal de las masas. Y como tal era la única línea posible y por lo tanto correcta. Pero precisamente esas ilusiones generaron errores tácticos en la resistencia a los golpes militares, pues sobrevaloraron la fuerza del reformismo pequeño burgués respaldado por una hipotética burguesía nacional, en lugar de basarla en la fuerza de clase obrera.



## V.2. La ideología del desarrollo nacional y la teoría de la dependencia

La emergencia histórica de la clase obrera como el protagonista real de la resistencia contra el gran capital fue la forma, a través de la cual, el proceso real comenzó su demoledora crítica a su imagen ideológica. Produjo en la izquierda una profunda crisis política, incluso organizativa, y, un vacío ideológico que fue llenado por un pensamiento académico que tenía otros orígenes y su propia forma de desarrollo.

Dentro de ese pensamiento académico y desde la perspectiva de la izquierda, solamente ha tenido significación la Teoría de la Dependencia en su llamada "vertiente de izquierda", en la medida en que ha servido de soporte teórico a ciertas corrientes políticas de la misma (1).

Fueron sus integrantes más importantes quienes demostraron el carácter capitalista de las formaciones sociales latinoamericanas. A partir de esa tesis se armó una acre polémica con las formulaciones clásicas de los Partidos Comunistas. Sin embargo, el análisis de ese carácter fue realizado en el interior de la misma ideología del progreso nacional.

En efecto, eran las transformaciones operadas en la estructura productiva material de las economías centrales, la causa que producía como efecto dicho desarrollo. La ley que fundamentaba dicho análisis era la concepción del capitalismo como un sistema mundial en cuanto a su reproducción material, cuya dinámica radicaba en las necesidades del crecimiento de las fuerzas productivas de las economías "metropolitanas". Las economías "periféricas" son funcionalizadas a ese sistema de reproducción material a través de la división internacional del trabajo, cuyo ritmo y formas de desarrollo eran impuestas por las necesidades del centro.

Ese sistema de reproducción material estaba garantizado por una estructura de la acumulación internacional que funcionaba a través de flujos permanentes de la periferia al centro: intercambio desigual, repartición de utilidades, pago de la deuda externa, servicios, patentes, etc. El objetivo central era demostrar el carácter estructural de las diferencias crecientes entre las estructuras productivas materiales del centro y la periferia, engendradas por el sistema de reproducción mundial del capitalismo.

Los estudios específicos mostrarán el efecto de ese sistema de reproducción en cuanto limitación y deformación estructurales, y por lo tanto perma-

nentes, de las fuerzas productivas materiales de los países de la periferia. (2) Y es allí donde se revela de manera más evidente la matriz ideológica que sustenta el análisis.

En efecto, esa "limitación y deformación" encuentran su significado en el interior de la concepción de un modelo ideal de desarrollo: un aparato industrial autosuficiente en su estructura material, independiente, por lo mismo, de las relaciones sociales y las fuerzas productivas cuya unidad constituye la especificidad de un modo de producción. El capitalismo deja de ser un proceso de producción y realización de plusvalía, en cuyo interior se generan las contradicciones motrices de su desarrollo. Se transforma en un sistema de producción material de riqueza. Por eso el objeto del análisis del capitalismo como sistema mundial es la forma que asume el proceso de reproducción de la estructura material que produce esa riqueza.

Los análisis de Vania Bambirra y Dos Santos únicamente describen ese sistema de reproducción y sus efectos en las formaciones sociales de la "periferia". Marini intenta completarlo a partir del estudio de la determinación de ese sistema de reproducción en las relaciones sociales y en el ciclo del capital de las economías "periféricas". Su objeto es el mismo pero intenta captarlo a través de la unidad del proceso de producción y circulación.

En el primer momento de la división internacional del trabajo, su punto de partida es el movimiento internacional de las fases MD—MP y T—D—M en cuanto tienen por función contribuir a la producción de la plusvalía relativa a contrarrestar la caída tendencial de la tasa de ganancia en el capitalismo central. Si bien parte de las contradicciones del mismo, reduce las formas a través de las cuales las supera incesantemente a la esfera de la circulación mundial de mercancías. De esa manera oblitera la naturaleza específica de la expansión del MPC.

La función de ese movimiento se realiza a través del intercambio desigual cuyo efecto es producir, por mediación de la necesidad de compensar la masa de valor y plusvalía transferida, relaciones sociales basadas en la superexplotación del trabajo. Ese "resultado" tiene como contrapartida, otro efecto del sistema de reproducción mundial en la forma que asume el ciclo del capital en las economías "periféricas": la escisión de la circulación en las esferas alta y baja.

En la transición hacia el segundo momento de la división internacional del trabajo —determinado por las necesidades del centro— y en el desarrollo del mismo, será ese segundo efecto— contínuamente reproducido y desplazado hacia el interior de las economías periféricas; el factor determinante de la industrialización. Es decir un tipo de producción de bienes suntuarios y relaciones sociales basadas en la superexplotación del trabajo. Una forma de ese efecto del sistema de reproducción mundial— la cesión a la periferia de equipos inferiores del centro, de alta tecnología relativa —sin embargo— produce la consolidación de esas características de la industrialización e impulsa su orientación hacia el mercado exterior. (3)

Con Marini se produce la forma más elaborada del objeto propio de la Teoría de la Dependencia. En efecto, en un primer nivel, el imperialismo es reconstruido a partir de la relación fases, MDMP y T D M intercambio desigual. El núcleo es el sistema mundial de reproducción en cuanto genera un proceso de sobreacumulación—desacumulación entre el centro y la periferia. En esa concepción adquiere también significación la repatriación de utilidades de los monopolios imperialistas, aún cuando Marini no se refiera expresamente a la misma.

La teoría de la acumulación a escala internacional es pues el fundamento teórico más elaborado de la Teoría de la Dependencia. La misma tiene como objeto la circulación internacional de la plusvalía. Su análisis excluye las contradicciones motrices del proceso de valorización que se expresa en la acumulación. (4) Esta es concebida como la forma de la reproducción de las fuerzas productivas materiales. De esa manera se suprime uno de los núcleos centrales del marxismo. La acumulación como la forma de la reproducción ampliada de las relaciones sociales. Sólo en el seno de esa concepción, la continuidad del proceso capitalista como unidad de la producción y reproducción de relaciones sociales, es posible comprender la caída tendencial de la tasa de ganancia como el signo de la inevitable muerte del capitalismo. Y únicamente a partir de allí se puede construir el objeto marxista de la lucha de clases en tanto fundamento de una estrategia revolucionaria.

La teoría de la acumulación a escala internacional solamente encuentra sentido en el interior de una oposición ideológica desarrollo—subdesarrollo, cuya eficacia real es servir de arma ideológica a las burguesías de los países "dependientes" e incluso a los monopolios extranjeros (5).

Marini intentó, sin embargo, rebasar ese horizonte. Pero, lo hizo a par-

tir de esa teoría. En efecto, es la estructura de la acumulación a escala internacional el factor que produce como efecto —por el fenómeno específico del intercambio desigual— la sobreexplotación del trabajo en el interior de las formaciones sociales "periféricas". Es evidente que Marini invierte los términos.

El capitalismo es un sistema mundial articulado de ramas de diferente composición orgánica. En ese sentido son las relaciones sociales concretas de nuestras formaciones sociales caracterizadas por altas tasas de plusvalía y ganancia— bajo nivel relativo de los salarios, la causa que produce como efecto la transferencia de plusvalía en los términos señalados anteriormente de la repatriación de utilidades hacia las ramas localizadas en los países capitalistas avanzados, y la reproducción de la división internacional técnica del trabajo. No vamos a insistir en este punto: incluso el concepto "intercambio" desigual" es bastante problemático.

Nos interesa destacar que es precisamente el intento de Marini de explicar la sobreexplotación del trabajo a partir de las determinaciones del sistema de reproducción y acumulación a escala mundial el que mejor indica los efectos de la lucha de clases en el interior de la ideología del desarrollo nacional.

En efecto, ese análisis permite formular una estrategia correcta que funda la lucha social y nacional en una sola unidad y en el eje central de la clase obrera. Sin embargo, ese análisis es refuncionalizado en el interior de la problemática ideológica del progreso que obscurece su significado.

Pero, la lucha de la clase obrera siempre opera de esa manera Modifica las formas de los subsectores "progresistas" de la ideología burguesa y produce elementos científicos en su seno, que requieren, sin embargo, la construcción social de otra problemática en la cual se elabore la teoría que les de su significado.

Esa acción expresa una fase avanzada del proceso de constitución política autónoma del sujeto de la revolución proletaria. Y es esa misma fase la que nos explica el predominio del marxismo legal y académico en cuyo seno aún se elabora el discurso teórico político de la izquierda latinoamericana (6).

### **V.3 Los Límites históricos de una estrategia**

En las vísperas de la finalización de la fase histórica de las revoluciones

de liberación nacional, en las cuales la URSS ha jugado un papel indudablemente decisivo con su estrategia de ser impulsora de movimientos revolucionarios y, sin función histórica dirigente respecto a los procesos revolucionarios de los países capitalistas, especialmente aquellos de las zonas periféricas y la URSS lo sabe: de allí las derrotas de las revoluciones portuguesas y chilena.

Pero, ese hecho revela la transición de una fase a otra, el desplazamiento del eje de la lucha contra el capitalismo mundial de los movimientos de liberación nacional de Asia y Africa, al proletariado de esos países capitalistas. La revolución mundial retoma la tendencia histórica del período comprendido entre la Comuna de París y el 1.923 alemán, (1)

En la ambigüedad, confusiones y crisis de sus direcciones, la clase obrera de América Latina ha expresado ese desplazamiento. En la perspectiva, de las luchas antimperialistas de liberación nacional, América Latina aparece como el continente derrotado, el eslabón más fuerte de la dominación imperialista: frente a los triunfos de Vietnam, Laos, Camboya, Angola, las derrotas de Chile, Argentina, Brasil, Uruguay. Desde el punto de vista de la revolución proletaria constituye sin embargo, el eslabón más débil. Allí se expresan las contradicciones más agudas del modo de producción capitalista: la sobreexplotación del trabajo, mecanismo extremo para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia y el final, entre los señalados por Marx, localizado al margen de la única función que consagra la existencia histórica del capitalismo: el incremento de la capacidad productiva del trabajo social. De allí, la incapacidad de la gran burguesía para establecer un sólido bloque histórico y una pujante dirección ideológica de la sociedad y, su necesidad de recurrir a puras relaciones de fuerza, a la "sociedad política" descrita por Gramsci.

Por supuesto que ese desplazamiento no será inmediato. La escena política internacional estará copada durante algún tiempo todavía por la confrontación entre los países capitalistas avanzados y el bloque socialista (2) Pero, en los subterráneos de la vida social se va gestando el actor de la lucha decisiva contra el capitalismo y que en un momento dado emergerá como la vanguardia real. Se reiniciará entonces el ciclo de las revoluciones proletarias, cuyo punto de partida será la zona del eslabón más débil, los países del Cono Sur y de la periferia europea, y su culminación la derrota del capitalismo en sus batallas centrales.

Ese proceso revelará el significado real de la construcción del bloque socialista y su alianza con los movimientos de liberación nacional y con los Esta-

dos nacionales surgidos de ese proceso. fortalecimiento de una base política-militar de apoyo. De hecho, ese proceso producirá una nueva estrategia mundial basada en un nuevo centro de gravedad y una nueva teoría que la fundamente. Es decir, la clásica concepción leninista.

Los nuevos vientos de esa concepción ya se empiezan a sentir en Latinoamérica bajo la forma de un retorno a la teoría marxista del capitalismo y a la teoría leninista del imperialismo y del Partido. Por supuesto que ese retorno a Marx sólo será efectivo en el interior de los partidos obreros.

La consolidación de esa nueva estrategia supondrá relaciones contradictorias con la estrategia del bloque socialista. La política del mismo seguirá basándose en la concepción de que las revoluciones proletarias están subordinadas a un cambio decisivo en la correlación de fuerzas entre los dos bloques. Es inevitable que esa relación contradictoria se expresará fundamentalmente en el interior de los Partidos Comunistas, como una contradicción entre su línea política y su base material: la clase obrera (3)

Pero, esa nueva estrategia también será complementaria a la estrategia del bloque socialista. En efecto, el desarrollo y el triunfo de las revoluciones proletarias requiere precisamente esa superioridad del bloque socialista. Esas relaciones contradictorias serán la forma que asuma el desplazamiento del eje revolucionario y el punto de articulación y el sujeto histórico serán los Partidos Comunistas, única fuerza mundial de la izquierda. Significarán desde luego grandes tensiones y conflictos: independencia y autonomía progresiva de los mismos, aguda lucha ideológica en su interior, desarrollo de fuerzas revolucionarias a su izquierda con una terrible eficacia en su interior (4)

La participación de la clase obrera latinoamericana en el desarrollo de esa nueva estrategia será decisiva y producirá inevitablemente la leninización del pensamiento y la dirección revolucionaria. Ese pensamiento tendrá por objeto las formas concretas que asuma la contradicción entre el gran capital y el trabajo asalariado en el proceso de internacionalización creciente del capitalismo para fundar una línea política cuyo objetivo final —obviamente a través de fases— el establecimiento del socialismo bajo las formas del doble poder y la insurrección proletaria.



## NOTAS

- 1.— En efecto, cual es el objeto de la Teoría de la Dependencia y de sus impugnaciones? Se trata del mismo objeto y diferentes respuestas o dichas críticas han producido un desplazamiento de terreno? La Teoría de la Dependencia ha intentado construir un objeto "nuevo": el capitalismo dependiente; o, es la aplicación de la teoría de la acumulación a escala internacional a América Latina? Las críticas: cuestionan esa teoría o simplemente los análisis concretos, a partir del señalamiento de la ausencia de conceptos marxistas o de datos empíricos que los invalidan?
- 2.— Es propio de los aparatos ideológicos fundamentar la circulación de las ideas en torno a la oposición especulativa verdad—error que se sustenta en un sistema de valoración en torno a jerarquías y status determinados.
- 3.— Cfr. Los análisis de Enrique Semo y Bartra. En su estudio sobre los orígenes del Capitalismo en México, Semo, "descubre" los siguientes modos de producción: despótico tributario, feudal, capitalista embrionario, capitalista preindustrial y capitalista industrial, en el análisis de la formación social colonial de México. Del concepto más abstracto, modo de producción, deviene categoría verificadora de cualquier diferencia visible de la realidad. Es significativo, además, que provengan de algunas clasificaciones de Samir Amín, fuente de la Teoría de la Dependencia.
- 4.— En efecto, muchos Partidos Comunistas de América Latina han aceptado finalmente la tesis del carácter capitalista de las formaciones sociales latinoamericanas.
- 5.— "Lo que distingue la tercera forma de las dos primeras es que el capital valorizado, no el primitivo, el capital que se trata de valorizar, sólo aparece como punto de partida de valorización en este ciclo. M', como relación de capital, constituye aquí el punto de partida. "K. Marx: El Capital, T II, Cap. III, pag. 83. Edit. Fondo de Cultura Económica, México. El ciclo de Capital Mercancías supone el proceso de producción y valorización. Sin embargo, los análisis señalados sólo han considerado su fase circulatoria M—D — Mp, en la cual incluso la relación inicial de capital, desaparece. Marín ha sido el único en partir de ella.
- 6.— Señala, en efecto, que la burguesía supera sus crisis, para producir las a escala más amplia, a partir de la destrucción de una parte de las fuerzas productivas, por una parte; y, por otra, a través de la explotación de nuevos mercados y más intensa de los antiguos.
- 7.— En rigor, la fase D—mp es la primera del ciclo del capital—dinero (D mp); sin embargo, los análisis señalados, interrumpen, el ciclo, en esa fase, realizada a través del Capital Mercancías: " a la venta y la compra de mercancías y a esto se reduce el Capital Mercancías M' D—M" T III, pg. 276.
- 8.— "Tan pronto como se realiza el acto Dmp, las mercancías (Mp) dejan de ser mercancías para convertirse en una de las modalidades del capital industrial en su forma funcional de P, de capital productivo. Con ello sus orígenes quedan borrado. . . Queda en pie sin embargo, la necesidad de la reproducción, para poder reponerlas, y, en este sentido, podemos decir que el régimen capitalista se halla condicionado por tipos de producción que quedan al margen de su desarrollo" El Capital, TII, pag. 99



- 9.- "Lo que Marx ha demostrado, especialmente en El Capital y a lo que hacen alusión las célebres frases del Manifiesto, no es que el capitalismo haya liberado el desarrollo de las fuerzas productivas, por primera vez y para siempre, sino que el capitalismo impuso a las fuerzas productivas un tipo de desarrollo determinado cuyo ritmo, cuyo aspecto, le son propios, dictados por la forma del proceso de acumulación capitalista". Balibar: Acerca de los conceptos fundamentales del Materialismo Histórico. En Para leer el Capital. Ed. Fondo de Cultura Económica, pag. 257. La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales no puede partir de la concepción del capitalismo como un aparato material productor de valores de uso sino como un proceso de producción de plusvalía.
- 10.- "El desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, en la producción capitalista, tiene el objetivo de disminuir la parte de la jornada de trabajo en que el obrero debe trabajar para sí, con el fin de prolongar de esa manera la otra parte, en que puede trabajar gratis para el capitalista". Sin embargo, ese es un efecto, de la búsqueda del capitalista individual de una productividad del trabajo que le permita vender su mercancía por debajo del valor social y por encima de su valor individual—plusvalía extraordinaria— en la medida en que se impone" a sus rivales como ley coercitiva de la competencia al obligarlos adoptar el nuevo modo de producción" El Capital T.I. Las relaciones sociales se expresan en un doble nivel: contradicción entre el capital y el trabajo asalariado, y, contradicción entre el capital — el trabajo en general—, y, el trabajo y la propiedad individual, aislada.
- 11.- El capitalismo supone desde sus orígenes el mercado mundial.
- 12.- Se expresa fundamentalmente en las crisis cíclicas. La caída tendencial de la tasa de ganancia en la crisis estructural del capitalismo.
- 13.- El Capital, T III, Sección III, Cap. XIII
- 14.- "Cuando El comercio exterior abarata los elementos del capital constante o los medios de subsistencia de primera necesidad en que se invierte el capital variable, contribuye a hacer que aumente la cuota de ganancia, al elevar la cuota de plusvalía y reducir el valor del capital constante. "El Capital, T III, cap. XIV, pag. 236.
- 15.- "Por otra parte, los capitales invertidos en las colonias, etc., pueden arrojar cuotas más altas de ganancia en relación con el bajo nivel que en general presenta la cuota de ganancia en los países coloniales y en relación también con el grado de explotación del trabajo que se obtiene allí mediante el empleo de esclavos, culís, etc. "El Capital, T III, Cap. XIV, pag. 237.
- 16.- La exposición de las causas que contrarrestan la ley de la caída de la tasa de ganancia en el capítulo siguiente a aquel en que se señala la causa que la produce, obedece exclusivamente a la lógica del discurso demostrativo marxista. No significan mecanismos "externos".
- 17.- En efecto, la sobreexplotación del trabajo en los países capitalistas avanzados choca con la resistencia abierta de la clase obrera. En América Latina y la llamada "periferia" se obtienen en cambio, salarios más bajos que en Europa o EE.UU. por el bajo valor relativo histórico—moral de la fuerza de trabajo. Sin embargo, en la medida en que las diferencias salariales se han ido acortando, la necesidad de disminuirlos incluso por debajo de ese bajo valor, ha cobrado extrema urgencia para el gran capital.

- 18 - Lo significativo de la fase D-t-P...P en la "periferia" es que una misma composición técnica que en el "centro" se expresa en una composición de valor distinta, por las diferencias salariales. Es este hecho, la clave del imperialismo.
- 19.- Es indudable, sin embargo, que a partir de 1.880 en las primeras fases incluso, la extensión del MPC en cuanto relación social, ha sido impresionante.

## II

1. Ibid, ver Cap. I, nota 14
- 2.- Es necesario diferenciar las formas de circulación a través de las cuales las mercancías producidas en las Formaciones Sociales de la "periferia" entran en el torrente circulatorio, del capital mundial: las formas m-d-m (plusvalía gastada como renta) y t-d de la forma M-D-Mp (Materias Primas). La ley del crecimiento del capital C a cuenta del V determinada que esa doble exigencia antes se manifieste expresamente respecto a la producción de materias primas. De allí la tendencia de los monopolios al control de esa producción.
3. El Capital, T III, Cap. XX, pag. 320-1
- 4 Y, en la medida en que para los terratenientes"... la venta de sus productos en el extranjero se convierte en el principal interés, los horrores del sobretrabajo, ese producto de la civilización, se suman a la barbarie de la esclavitud y de la servidumbre". El Capital T I: cap. La Jornada de trabajo.
- 5.- Marx: El Capital, Libro I Capítulo VI (Inédito), pag. 58. Ed. Siglo XXI.
- 6.- Si bien Mao no llegó a formular esa tesis, la intuyó en términos políticos y en el marco de una ideología nacionalista, cuando se refería a las vacilaciones de la burguesía nacional, su tendencia al compromiso, la imposibilidad de que un desarrollo capitalista nacional sea antimperialista consecuente. De allí su insistencia en asegurar la dirección del proletariado sobre el proceso en su conjunto.

## III

- 1.- Sea mediante el violento desalojo de comunidades indígenas o pequeños propietarios campesinos- México, algunas zonas de América Central y de los Andes- o procesos de colonización- Argentina, zonas de Ecuador, Brasil, etc.
- 2.- La especificidad de la concentración de medios de producción condicionó las formas de producción de la fuerza de trabajo-mercancía. Así, las migraciones de trabajadores europeo o de las zonas precapitalistas del interior-esclavos, conserjos, etc., - en los casos de colonización. En el otro, el propio proceso de expropiación creaba la fuerza de trabajo-mercancía.
- 3.- Marx ha señalado la importancia de esos procedimientos para el desarrollo del capitalismo. Cfr. op. cit. T II Sección I Cap. V-VI; T III Sección IV Cap. 20
- 4.- En Argentina, [país] en el cual la extensión y profundidad de la producción capitalista ganadera alcanzaron relativa magnitud, dicho proceso se dio rápidamente.

En otros, Brasil, Ecuador, por ej., se dió más lentamente. Una de las razones que explican la relativa facilidad de Peron en implementar una política de control del comercio exterior y las dificultades de Goulart y los gobiernos militares ecuatorianos.

5. El capital comercial, en cuanto dinero, encarnación abstracta social de la riqueza, forma general del valor, no tiene "preferencias" por determinado valor de uso. Obviamente, es el tipo de producción existente el factor determinante. Cfr. Marx: "Al dinero le es de todo punto indiferente el que se le invierta en esta o en la otra clase de mercancías". Op. cit. T II Secc. I. Cap. I pag. 31.
- 6.— En algunos casos, se produjo un incremento de la capacidad productiva del trabajo como el eje del proceso de producción. Hacia 1.913 la utilización de capital per capita era: EE. UU., 6.160 Unidades Internacionales; Argentina, 4.680; Inglaterra, 3.590 Cfr. Samir Amin: La Acumulación a escala mundial, pag. 98. Ed. Siglo XXI. Datos que contradicen algunas tesis de Marini.
- 7.— La tienda de raya era un efecto extremo del mismo, en una fase en que el mercado era aún en términos de Marx, "conocido".
- 8.— En especie y dinero; complemento con formas de renta, etc.
- 9.— En el primer caso, pequeños propietarios, frecuentemente producto de la descomposición de las comunidades. En el segundo, productores de tierras sujetas aún al sistema de prestaciones personales.
- 10.— Cfr. Marx, op. cit. T II Sección Primera, Cap. II Num. IV: Acumulación de Dinero, pags. 74-75.
- 11.— En países con relativamente alta productividad del trabajo, esa transformación comenzó a operarse, sin embargo. Además, las crisis mundiales del capitalismo, y en la medida en que la producción para el mercado mundial era una rama del mismo, estimulaban la concentración de capitales y su desplazamiento progresivo hacia la industria. Argentina, por ej.
- 12.— Marx señala que las mayores tasas de ganancia obtenida en algunos países no determinan necesariamente su reinversión en las mismas. Existen otras causas para esas decisiones: Intensidad del sistema de crédito, profundidad del mercado, infraestructura, etc., Precisamente aquellas que eran débiles en América Latina.
- 13.— Cfr. Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico, pag. 258 259. En Para leer el Capital. Ed. Siglo XXI
- 14.— El tipo de producto no sólo era decisivo en cuanto al volumen de producción realizable en el mercado mundial, el tiempo de rotación del capital, las posibilidades de una mayor o más eficiente organización de la producción sino en tanto produjo en algunos casos, el desarrollo de ciertas formas de subordinación del trabajo al capital que aparecían como relaciones feudales. Un ejemplo concreto es el sistema de redención de cultivos, localizado en la periferia de las plantaciones cacaoteras y mecanismo a través del cual se extendía la base social y espacial de las mismas.

La explicación habría que buscarla en el tiempo de producción del cacao. La pequeña producción en las zonas cafetaleras tiene similar explicación. Para el Capital, más allá de ciertos límites de extensión de la tierra, los gastos crecen por encima del promedio.

- 15.— Es decir, en tanto masa de solo podía realizarse en la composición de valor determinada por la composición técnica media mundial por rama.
- 16.— Esto es, la llamada división internacional del trabajo.
- 17.— La Industrialización de América Latina producía como efecto la expansión del movimiento del capital—mercancías.
- 18.— Considerando el capitalismo mundial como un sistema articulado de ramas de producción de diferente composición técnica, la capacidad tecnológica se concentra en las ramas de mayor composición y consecuentemente mayores volúmenes de acumulación. Por otra parte, la formación de precios mundiales de producción genera una transferencia de plusvalía de las ramas de menor composición a las de mayor. El desarrollo desigual es un fenómeno inherente al capitalismo.
- 19.— Esa institucionalización es la forma propia del Estado Capitalista en cuanto instaure la universalidad de la burguesía. En efecto, esa universalidad no sólo significa que la burguesía cristalice su propia unidad política sino que establece su dirección histórica sobre el conjunto de la sociedad, a través de los "aparatos de Estado"; las formas burguesas de organización de las masas. Es célebre aquel pasaje de Marx en el cual acepta que la burguesía fue la primera en reconocer la lucha de clases. Lenin reduce ese reconocimiento teórico a las formas burguesas de la lucha de clases. La separación de lo político y lo social, propia de la sociedad burguesa, instaure los límites y el significado de la lucha sindical y político—legal. El Estado Capitalista es precisamente el reconocimiento práctico de esas formas de la lucha de clases. Es en este sentido que cobra su verdadera significación la tesis de Marx en cuanto su aporte ha sido establecer la tesis de la dictadura del proletariado. Es decir, aquella que surge de las formas revolucionarias de la lucha de clases.

Sin embargo, ese libre reconocimiento práctico tiene un límite preciso: la caída de la tasa de ganancia. En un momento dado de la misma, la burguesía encuentra en esa forma de Estado un obstáculo insuperable. Tal es la forma política en que cobra forma la contradicción específica del capitalismo entre fuerzas productivas y relaciones sociales. En América Latina ese reconocimiento práctico se convirtió pronto en un obstáculo insuperable para el gran capital, tal como lo han revelado los golpes militares del Cono Sur.

- 20.— Tal como ocurrió en México, Argentina, Colombia, Venezuela, Brasil.

#### IV

- 1.— En el Imperialismo, fase superior del Capitalismo, Lenin señala que la exportación de capitales, en todo caso, acelerará el desarrollo capitalista de las "colonias y semicolonias".
- 2.— El sistema de contradicciones que regía la lucha de clases fue jerarquizado en un orden preciso: 1.— Entre el sistema capitalista y el socialista; 2.— Entre el impe-

rialismo y los países dependientes, coloniales y semicoloniales; 3.— Entre los monopolios y potencia imperialistas; y, 4.— Entre la burguesía y el proletariado de los países imperialistas.

3 A pesar de la concepción leninista de la progresiva extinción del Estado.

4 Cfr. la gran propaganda de los planes quinquenales, los índices de crecimiento superiores a los de los países imperialistas.

Por supuesto, esa ideología "empató" con la generada por el propio capitalismo, especialmente en la fase de los 60. Los apologistas del mismo, privilegiaron la propaganda de la superior productividad del trabajo y volúmenes de producción de los EE. UU. sobre la URSS. Los ideólogos de izquierda señalarán que las comparaciones tienen que establecerse históricamente a partir de las tasas de crecimiento. Paul Baran incluso construirá el concepto de excedente económico potencia para señalar el inmenso desperdicio de recursos del capitalismo, visible a través de la relación entre el crecimiento potencial y el real. Capitalismo y Socialismo se convertirán así en modelos de desarrollo, frente a los cuales los cepalinos entablarán larguísima discusiones. La propaganda política hacia los países llamados del Tercer Mundo, privilegiarán la superioridad de uno de esos modelos. Los Partidos Comunistas llenarán las columnas de sus periódicos con los impresionantes éxitos de los países socialistas. El problema del poder parecía depender de las manipulaciones estadísticas

V

V 1

1 — La revolución cubana no fue una revolución democrática nacional, dirigida por la democracia pequeño-burguesa y, que luego, por un juego de contragolpes fue transitando hacia el socialismo. Fue en sus inicios un movimiento democrático que había recibido, mediado sin embargo por su propia ideología, el impulso histórico del proletariado cubano, formado por un desarrollo específico del capitalismo; proletariado que fue transformando progresivamente ese movimiento en la forma de su propio proyecto de clase. La estructura, del Ejército revolucionario era sin duda alguna la forma aún parcial e incompleta de la organización del poder revolucionario de la clase obrera. Los meses subsiguientes al derrocamiento de Batista fueron el escenario de una intensa lucha de clases, en la cual el proletariado, apuntalado en el bloque socialista, fue transformado ese poder militar revolucionario en un poder total.

2 Su aislamiento en las primeras fases era la más clave aplicación del pensamiento táctico de Mao. En efecto, Mao señalaba la línea táctica de construcción de base de apoyo y zonas de poder rojo, a partir de una específica correlación de fuerzas, signada por la debilidad del movimiento campesino y la debilidad de las clases dominantes. Y lo hacía en una árdua polémica con los miembros del C.C del P. C. Chino, partidarios de la línea de la "guerrilla errante" fundamentada en la debilidad del movimiento revolucionario, masacrado por Chien Kai-shek.

La correlación de fuerzas era evidentemente desfavorable para el campesinado. El "foco" debía, precisamente, en su primera fase de aislamiento provocar un cambio en la misma, a través del debilitamiento del ejército y del "temor" de los campesinos. La revolución campesina detonaría entonces, se crearían bases de apoyo y la guerra continuaría el curso clásico del cerco de las ciudades por el campo.

3 Cfr Debrey Las pruebas del fuego.

- 4.- Fenómeno que empezó a desarrollarse hacia los años 50 en México, Brasil, Argentina.
- 5.- El sector de capitalismo de Estado de Latinoamérica se encuentra en un nivel intermedio respecto a los países capitalistas avanzados, en los cuales cumple una función necesaria para el gran capital, y, a los países atrasados de Asia y África, en los cuales restringe la formación de una gran burguesía. Este problema requiere un análisis detenido por los significativos efectos políticos que encierra.
- 6.- La diferencia entre una misma composición técnica respecto a las ramas y empresas localizadas en los países capitalistas avanzados, y una diferente composición de valor, dadas las diferencias de salarios, es el fenómeno clave para comprender todos esos problemas.

#### V.2

- 1.- No cabe detenerse en los análisis de Furtado, Lanni, Kaplan, Cardozo y Faletto. En efecto, los estudios de Furtado parten de un núcleo básico: las determinaciones del mercado. Los otros realizan la traducción política de esos estudios. La categoría matriz de esas traducciones es el proceso de creciente "racionalización" del Estado: la esencia originaria que se va realizando en sucesivas fases: oligarquía, de transición, signada por la incorporación de las capas medias, "populistas", en la cual las masas ingresan a la vida política.
- 2.- El modelo ideal que funda esos juicios es el de la industrialización autosuficiente en cuanto aparato material productor de una creciente riqueza social capaz de satisfacer las necesidades fundamentales de la sociedad. Se juzga al capitalismo concreto a partir de su propia ideología, expresada en la definición clásica de la economía.
- 3.- Marini parte de las relaciones de clase, cristalizadas en el mercado para explicar las características esenciales de la producción. La llamada escisión de la circulación en dos esferas extremadamente distantes es producto del proceso de producción, fundado en altas tasas de plusvalía. En el siglo pasado, en Europa, el predominio de la plusvalía absoluta, generaba que la producción no se orientara hacia el consumo popular. De allí que el capitalismo británico haya buscado en el mercado exterior la salida de sus mercancías. Fue la dialéctica de la lucha de la clase obrera y el incremento de la capacidad productiva del trabajo en el marco del límite del incremento de la oferta del mismo, el factor determinante del desplazamiento del eje de la plusvalía relativa y el desarrollo progresivo de la producción de dichos bienes. Solamente a partir de los últimos años llega a un nivel alto. En América Latina, las diferencias señaladas entre composición técnica y de valor, fundada en su propio efecto—incremento de la oferta sobre la demanda de trabajo— la causa decisiva. El aumento de la capacidad productiva no se traduce en plusvalía relativa. Pero, es en la lucha de clases donde se decide: de allí la necesidad de dictaduras militares reaccionarias.
- 4.- Es evidente que autores como Amin y Enmanuel han realizado aportes decisivos, especialmente el establecimiento de la diferencia de salarios como el núcleo para la comprensión de la acumulación a escala mundial. Sin embargo, esa categoría

esta funcionalizada en el interior de un discurso cuyo objetivo es mostrar, a partir de la circulación internacional de la plusvalía, el carácter estructural del "desarrollo y el subdesarrollo".

- 5.- Amén fundamenta el "intercambio desigual" en el hecho decisivo de que el 75 o/o de las exportaciones de la "periferia", son realizadas por empresas capitalistas de alta productividad, la mayoría de ellas propiedad de empresas multinacionales. El intercambio desigual les afectaría a ellas.
- 6.- Fenómeno similar al del "marxismo legal" en Rusia, en la fase previa a la formación del Partido Bolchevique.

### V.3.

- 1.- No se trata de una imagen similar a la utilizada por Carlos Fuentes para describir el Mayo francés. Allí fue el efecto ideológico de los movimientos revolucionarios del Sudeste Asiático sobre la intelectualidad: pequeño-burguesa. En este caso, se trata de la recuperación por el proletariado de su proyecto histórico y cuya Comuna fue precisamente la revolución chilena.
- 2 Conflictos entre fracciones progresistas y reaccionarias de la burguesía, entre diferentes países, formación de bloques como el proceso recientemente acontecido en Africa respecto al problema de Angola, etc..
- 3 - Evidentemente es un error considerar la política del bloque socialista y de los Partidos Comunistas como reformista. Esa política en la fase de los movimientos de liberación nacional ha sido decisiva: basta señalar los ejemplos de Vietnam y Angola. La URSS sigue siendo el enemigo principal inmediato de los EE.UU.. Lo reconoce la misma China cuando habla de una inminente guerra. Lo que ocurre es que esa estrategia se expresa en los países capitalistas como la política de creación de un espacio neutral y democrático, propicio para la acumulación de fuerzas del proletariado y el fortalecimiento y supremacía del bloque socialista, en cuyo interior reside el factor decisivo. De allí que nadie sepa aún el verdadero sentido de la tesis de la abolición de la dictadura del proletariado por los P.C. europeos.
4. Caso significativo es el desarrollo de un ala bolchevique en el Partido Comunista Portugués. Por supuesto, la formación de movimientos revolucionarios a la izquierda del P C pueden asumir la dirección de procesos nacionales pero inscritos en esa fuerza internacional

# EL HISTORIADOR COMO CIENTIFICO SOCIAL

**Y SU PAPEL EN EL  
ANALISIS DE LOS PROBLEMAS ECONOMICOS, SOCIALES Y  
POLITICOS DE LA AMERICA LATINA Y DEL ECUADOR (1)**

*Juan Maiguashca*





## INTRODUCCION

Generalmente hablando, el historiador del siglo XX ha sido objeto de indiferencia por parte de estudiantes, de dirigentes universitarios, de autoridades públicas, de la sociedad en general y aún de sus propios colegas, especialmente de aquellos en las ciencias sociales. Las razones determinantes de esta situación son múltiples, pero solamente algunas, en efecto muy pocas, tienen que ver con las deficiencias reales o imaginarias de la disciplina de la historia, tal como se la concibe hoy. En su mayor parte la objeción es hacia la historia misma, buena o mala.

Cuáles son las objeciones al estudio del pasado? Por supuesto que son numerosas y contradictorias, pero generalmente se refieren a la manera como la gente concibe hoy la "cultura" y a su concepto del "presente". En el siglo XX el "hombre de cultura" ya no es el "homo sapiens", sino el "homo faber", el técnico. Ahora bien, para esta clase de hombre el estudio del pasado es improcedente, aún el estudio de la historia de la ciencia y de la tecnología. "Qué importancia tiene hoy Volta para los constructores de plantas de energía? Sería igual que si habláramos de Icaro a los constructores de aeroplanos". (1) En cuanto al concepto actual del "presente", la mayoría de la gente piensa de él como algo fundamentalmente "nuevo", en comparación con toda la experiencia humana anterior. Todos los hombres del globo, unos más otros menos, unos en forma positiva otros en negativa, han experimentado la formidable aceleración de los trastornos sociales que caracterizan nuestra era y que han creado la impresión de una rotura con el pasado. No es extraño, por tanto, que para el mundo de hoy el estudio de la historia parezca superfluo.

Por el contrario, lo que la gente considera pertinente es el estudio de las ciencias sociales, de las cuales se espera que, al estudiar el presente, proporcionen soluciones adecuadas a los candentes problemas del mundo contemporáneo.

Lo dicho es suficiente para explicar el rechazo de la historia por parte de la gente en general. Pero por qué los intelectuales tienen que sumarse a este concepto popular de la historia, especialmente los científicos sociales? Esta es una riña entre familia que surgió a fines del siglo pasado. Las ciencias sociales comenzaron a adquirir vida autónoma allá por la década de 1890, pre-

cisamente cuando la historia, después de un prolongado período de desarrollo, experimentaba una de sus más graves crisis. Desafortunadamente los recién llegados cometieron el error de juzgar como definitivo lo que era solamente un revés temporal y llegaron a ver la historia nada más que como una insensata recopilación de hechos. Esta equivocación inicial fue reforzada por otra. Para los flamantes científicos sociales la historia podía ser, a lo sumo, la asistente de las ciencias sociales. Por esta razón no le dieron mayor importancia, situación que se ha mantenido hasta el presente. Es así como ellos no han podido aprovechar el extraordinario resurgimiento que la historia ha experimentado en los últimos cincuenta años. Hoy en día, en su gran mayoría, la conciben como lo hacían sus antecesores en 1890.

La historia en el siglo XX, en consecuencia, ha estado laborando bajo la presión de múltiples rechazos. Esto es cierto tanto en el Ecuador, como lo es, en grados variables, en todas partes. (2) Paradójicamente este fenómeno ha ocurrido en una época cuando, como se ha dicho antes, la historia está haciendo grandes progresos y cuando ella podría ser de inmenso servicio para la sociedad en general y para los científicos sociales en particular. El problema que encara el historiador en estos momentos es, entonces, el siguiente: ¿Qué hacer para vencer la indiferencia general que existe hacia esta disciplina y restituirla al lugar que se merece en el mundo académico?. ¿Cómo puede el historiador recuperar el respeto y el interés de sus colegas más cercanos, los científicos sociales? Es obvio que él debe tomar la iniciativa: debe presentarse, debe dar a conocer sus logros y debe promover un diálogo con aquellos que no le conocen.

Estos imperativos han guiado la redacción de esta ponencia y explican y justifican su contenido. La Primera Parte es un esbozo del largo proceso de autodescubrimiento por el que ha pasado la historia desde el siglo XVII hasta fines del XIX. Esto lo ofrecemos a manera de presentación. La Segunda Parte es un recuento de los logros del historiador durante el siglo XX. Le veremos jactándose de que, gracias a su esfuerzo, su disciplina ha conquistado un puesto entre las ciencias sociales. Por fin, en la Tercera Parte, encontraremos al historiador, nuestro flamante científico social, tratando de entablar un diálogo con sus nuevos colegas sobre dos problemas importantes que hasta ahora han obstaculizado una verdadera comprensión tanto de la realidad latinoamericana como de la ecuatoriana. (3)

## PRIMERA PARTE: EL DESARROLLO DE LA HISTORIA COMO DISCIPLINA DESDE EL SIGLO XVII HASTA FINES DEL XIX

### A. La Crisis del Siglo XVII

En la Antigüedad y en la Edad Media, como es bien sabido, el ideal del saber era captar la verdad moral universal y la verdad religiosa, respectivamente. La historia, al preocuparse por la verdad concerniente a asuntos humanos, asuntos contingentes, era un tipo secundario de conocimiento. Valía la pena cultivarla solamente cuando, a través del acaecer histórico, ilustraba la existencia y validez del orden moral o religioso. Por consiguiente, por largos siglos la historia fue un instrumento o de la Ética o de la Teología. Durante las épocas arriba mencionadas la historia fue también considerada como una forma secundaria de Literatura. A pesar de no disponer de los recursos estéticos de la Poesía, su función era la de expresar sus ilustraciones de verdades eternas en una forma elegante y placentera. Para lograr este fin la historia dependía de las reglas de la Retórica. Así, tanto en la forma como en el contenido, para el hombre antiguo y medieval la historia fue una forma de conocimiento, por así decirlo, dependiente. Naturalmente, bajo estas circunstancias, los historiadores nunca tuvieron el estímulo para formular un cuerpo de reglas para su disciplina como tal.

Este estado de cosas se cambió durante los siglos XV y XVI. En efecto, durante el Renacimiento tanto la visión ética como la teológica del universo comenzaron a perder su influencia en la mente de los hombres. Como resultado, todas las expresiones de la vida humana dejaron de ser apreciadas como manifestaciones de órdenes inmutables y adquirieron un significado propio. La historia se benefició de esta coyuntura, ya que entonces pudo aspirar a ser una forma independiente de conocimiento. Si el hombre, más bien que Dios, era la "medida de todas las cosas", entonces los problemas humanos eran dignos de ser estudiados por sí mismos. En estas condiciones resultó natural que los historiadores se dedicaran a la formulación de un conjunto de reglas que regirían el conocimiento histórico y por primera vez comenzaron a escribir obras sobre metodología de la historia. A principios del siglo XVII se había hecho considerable progreso en este campo. La autoridad de la Biblia y la de los Padres de la Iglesia, por ejemplo, ya no eran suficientes para garantizar la verdad histórica. La autoridad de los autores antiguos ya no se consideraba sacrosanta tampoco. El historiador sintió ahora la urgencia de tener acceso directo a documentos y proclamó que solamente el uso de estos últimos le permitiría descubrir la verdad histórica.

A mediados del siglo XVII justamente cuando la historia parecía estar bien encaminada a consolidar sus fundamentos epistemológicos, fue objeto de un ataque devastador que puso en duda su validez como forma de conocimiento. ¿Qué aconteció?. He aquí las más importantes objeciones que entonces formularon los críticos de la historia. Mientras algunos historiadores, como hemos visto, se ocupaban de echar los cimientos de su disciplina, otros tomaron partido en las confrontaciones religiosas y políticas en boga en toda Europa durante la segunda mitad del siglo XVI y la primera mitad del XVII. El resultado fue historia partidista. Los críticos no perdieron la oportunidad de aprovechar de esta situación y proclamar que, al menos en la práctica, los historiadores no tenían ninguna vocación para la verdad. Otro hecho que se utilizó en contra de la historia fue el rápido progreso realizado por las ciencias naturales en la primera mitad del siglo XVII, como resultado de lo cual la mecánica y las matemáticas se convirtieron en los nuevos modelos del conocimiento. Se comparó la historia con estas dos disciplinas y el resultado fue de que ésta carecía del rigor y exactitud de aquellas. Finalmente los críticos de la historia dirigieron su ataque al trabajo sobre metodología recientemente concluido: la documentación en sí y de por sí, arguyeron ellos, no es suficiente para garantizar la verdad histórica. Los documentos podrían ser falsificados o nada fidedignos (por ejemplo, las declaraciones obtenidas por medio de tortura). Además existía el problema ulterior de interpretar correctamente hechos que habían sido comprobados como verdaderos. Mientras estos problemas no se resolvieran, cosa que los críticos creían ser imposible, la historia no podía aspirar a formar parte del saber humano. De modo que lo que comenzó como una crítica a una mala historia, a una historia partidista, concluyó poniendo en duda la validez de la historia misma. Durante la segunda mitad del siglo XVII estuvo de moda negar la posibilidad de un sólido conocimiento histórico.

De frente a esta situación, los historiadores tuvieron dos alternativas: o abandonar la historia en favor de algo más sistemático y seguro o retomar a la mesa de trabajo para confrontar las objeciones hechas por aquellos que negaban la legitimidad de su disciplina. De entre aquellos que retornaron a la mesa de trabajo, emergieron, con el andar del tiempo, dos respuestas diferentes.

El grupo que aparece primero en orden cronológico, conocido en la literatura como los "eruditos", trató de dar una base sólida a la historia desarrollando un método que permitiría al historiador deducir hechos verídicos de

fuentes primarias... ¿Cómo se puede determinar las características de una fidedigna evidencia histórica? se preguntaron ellos. Sus esfuerzos produjeron resultados y en 1681, después de la publicación De Re Diplomática de Mabillon, aún los críticos de la historia admitieron a regañadientes que se había dado un gran paso adelante para determinar la autenticidad de las fuentes primarias. En efecto, en esta obra se enumeraba y analizaba las reglas que permitieran al historiador distinguir entre falsificaciones y documentos auténticos. Es así como los "eruditos" dieron origen a la paleografía, a la epigrafía y a la numismática, o sea las disciplinas auxiliares de la historia. No hay duda de que el éxito logrado por los "eruditos" fue una contribución permanente para la vindicación de la historia como una forma legítima de conocimiento.

Los logros de los "eruditos", sin embargo, no fueron suficientes para poner de nuevo en pie a la historia. En efecto, en los años 40 del siglo XVIII, a medida que llegaba a su fin la época de oro de los "eruditos", emergió una nueva generación de intelectuales que no estuvo conforme con ellos y que ofreció una nueva solución al problema planteado por los críticos de la historia en el siglo anterior. Para estos intelectuales, conocidos en la historia del pensamiento del siglo XVIII como los "filósofos" y entre los cuales las figuras de mayor representación fueron Montesquieu y Voltaire, basar la validez de la historia exclusivamente en fuentes primarias dignas de confianza, era emascularla. Si la historia era una forma del conocimiento, debía ser una explicación en vez de una simple descripción de hechos verdícos. Convencidos de que el mundo social era regido por la razón, los "filósofos" sostuvieron que la verdadera labor del historiador consistía en captar el desarrollo de ésta en el flujo de los eventos humanos. Pero el historiador nunca podría alcanzar esta meta acumulando simplemente hechos verdícos: para esto era indispensable descubrir las relaciones entre los eventos y estudiarlas con el objeto de establecer las "causas generales" que sustentan el proceso histórico. En conclusión, y utilizando el lenguaje de la época, solamente la "historia filosófica" merecía el título de conocimiento.

Tanto los "eruditos" como los "filósofos" estaban luchando, pues, por los fueros de la historia, aunque desde diferentes perspectivas. Mientras los primeros insistían en la necesidad de construir el edificio de la historia con buen material, los segundos, minimizando este aspecto, daban mayor importancia a la interpretación. ¿Cuál de los dos se impondría? Ninguno. O, mejor dicho, ambas posiciones fueron apropiadas e integradas por una tercera escuela. Este fue un grupo de historiadores alemanes del último cuarto del siglo

XVIII Gattener, Schölzer y Müller. Siguiendo a los "eruditos" ellos adoptaron y pusieron en práctica un método crítico para el estudio de las fuentes primarias. Siguiendo a los "filósofos", por otra parte, ellos insistieron que la historia no podía ser "meramente un agobio para la memoria", sino que debía ser también "filosofía, relacionando perpetuamente los resultados con sus causas". Así armados con un método capaz de discernir la veracidad de los documentos y otro capaz de interpretar los hechos así obtenidos, legitimaron la historia como una forma válida del conocimiento. Por medio de esta síntesis los profesores alemanes proveyeron una respuesta satisfactoria a los críticos del siglo XVII. Por vez primera la historia poseía los elementos de una ciencia.

Por vez primera también la historia comenzó a sentar pie firme en los ámbitos de la universidad y a medida que sucedió eso, se crearon cátedras, se idearon programas de estudios, se montaron bibliotecas, se organizaron institutos para investigaciones históricas, se editaron y publicaron documentos. Los responsables de este desarrollo fueron precisamente los historiadores alemanes del siglo XVIII. Así pues, se les debe rendir homenaje también por haber dado los primeros pasos hacia la organización de la historia como una institución y eventualmente una profesión.

## B. EL Auge del Siglo XIX

Como es bien conocido, la historia llegó a su mayoría de edad, en el siglo XIX. Los nombres generalmente relacionados con esta realización son los de Niebuhr y Ranke. Estos dos historiadores culminaron el proceso puesto en marcha por sus antecesores en el último cuarto del siglo anterior. Su contribución a la historia como disciplina fue elaborar en detalle una versión depurada de la síntesis del siglo XVIII y utilizarla para la producción de obras maestras de análisis e investigación históricos. En otras palabras, con Niebuhr, Ranke y sus discípulos, la historia va más allá de una etapa metodológica y entre en un período de intensa investigación empírica. En cuanto a su contribución a la historia como institución, ellos la transformaron de una actividad sin reconocimiento a la más honrosa y prestigiosa empresa académica del siglo XIX. (4)

Habiendo caracterizado de un modo general las conquistas del siglo XIX, pasamos ahora a estudiarlas en forma más detenida. Gattener Schölzer y Müller, como hemos visto, hablan dedicado sus vidas intelectuales a la producción de una historia que se ajustaría a las exigencias de una investigación rigurosa. Ranke fue el mejor realizador de este ideal, tanto en la teoría como en

la práctica. Decidido a escribir lo que él llamó "historia científica", Ranke depuró cada una de las dos dimensiones de la síntesis ya anotada, el método de crítica de las fuentes y el método de interpretación histórica.

Por lo que se refiere a la crítica de las fuentes, Ranke había heredado dos conjuntos de reglas: uno que tenía el propósito de determinar la "autenticidad" de documentos históricos y el otro el de establecer su "credibilidad". El primer conjunto había sido formulado detalladamente por los "eruditos" y por Schlözer y sus colegas. El segundo, por el contrario, estaba por completarse. La contribución especial de Ranke fue la de explorarlo minuciosamente. A este respecto él estableció con claridad la posición entre lo "no intencional" y lo "intencional" en fuentes primarias. Para él un documento "intencional" tenía menor credibilidad de un "no intencional" debido a que su función era el de crear una opinión determinada en un público presente o futuro. El "no intencional", mientras tanto, no tenía motivación ulterior y, por lo tanto, podía ser utilizado por el historiador con más confianza. El método Rankeano de la crítica de las fuentes se convirtió en el modelo de investigación histórica en la Europa de su época.

Volviendo ahora a la contribución de Ranke a la interpretación histórica, lo más importante que se debe mencionar es que él es el primer historiador en formular un modelo bien definido del proceso histórico y a utilizarlo sistemáticamente en sus investigaciones. Con el beneficio de la retrospectiva es fácil encontrar imperfecciones tanto en la naturaleza del modelo como en su modo de emplearlo. Aún así, sus esfuerzos por descubrir, como lo explicó él, las "interrelaciones de los eventos" fue una contribución neta al desarrollo de la historia como una empresa científica.

Para Ranke el proceso histórico es una serie finita de "fuerzas creadoras", concebidas en un orden jerárquico. Las fuerzas geográficas, económicas, sociales y culturales se encuentran todas en un nivel y constituyen las manifestaciones externas de la vida de una entidad histórica: i. e. una clase de personas (Los Papas, por ejemplo), un país (Alemania, Inglaterra), un grupo de países (la comunidad europea), etc. La cantidad de "fuerzas creadoras" en la historia, sin embargo, no se limita a aquellas que se pueden observar directamente. Hay un nivel más profundo que, aunque no sea visible, imparte ímpetu y dirección a las fuerzas en la superficie. Estas fuerzas subyacentes se llaman "ideas" y se manifiestan ante el historiador entrenado ya sea como una tendencia "que influye en muchos detalles, en diferentes lugares, bajo di-



ferentes circunstancias y que al principio es apenas perceptible, pero gradualmente se hace visible y finalmente irresistible", o como fuerzas creadoras "que no pueden deducirse en todo su alcance y majestad de las circunstancias que las acompañan". (5) Un ejemplo de lo primero sería el proceso de secularización en Europa desde la Edad Media hasta el siglo XIX. Un ejemplo de lo segundo sería el Renacimiento italiano. Para Ranke las "ideas" constituyen la "estructura interna" del proceso histórico.

A más de lo que podría llamarse la dimensión vertical del modelo histórico de Ranke, existe otra, una horizontal. Para Ranke el estudio de las entidades históricas es apropiado solamente cuando se relaciona con un contexto mayor, por ejemplo, la historia local con la nacional, la historia nacional con la mundial. ¿Por qué debería ser así? Porque para él las entidades históricas no existen en el aislamiento si no en agrupaciones o sistemas. El sistema europeo es un ejemplo que hace al caso. Ahora bien, dentro de cada sistema las entidades históricas se relacionan de acuerdo con su poder, con la consecuencia de que la más poderosa ejerce influencia sobre las demás. En la opinión de Ranke las transformaciones que ha experimentado el mundo provienen de estas poderosas entidades históricas. Por eso es que los historiadores deben prestar especial atención a aquellas naciones que han dejado su marca en la historia. Y aquí, una vez más, el historiador se encuentra de nuevo con el nivel de las "ideas", ya que la lucha de los poderes históricos no son solamente obra de la fuerza bruta: en las palabras de Ranke, "ningún estado ha existido jamás sin una base espiritual y sin un contenido espiritual. En el poder mismo una esencia espiritual se manifiesta de por sí". (6) De cualquier modo que aborde el historiador la realidad histórica entonces, su tarea es captar su esencia o sus "ideas". En otras palabras suministrar una "interpretación idealista de la historia".

Refiriéndose a las dimensiones verticales y horizontales de su modelo Ranke escribió: "En mi opinión nosotros debemos trabajar en dos direcciones: la investigación de los factores efectivos en los eventos históricos y el entendimiento de su relación universal". (7) Mientras que la primera conduce al historiador a escribir una historia que tiene en cuenta no sólo la política sino también la economía, la sociedad, la cultura, etc.; la segunda le lleva directamente hacia una historia político-diplomática. Ambas direcciones son fundamentales para la buena historia. Aunque a través de los años Ranke se inclinó a enfatizar la segunda, jamás abandonó la primera.

Las ideas y prácticas que acabamos de bosquejar tuvieron gran influencia en Alemania, Europa y, finalmente, en el mundo entero. Esto, por una parte, se debió a su valor intrínseco. Pero esto no basta para explicar su tremendo impacto. Para tener un cuadro completo debemos brevemente examinar el progreso de la historia como institución, proceso que se desarrolló paralelamente con la metodología rankeana. Es obvio que a Ranke y a sus colegas les interesaba crear una estructura institucional que diera cabida a sus teorías. Se ha dicho anteriormente que ellos concibían la historia como una disciplina científica. Muy bien, las instituciones que ellos organizaron en Alemania durante el siglo XIX encarnaron este concepto de la historia. El "Seminario", por ejemplo. Hasta fines del siglo XVIII el historiador había sido un diletante, había adquirido los instrumentos de su oficio por medio de la auto-educación. En el siglo XIX, con la aparición de la historia de Ranke, esto ya no fue posible. Fue necesario entrenar historiadores de acuerdo a normas rigurosamente establecidas. Ranke creó el Seminario universitario precisamente para este fin. Sus Seminarios, así como los de sus discípulos G. Waitz y H. Von Sybel, adquirieron renombre mundial.

Consideremos luego la creación de los "archivos históricos". Nuevamente, hasta fines del siglo XVIII, los archivos habían sido una rama de la administración civil y, como tales, sus funciones fueron hacer accesible a las autoridades el material relacionado con asuntos que estaban pendientes. En lo que se refiere a documentos de asuntos ya liquidados, estos yacían en depósitos, amontonados, bajo llave, inaccesibles. Con el advenimiento de la historia científica los historiadores comenzaron a despreciar las bibliotecas, el lugar donde habían tradicionalmente hecho sus investigaciones, y a presionar por la transformación de los depósitos antes mencionados en archivos históricos. Los Rankeanos tuvieron éxito y la nueva institución se congestionó de estudiosos que, siguiendo los preceptos aprendidos en los Seminarios, buscaban reportajes de testigos presenciales y los "documentos más inmediatos y ciertos" de un determinado proceso histórico.

Finalmente, un vistazo al establecimiento de las revistas históricas. En el siglo XVIII éstas revistas habían tenido vidas cortas e insignificantes; fueron el resultado de la acción de grupos y camarillas efímeros que se dirigieron al público en general. A mediados del siglo XIX los graduados de los Seminarios Universitarios de Alemania y de otros países empezaron a organizarse en una gran comunidad militante de estudiosos. Para servir sus intereses hubo necesidad de un nuevo tipo de revista, las que se crearon con el propósito de fomentar el conocimiento científico de la historia, el desarrollo de ésta como

disciplina y el entrelazamiento de los miembros del nuevo gremio académico. En el prólogo del primer número de la más famosa de estas revistas, la *Historische Zeitschrift*, Sybel, uno de los más destacados discípulos de Ranke, escribió: "La meta de esta revista es la de ser científica. Su tarea primordial es la de ilustrar y explicar el verdadero método de la investigación histórica. Esta revista, por lo tanto, enjuiciará cualquier desviación que se haga de él" (8). En tono similar, el primer número de la *Revue Historique* proclamó años después: "vamos a crear. . . no un órgano de polémicas o uno de vulgarización, nuestra revista no será tampoco una colección de pura erudición. Aceptaremos solamente artículos originales, basados en fuentes originales, los que enriquecerán la ciencia ya sea por el rigor de la investigación que exhiban o por la profundidad de sus conclusiones. . ." (9). Las revistas históricas que fueron fundadas en la segunda mitad del siglo XIX continúan en existencia.

A propósito de las revistas históricas y del impacto que tuvo el concepto de historia científica, hay otro punto importante que se debe mencionar. Como se ha dicho anteriormente, en la Antigüedad y en la Edad Media, se consideraba a la historia como un ramo de la literatura. Esta concepción empezó a perder terreno a partir del siglo XVI en adelante. Pero fue, sólo en el XIX, con la cristalización del concepto científico de la historia, cuando se rechazó finalmente esta idea. Si la historia no es literatura, si la historia es una ciencia, los historiadores del siglo XIX se preguntaron, ¿Cuál es su forma correcta? La respuesta fue ofrecida sobre todo por los directorios de las más prestigiosas revistas históricas de la época. Desde el principio estas revistas tuvieron ideas precisas sobre lo que debía ser la forma correcta de la historia científica y procedieron a implementarlas. Los editores de la *Revue Historique* expresaron ideas compartidas por todas ellas cuando escribieron: . . . "demandamos de nuestros colaboradores una forma de exposición estrictamente científica, donde cada aserción vaya acompañada de pruebas concluyentes y de referencias completas y precisas. Excluiremos rigurosamente generalizaciones sin apoyo y toda clase de retórica". (10) De este modo, por fin, los historiadores se desprendieron de los últimos vestigios de dependencia de otras disciplinas.

Seminarios universitarios, archivos históricos, revistas especializadas, estas y otras instituciones históricas aparecieron en Alemania en su mayoría durante la primera mitad del siglo XIX. De ahí se extendieron a Francia, a los Estados Unidos, a Inglaterra, al sur y al este de Europa. Y a medida que lo hacían, llevaron consigo, por todas partes, las ideas de Ranke.

### C. La Segunda Crisis

Así como el desarrollo de la institución de la historia ayudó a la diseminación de las ideas de Ranke, así también contribuyó a su eventual deformación. Como dijimos antes, el propósito de los Seminarios Universitarios de Alemania fue el de formar historiadores profesionales. Inicialmente un grupo de estudiantes escogidos pudieron aprovecharse de esta oportunidad. Pero con el pasar del tiempo y a medida que la historia adquiría prestigio, el número de estudiantes se incrementó dramáticamente, tanto que a fines de los años 50, cuando los profesores ya no tuvieron más espacio para la multitud, el Estado asumió la responsabilidad de la organización de lo que llegó a llamarse Seminarios de Estado. Estas instituciones crecieron en cantidad y tamaño durante toda la segunda parte del siglo XIX, hasta los años 80, cuando surgió una fuerte reacción en contra de ellas. Se les acusó de acoger a numerosos estudiantes que no tenían inclinación hacia la historia. Se les acusó también de tener profesores que, desanimados por la gran cantidad y pobre calidad de los estudiantes, recurrieron a métodos autoritarios de enseñanza. Por último se les culpó de haber precipitado una crisis en los estudios históricos.

"La crisis no se puede negar", escribió un viejo profesor alemán en esos días "La investigación histórica de Alemania todavía es la mejor en el mundo, pero se echa a perder en asuntos insignificantes. Hoy, Ranke es casi el único que queda como representante de aquella tradición que exigía que el historiador fuese a la vez un explorador de fuentes nuevas y un pensador con una visión general; y Ranke tiene 84 años. Los jóvenes de hoy están cometiendo un error al cultivar porfiadamente una historia microscópica". (11) En otras palabras, el crecimiento numérico de la profesión había llegado al punto de producir rendimientos decrecientes en los años 80. Los nuevos graduados en historia ya no estaban versados en la metodología histórica propiamente dicha el método crítico de las fuentes y el método interpretativo. Ellos solamente dominaban el primero. De tal manera que lo que antes era una ciencia se estaba convirtiendo en una simple tecnología.

Hubieron otros factores institucionales que contribuyeron a la erosión de la historiografía Rankeana a través de los años. Hemos dicho que los archivos históricos abrieron sus puertas en la primera mitad del siglo XIX. Ahora, los mejores y, en muchos casos, los únicos documentos organizados que el historiador encontró en ellos, fueron aquellos concernientes a la vida política y diplomática del estado. Esta fue una oportunidad única para utilizar lo que equivalía a información de testigos presenciales de eventos pasados. De

ahí la predilección original del historiador por la historia diplomática y política. Con el tiempo esta predilección se consolidó en un hábito de la mente, al punto de que la historia se redujo a la historia de las relaciones políticas y diplomáticas. Esto significó una nueva pérdida para la historia Rankeana. Como hemos visto, según Ranke, el historiador debe trabajar en dos direcciones por una parte, en el análisis de los procesos efectivos de una entidad histórica dada (nivel superficial: la geografía, la economía, la cultura, etc.; nivel interno: las "ideas"), y por otra en el estudio de las relaciones de esta entidad con otras en el contexto más amplio posible. Al reducir la disciplina histórica a la historia de la política y de la diplomacia, los historiadores del último cuarto del siglo XIX se limitaron a seguir solamente la segunda dirección. En cuanto a la primera, que hoy se podría llamar la historia de la civilización, fue abandonada por completo.

Un tercer factor institucional que contribuyó al desequilibrio y al empobrecimiento de la historiografía rankeana tuvo que ver con la adulteración que sufrió la misma en países tales como los Estados Unidos e Inglaterra. Gracias a la labor del Profesor George G. Iggers sabemos hoy que los historiadores norteamericanos e ingleses adoptaron las contribuciones que Ranke hizo al método crítico de las fuentes, pero ignoraron completamente su interpretación idealista de la historia. De este modo en manos de los anglosajones Ranke fue convertido en un burdo empírico. No es extraño que finalmente fuera acusado en estos países de haber patrocinado un tipo de historia hostil a la teoría; historia que, por esta razón, no era más que un catálogo de hechos.

De todas estas maneras y muchas otras que no podemos analizar en esta sede, la escuela histórica de Ranke perdió profundidad y sustancia, degenerándose en un estéril ejercicio académico. Es en este momento de debilidad que recibió serios y numerosos retos procedentes de una cantidad de sectores, dentro y fuera del ámbito académico. Dentro de la institución se trató de historiadores que se opusieron al dominio de la historia político-diplomática y que se interesaron en explorar nuevos caminos. Para algunos, como Burckhardt, el estudio del pasado significaba, sobre todo, reconstruir la cultura, el estilo de vida de las naciones. Otros, como Pirenne, se dedicaron al estudio del pasado económico. Estos, sin embargo, eran individuos aislados, al margen de la historia oficial. Aun así, su brillo individual atrajo partidarios y a finales del siglo sus obras señalaron el inicio de un proceso de fragmentación de la historia ortodoxa que se aceleraría enormemente al comenzar el siglo siguiente.

Completamente aparte de las objeciones que emergieron desde dentro, hubieron también factores externos que contribuyeron a profundizar la crisis de la historia. Para comprenderlos basta recordar la situación de Europa a fines del siglo XIX. Como es bien conocido de 1850 a 1880, Europa había gozado de una prosperidad económica y de una estabilidad social y política sin precedente. Esta situación se deterioró durante el último cuarto del siglo. La economía empezó a decaer considerablemente. Las masas, después de 20 años de subordinación, se sintieron inquietas. En cuanto a la política, esta era todo menos política en el sentido tradicional de la palabra: grupos de presión económica se apoderaron de los partidos políticos y la vida exterior de las naciones estuvo dominada por conflictos económicos. Encarando esta realidad, algunos de los disidentes historiadores jóvenes, tanto como un público perspicaz, empezaron a poner en duda la validez misma del concepto de la historia de Ranke. Se volvió más y más evidente que su "interpretación idealista" nunca podría dar una explicación aceptable de la experiencia histórica de su tiempo, condicionada tan claramente por factores económicos y sociales. Se necesitaba un nuevo modelo interpretativo para reemplazar el de Ranke. En tales circunstancias, el materialismo histórico, una doctrina que se había formulado en los años 50 y 60 totalmente independiente de la institución de la historia, y que al principio no había tenido ningún impacto en su producción, se volvió más y más pertinente y más y más atractiva. De este modo una cantidad de obras históricas comenzaron a aparecer en Europa y en América utilizando conceptos marxistas. En estos primeros trabajos, por supuesto, el nuevo modelo de interpretación fue seguido de una manera muy simplista. Sin embargo, este era el comienzo de un tipo de historiografía que estaba destinada a tener un gran impacto en el siglo XX. Por el momento fue un factor más en la fragmentación de la historia oficial.

Pero lo que desafió la existencia misma de la historia como disciplina fue el gran desarrollo de las ciencias sociales. Aunque algunas de ellas, tales como la Economía, se habían convertido en un conjunto sistemático de principios y habían logrado su independencia como disciplinas muy tempranamente (1750-1850), las demás no alcanzaron esta posición sino hasta fines del siglo XIX y principios del XX. El primer ataque vino de varias de ellas en los años 90 y desafió la noción de la objetividad científica, tan sacrosanta para los historiadores rankeanos. La creencia de que para ser científico era suficiente determinar los hechos y ponerlos en orden dentro de una estructura de ideas, pareció demasiado ingenua a los novísimos científicos sociales. Pues para ellos el observador científico no tiene en realidad acceso directo al mun-

do social, ya que entre él y este mundo existe un sistema de valores. Este sistema de valores ordena la selección de los problemas dignos de ser investigados y determina la naturaleza de los resultados. El historiador del siglo XIX había proyectado ingenuamente sus valores a la realidad histórica y al hacerlo había sido infiel a su vocación científica.

Por fin un último ataque contra la historia provino de la sociología. A principios de este siglo, preocupado con la tarea de echar los cimientos de su disciplina, Durkheim proclamó que la historia era indispensable para la sociología, ya que sin ella era imposible entender la realidad social. Pero se apresuró a poner en claro que la historia que el sociólogo necesitaba no era la practicada por los historiadores de entonces. Esta era una disciplina descriptiva, una mera técnica. Lo que necesita el sociólogo era una historia capaz de discernir regularidades en el proceso histórico y esto lo podía hacer solamente una persona que poseyera los utensilios mentales del sociólogo. En cuanto a la historia escrita por el historiador, ésta podría ser de algún valor siempre y cuando se la concibiera como una de las disciplinas auxiliares de la sociología. Pues solo el sociólogo podía interpretar científicamente el material elaborado por el historiador. Las ideas de Durkheim tuvieron enorme influencia entre los científicos sociales, y en países tales como los Estados Unidos de América y la Gran Bretaña estas ideas subsisten hasta hoy.

Como se puede ver, a fines del siglo XIX y a principios del siguiente, la escuela rankeana, una sombra de lo que había sido, se estrelló contra un oleaje de crítica proveniente de una cantidad de direcciones. La mayor parte de esta crítica fue justificada, sin embargo no se hizo nada al respecto. A los rankeanos del momento no les interesaba mínimamente el estado de su disciplina. Ellos estaban mucho más preocupados por defender la posición de poder que entonces controlaban en Alemania, Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos y en la mayoría de los otros países, donde la historia se había convertido en una empresa académica. En estas circunstancias una nueva generación de historiadores, ansiosos de reconstruir y restaurar el edificio de la historia, no tuvieron más que declararse en revolución.

## SEGUNDA PARTE: EL DESARROLLO DE LA HISTORIA COMO DISCIPLINA EN EL SIGLO XX

### A. La Escuela Francesa: Un Nuevo Concepto de la Historia

Hay muchas maneras de sublevarse contra un sistema establecido que se ha vuelto opresivo. Hay la protesta individual, también hay motines, existen rebeliones y, claro, revoluciones. De todas estas formas de protesta, las tres primeras están apuntadas contra aspectos específicos del sistema imperante sin desafiarlo como orden propiamente dicho. Solamente la última, la revolución hace esto. Ahora, a fin de desafiar la totalidad de un sistema de poder establecido, no basta sólo postular y luchar por su destrucción. Para que una revolución triunfe, tres factores, por lo menos, son imprescindibles: explicar a través de un programa revolucionario los fundamentos y corolarios prácticos de un nuevo sistema que reemplazará al anterior; institucionalizar los principios del nuevo sistema tan pronto como se haya logrado la victoria y, finalmente, consolidar las nuevas instituciones, asegurándose el respaldo del pueblo.

Si nosotros utilizáramos este esquema para explicarnos lo que los historiadores han hecho en este siglo para liberar a la historia del yugo del emasculado sistema rankeano, encontraríamos que ellos han protestado individualmente, se han amotinado, han participado en rebeldías, y, por lo menos en tres ocasiones, han intentado llevar a cabo sendas revoluciones. Estos intentos revolucionarios han tenido lugar en los Estados Unidos, en Rusia y en Francia. Sin embargo, de estos tres sólo el francés ha triunfado en el sentido descrito anteriormente. Nos estamos refiriendo a los logros de la escuela francesa, popularmente conocida como la "Escuela Analista". En efecto, esta escuela comenzó proclamando un programa revolucionario. Luego, gracias a una lucha sin tregua, expulsó a los detentadores del poder. Entonces, sin pérdida de tiempo institucionalizó su concepto de historia. Finalmente, durante los últimos veinte años ha consolidado su posición gracias a la adhesión de la comunidad de historiadores de Francia y, poco a poco, del mundo entero. Por lo tanto si queremos comprender la revolución de nuestro siglo contra la historiografía del siglo anterior, no hay mejor sitio para hacerlo que el movimiento intelectual que acabamos de mencionar. (12).

"Ningún grupo de estudiosos ha tenido un impacto mayor, o un efecto más fecundo, en el estudio de la historia de este siglo", escribe un famoso his-



toriadur inglés, "que los historiadores franceses de la "Escuela Analista" franceses de origen, franceses por inspiración, estos historiadores forman ahora una élite internacional, agrupados por una filosofía inconfundible y por una lealtad corporativa. . ." (13) En otra parte un distinguido historiador americano caracteriza a la escuela francesa, de esta manera: "la más ecuménica del mundo. . ."; "más exitosa que la de cualquier otra nación en adoptar una actitud que le ha permitido establecer relaciones positivas y fructíferas con las ciencias sociales"; "la escuela más dinámica y productiva de historiadores en el ejercicio de la historia hoy por hoy". Refiriéndose a la revista que los Analistas publican, nuestro autor escribe: "es la publicación histórica más grande de Francia" y en su campo específico "no tiene rival en ninguna parte". En cuanto al futuro de la escuela, le parece que "con una base sólida en Francia y gracias a una persuasión cordial los Analistas están por conquistar el mundo". (14) Estas citas son significativas porque vienen de dos distinguidos historiadores que tienen un concepto de la historia muy diferente de los Analistas y porque son cada vez más representativos de una corriente de opinión del mundo intelectual anglosajón, el que, como es notorio, tiene poco en común con lo que ellos llaman el mundo intelectual "continental".

Y es hora de estudiar en algún detalle la Revolución Francesa en el pensamiento histórico. Comenzaremos examinando minuciosamente el programa revolucionario expuesto por los Analistas. Este programa fue formulado entre 1920 y 1949; 1920 es la fecha cuando Marc Bloch and Lucien Febvre, los fundadores de la Escuela Analista, se reunieron en la Universidad de Estrasburgo e iniciaron una colaboración que había de perdurar por veinticinco años; 1949, por otra parte, es el año cuando F. Braudel, discípulo de Febvre, publicó su *La Méditerranée et le monde méditerranéen*, la más lograda expresión de las principales doctrinas revolucionarias de la escuela francesa.

Los primeros diez años fueron un período de incubación; Febvre y Bloch enseñaron juntos, investigaron juntos, pero, sobre todo, sometieron a prueba sus teorías produciendo obras de vanguardia. Solamente cuando estuvieron seguros de sí mismos y de sus teorías iniciaron su campaña contra la historia del siglo XIX en la forma de una nueva revista histórica intitulada *Annales d'histoire économique et sociale*. Era el año 1929. El primer número de *Annales* tenía un prólogo "a nos lecteurs", en el que los "directeurs" Marc Bloch y Lucien Febvre— exponían su razón de ser. ¿Por qué otra publicación? Porque la crisis en los estudios históricos que había salido al descubierto a fines del siglo pasado continuaba en existencia. Para los Analistas

el problema fundamental era la falta de comunicación no sólo entre los varios tipos de historiadores (económicos, sociales, culturales, etc.) que habían surgido desde fines del siglo pasado, sino muy especialmente entre los historiadores y los científicos sociales. Esta separación constituía, según ellos, el obstáculo principal en el camino de la regeneración de la historia

¿Cómo se podía superar este obstáculo? Una manera era crear una revista dedicada a una cruzada contra las barreras que separaban a los historiadores entre sí mismos y a los historiadores de los científicos sociales. ". . . ¡Cuántas preciosas sugerencias sobre método e interpretación de los hechos; qué ventajas en términos de cultura; qué progreso en la intuición resultaría si hubiesen más frecuentes intercambios intelectuales entre los dos [grupos]! . . ." (15) Para Bloch y Febvre el futuro de la historia así como el de las ciencias sociales dependía de este tipo de intercambio. Siendo este el caso, "era urgente continuar con la empresa, no por medio de artículos sobre método, no mediante disquisiciones teóricas, sino a través de ejemplos, por medio de resultados concretos. . ." (16)

Consecuente con su palabra, L. Febvre y M. Bloch utilizaron *Annales* para publicar trabajos originales de una nueva generación de historiadores y científicos sociales. Consecuente con su palabra, ellos también produjeron e incitaron a otros a producir libros que hacían poco caso de compartimientos y etiquetas. Pero ellos también escribieron, y en grado muy extenso, sobre método. Esto era inevitable ya que de vez en cuando se vieron en la necesidad de hacer inventario del territorio intelectual que habían cubierto, trazado y conquistado. Es de estos dos tipos de escritos que surgió un nuevo concepto de la historia y es a este concepto que nos remitiremos de inmediato.

Las exhortaciones de Bloch y Febvre a sus colegas historiadores de que se deshicieran de sus anteojeras y empezaran a mirar sobre sus hombros no representaron solamente un afán de higiene mental. La verdadera intención fue hacerles comprender algo que ellos, gracias a su amplio interés en la historia y a su preparación interdisciplinaria, habían descubierto en largos años de investigación y análisis: primero, que la historia es una e indivisible, y segundo, que ella es una de las ciencias sociales.

Según ellos, los distintivos de "económico" y "social", como los usaban los historiadores que se habían atrevido a rebasar las fronteras de la historia política, habían adquirido un valor ontológico, con la consecuencia de que

tanto la realidad histórica como la historia en cuanto disciplina, habían sido rebanadas en fracciones sin sentido. Estos distintivos, sin embargo, eran meras fricciones y resultaban útiles solamente en la medida que señalaban perspectivas desde las cuales el historiador podía penetrar en el proceso histórico como un todo. Para los Analistas este proceso es algo unitario y sólo puede ser desentrañado por una disciplina capaz de enfrentar esta característica fundamental. Por tanto, para ellos "no hay historia económica, ni historia social, sino simplemente. . . "Historia".

En cuanto a la clasificación de la historia como una de las ciencias sociales, esta noción se la entiende mejor examinando la crítica que los Analistas hicieron de la escuela rankeana vigente a fines del siglo XIX y a principios del presente.

Un motivo de gran irritación para los Analistas fue la preocupación exclusiva de los rankeanos por lo individual, por lo particular, algo que da a esa historia un carácter trunco y arbitrario. Por eso los Analistas la llamaron "petite histoire", historia microscópica. "Nosotros no negamos", escribe Braudel, "la realidad de los eventos o el rol de los individuos, lo cual sería pueril. Pero es necesario darse cuenta que el individuo, en la historia, es, la mayor parte de veces, una abstracción. En la realidad palpitante no existe el individuo confinado a sí mismo; todas las aventuras individuales se fundan en una realidad más compleja, la de la realidad social una realidad "entretrejida" como dice la sociología. No se trata de negar lo individual bajo el pretexto de que es el producto de contingencias; se trata más bien de ir más allá de él en busca de fuerzas de otro tipo y de reaccionar contra una historia arbitrariamente reducida a los triunfos de grandes héroes. . . "(17). Por consiguiente, para los Analistas el verdadero objeto de la historia es "no el hombre, nunca el hombre individual, sino las sociedades humanas, los grupos organizados". (18).

Además, para los Analistas, la historia rankeana de finales de siglo al hacer gala de un miope empirismo no sólo era acientífica sino decididamente anticientífica. "Establecer los hechos; aplicar los hechos establecidos. Pero qué es lo que hemos de entender por "hechos"? . . . No tardaremos en darnos cuenta que para la mayoría de los que hablan así, los hechos históricos son datos "dados". Demasiado crudo. Tales gentes rehusan considerar que en la realidad son ellas mismas las que construyen los hechos sin siquiera percatarse. . . Mantienen un supersticioso respeto por los hechos, una especie de

fetichismo concerniente a los hechos, lo que, en verdad, es un extraño y grotesco anacronismo" (19). Para los Analistas, "Si no hay teoría, no hay historia". Y si no fuera así, no valdría la pena escribir historia. En otras palabras esta actividad intelectual "vale la pena cultivarla en la medida que nos promete, no simplemente una enumeración dislocada sino un análisis racional y una acumulación progresiva de conocimientos". (20) Así que, la historia es una ciencia y, puesto que su objeto no es el individuo, sino las actividades de los hombres como entes inmersos en la sociedad, la historia es una ciencia social. Claro, así como se nos presenta, es una ciencia social en plena infancia. Pero, basándose en la premisa de que el proceso histórico es estructurado y puede ser aprehendido racionalmente, el historiador está ahora forjando los conceptos y métodos necesarios para un análisis racional esto es — científico.

Por último, los Analistas acusan a la escuela rankeana de utilizar un concepto unilineal y superficial del tiempo. "Una batalla, una reunión de hombres de estado, un discurso importante, un documento vital, son instantáneas de la historia". (21) ¡Una serie de eventos que, cual cuentas, son ensartadas por la hebra del tiempo político. Desafortunadamente este concepto del tiempo no nos ayuda a comprender el proceso histórico. "Yo he guardado el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, donde fui envuelto por un fuego artificial de lucidez fosforescente; sus pálidas luces resplandecían, se extinguían y volvían a brillar, sin perforar la noche con claridades auténticas. Así los eventos: más allá de sus propios destellos la obscuridad se impone victoriosa" (22). Para los Analistas, el historiador debe descubrir y utilizar otras dimensiones del tiempo histórico. Una economía nunca es estática, cambia a un ritmo muy peculiar suyo. Lo mismo puede decirse de sistemas sociales y otros aspectos de la realidad social. ¡Sólo cuando el historiador utiliza un concepto multilineal del tiempo puede echar luz sobre el proceso histórico como un todo.

Así, de la denuncia de la vieja concepción de la historia, podemos formarnos una idea de las características de una nueva. Para los Analistas la historia es una investigación cuyo objeto es explicar las actividades de los hombres en grupos o sociedades, como éstas se manifiestan en el elemento temporal. Por eso escribió Marco Bloch: "historia es la ciencia de los hombres en el tiempo". (23)

Continuando con nuestra caracterización del programa revolucionario promulgado por los Analistas, nos corresponde ahora enfocar sus ideas en cuanto al método. A este respecto ellos han acuñado las nociones de "histo-

ria problema" e "historia total". De acuerdo con ellas una auténtica investigación histórica no comienza ni con el encuentro de documentos inéditos, ni con la determinación de una unidad de espacio en un determinado período. Comienza realmente cuando el historiador plantea un interrogante que puede ser objeto de una investigación empírica. "El marco de la investigación es el problema, seleccionado con cabal independencia y responsabilidad intelectual, dejando a un lado todos aquellos proyectos, tan cómodos como tentadores, que conllevan como un dividendo la venia de la universidad". (24) "Historia problema", entonces, requiere no solamente de interrogantes bien planteados sino de interrogantes que hayan sido seleccionados en razón de su significación intelectual. Una historia que no siga esta estrategia de investigación está condenada a caer en lo trivial.

La noción "historia total" es una función de la de "historia problema". Una vez que el historiador ha formulado claramente su pregunta, puede determinar qué unidades de espacio y de tiempo, qué aspectos del proceso histórico (económico, social, cultural, etc.) son indispensables para resolver la incógnita. A este propósito es imperativo que el historiador lance su red lo más lejos posible, porque cuando un problema no es abordado en su más amplio contexto, en la totalidad de lo social, se corre el riesgo de resolverlo parcial o unilateralmente.

En cuanto al método propiamente dicho, los Analistas han sido grandes defensores del estudio interdisciplinario. J. H. Hexter, un distinguido historiador americano, refiriéndose a dos nociones que todavía están vigentes en su país escribe: "la primera reina entre los historiadores americanos: los estudios interdisciplinarios no son provechosos en las ciencias sociales. La segunda es muy difundida entre los científicos sociales que se dedican a estudios interdisciplinarios: la historia no tiene sitio en tales estudios" (25). A continuación añade que en Francia estas nociones son inconcebibles gracias a la teoría y la práctica de los Analistas. En efecto, consecuentes con el concepto unitario de la historia, estos estudiosos se han dedicado desde el principio a transformar el viejo método disciplinario del historiador del siglo XIX en uno interdisciplinario. Si nada es ajeno a la historia dentro del mundo social, si ella se propone captarlo en su compleja totalidad, entonces, esta tiene necesidad de un método que pueda aprovecharse libremente de los conceptos, técnicas y hallazgos de todas las ciencias humanas. ¿Significa esto que la historia como disciplina se disuelve en, digamos, sociología, economía y todas las demás ciencias sociales?. La respuesta es "no", porque el Analista, como ya lo hemos visto brevemente y como lo veremos en algún detalle más adelan-

te, da siempre prioridad, en su teoría y en su práctica, a las categorías del tiempo histórico. "la atmósfera en la cual la mente del historiador respira libremente —ha escrito Bloch— es la provista por la categoría del tiempo". (26)

Además de insistir en la necesidad de atraer a la geografía, economía, sociología, antropología, etc., al amplio torrente de la historia, los Analistas han insistido, al mismo tiempo, en preservar las conquistas hechas por pasadas generaciones de historiadores. Más concretamente, aquella parte que para los Analistas permanece válida en la síntesis Rankeana es el método crítico de las fuentes primarias. La historia nada puede hacer sin reglas para determinar las fuentes auténticas y creíbles. Sin embargo la historia puede existir y debe existir sin "idealismo histórico". ¿Cuál era la falla de la interpretación idealista de la historia? La dificultad para el historiador francés estaba en que, esta asignaba arbitrariamente primacía al rol del espíritu en los asuntos humanos. Todavía peor, desde la perspectiva de mediados del siglo XX, la interpretación idealista resultaba ser una expresión de ideología burguesa más que un instrumento de investigación científica.

Si de la escuela rankeana los Analistas aprovecharon el rigor en el análisis de las fuentes, de la historia marxista recibieron ideas pivotaes que les sirvieron para edificar una vez más una teoría de la historia. Como anotamos en páginas anteriores, la historiografía marxista comenzó a organizarse a fines del siglo XIX. Pero no se plasmó en una escuela definida. Más bien, se fraccionó en varias corrientes más o menos influenciadas por el revisionismo de Bernstein. Así comenzó a tomar cuerpo, paralelamente a un marxismo auténtico, otro diluido, al que un autor inglés ha llamado hace poco, marxismo vulgar. (27) Estas dos corrientes, han tenido una gran influencia en la historiografía del mundo contemporáneo. En lo que se refiere a Francia, bien que sus historiadores marxistas de comienzo de siglo no pueden ser calificados de "ortodoxos", tampoco merecen reparar el calificativo de "vulgares". Juarez y Mathiez, al estudiar la Revolución Francesa desde un punto de vista económico y social, plantearon un problema de interpretación que tuvo repercusiones fecundas. Pues, al no tener ninguno de estos autores el carisma intelectual para formar escuela, sus enseñanzas fueron aprovechadas y encauzadas en otra dirección por Bloch y Febvre, dos historiadores que poseyeron esta cualidad en sumo grado.

Pero si el determinismo económico fue descartado, no lo fue la concepción que ponía la vida material en el primer piso del proceso histórico. Jus-

tamente este es el punto de partida del historiador Analista. Convencido que sin teoría el historiador vagabundea ciegamente entre la enorme masa de los hechos, los Analistas se propusieron utilizar los elementos del modelo marxista y estudiar en él relaciones hasta entonces inexploradas, la interdependencia de los niveles, por ejemplo. Más todavía, convencidos que la única manera de captar el devenir de lo social era por intermedio de categorías temporales, se propusieron elaborar un nuevo modelo fundamentado en ellas.

El historiador del siglo XIX había derivado su concepto de tiempo histórico del ritmo de la vida política y diplomática en la cual se había inmerso. El historiador Analista deriva el suyo del ritmo de la vida de las sociedades. Pero las sociedades no tienen un ritmo único. Las economías tienen sus altos y bajos. Las estructuras demográficas se expanden y contraen. Los paisajes naturales y culturales se mueven imperceptiblemente, pero se mueven. Es en la superficie de este mundo en movimiento lenta que hemos de encontrar el tiempo febril de la política. Ahora bien, todos estos ritmos pueden ser estudiados y clasificados y, si esto se hace se encontrará, por lo menos, tres tipos de ritmos, o mejor dicho de ondas. Hay ondas de larga duración que surgen, se desarrollan y desaparecen en siglos. Estas se llaman "estructuras" y no son percibidas por los hombres. Por ejemplo, desde el alto Medioevo hasta fines del siglo XVI el Mediterráneo fue una unidad natural y cultural. Esta unidad condicionó la historia de las sociedades mediterráneas en mil maneras sin que los hombres, en cuanto individuos, fueran conscientes de su impacto. También hay ondas de media duración. Estas tienen contornos más definidos pueden ser delimitadas entre fechas y son generalmente captadas por los hombres: se llaman "coyunturas". La onda de media duración marca la historia de sistemas y grupos sociales: por ejemplo el auge de la economía europea en el siglo XVI, su depresión en el XVII. Por fin, hay ondas cortas, formalmente conocidas como "eventos", y que en ningún caso son verdaderamente ondas, sino puntos en el tiempo. Ellas forman parte de nuestra conciencia inmediata, de nuestro quehacer diario, y ellas fueron la preocupación exclusiva de los historiadores del siglo XIX. Para el Analista la gran empresa del historiador del siglo XX es identificar, estudiar y formular la dialéctica que se cumple entre "estructuras", "coyunturas" y "eventos".

Qué se ha hecho en este sentido hasta el momento? En realidad relativamente poco. Lo único que existe es un bosquejo en términos muy generales, que combina "estructuras", "coyunturas" y "eventos" en un orden jerárquico. Dentro de este orden, las ondas de larga duración explican las de-

más "Así contemplando a los hombres —escribió F. Braudel en 1949— yo no puedo contener la tentación de verles como inmersos en un destino que apenas lo forjaron, en un paisaje que presenta delante y detrás de ellos las perspectivas infinitas de la onda de larga duración. En la explicación histórica, como la concibo yo, es siempre la onda de larga duración la que termina imponiéndose. . . limita la libertad de los hombres y hasta la incidencia de lo imprevisto. Por temperamento soy un estructuralista poco atraído por los eventos y sólo en parte por las coyunturas. . ." (28)

Pero si queremos una formulación más precisa de la dinámica de este modelo, pronto nos damos cuenta que no existe. El hecho es que los Analistas hasta el presente no han avanzado mucho en la elaboración de su modelo interpretativo. Sospecho que esto se debe a una debilidad en su manera de pensar. Refiriéndose a *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, la primera obra en la cual el modelo arriba mencionado fue expuesto en detalle, Febvre se expresó en la forma siguiente: "es un plan a la vez audaz y sencillo, sin alharacas ni pedanterías, sin declaraciones rimbombantes o profesiones defensivas de fe —el libro es un manifiesto, un estandarte. Y no he de vacilar en declararlo, una obra maestra. El autor no puede ser acusado de filosofar, lo cual en los labios de un historiador significa, no nos engañemos, el crimen capital. . ." (29) En algún otro lugar el mismo Febvre ha escrito: "nunca se puede ser con fórmulas lo suficientemente cuidadoso porque son instrumentos difíciles que no siempre podemos controlar". (30). Así parecería que el Analista deliberadamente se ha refrenado de elaborar y refinar sus instrumentos conceptuales.

En nuestra opinión, esta no es una razón para abandonar la empresa crucial de depurar las construcciones conceptuales que utiliza el historiador, particularmente aquellas, como es el caso de un modelo, cuya función es organizar en una nueva síntesis la acumulación de conocimientos históricos que hemos logrado en este siglo. Si no hacemos esto la calidad del pensamiento y práctica históricos afrontará eventualmente una nueva crisis y el historiador comenzará una vez más a deambular como un sonámbulo en un mar sin fin de hechos. A pesar de esta sorprendente falla, el esquema Analista, tal como se nos ha presentado, ha sido utilizado en trabajos de investigación histórica que, sin duda alguna, tanto en términos de calidad como de cantidad, es la más impresionante en el mundo.



## B. La Escuela Francesa: La Institucionalización de la "Nueva Historia"

Las ideas que hemos acabado de esbozar tuvieron que afrontar una fuerte resistencia en los años treinta. Habían sido lanzadas desde una universidad provincial, la universidad de Estrasburgo, contra el baluarte de la historia rankeana, La Sorbona. A buen seguro que París no iba a inclinarse ante las provincias. No obstante, tal fue el entusiasmo y laboriosidad de los revolucionarios que a mediados de los años 30, gracias a libros de primer orden, tanto Febvre como Bloch, no sin dificultades por cierto, lograron conseguir nombramientos en el Colegio de Francia y en La Sorbona, respectivamente.(31)

El arma más importante usada por los rebeldes durante estos primeros años fue **Annales d'histoire économique et social**, la publicación que Febvre y Bloch habían iniciado en 1929. Consecuente con su plataforma, abrió sus páginas a "resultados" desde el primer momento. ¡Y qué excelente colección de artículos publicó durante su primera década! Con el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial cesó de aparecer. Para entonces, sin embargo, ya se había asegurado una robusta y fiel audiencia. Después de la guerra, la publicación reapareció con otro nombre. Esta vez se llamó **Annales: Economies, sociétés, civilizations**. Pero aunque su prestigio continuó creciendo, cesó de ser el arma principal de lo que, ya para ese entonces, vino a ser la escuela "Analista". En 1947 una nueva sección la Sexta, se organizó en la célebre Ecole Pratique des Hautes Etudes de París con el propósito de conducir investigaciones en el campo de las ciencias sociales. Para dirigir esta nueva empresa se eligió nada menos que a Lucien Febvre, el líder de los Analistas, un intelectual que se sentía igualmente a gusto en varias ciencias sociales y un maestro reconocido del método interdisciplinario. De este modo los Analistas tomaron un punto estratégico desde el cual lanzaron el ataque final contra el bastión de la historia tradicional. Obviamente consciente de que ésta era una oportunidad ideal para establecer una vez por todas su tipo de historia, Febvre se propuso convertir el organismo bajo su dirección en un centro de enseñanza y de investigación, en el cual entronizó el método interdisciplinario. Los resultados no se dejaron esperar: graduados en historia con entrenamiento en las ciencias sociales; graduados en ciencias sociales con entrenamiento en historia y, lo más importante de todo, un aluvión de libros y de artículos proclamando una nueva historia a través de la práctica.

No contento con esto y convencido de que la historia como ciencia social podía beneficiarse de un laboratorio de investigación, Febvre procedió a

organizar el Centro de Investigaciones Históricas y a conseguir, a través de él, donaciones del Centro Nacional de Investigación Científica. Febvre completó su campaña en favor de la nueva historia al obtener que el Servicio de Edición y Venta de Publicaciones de la Educación Nacional (S.E.V.P.E.N.), una agencia gubernamental, se hiciera responsable de la publicación de la mayor parte de la producción histórica que desde el principio fluyó de la Sexta Sección en proporciones industriales.

La combinación de **Annales**, Sexta Sección, Centro de Investigaciones Históricas y S.E.V.P.E.N. resultó demasiado para los historiadores oficiales franceses. En cuanto la Sexta Sección comenzó a localizar a sus egresados en lugares estratégicos, la guardia vieja simplemente abandonó el campo al vencedor. Es en los años 50 que la "nueva historia" tomó los controles del poder.

En 1956 murió Febvre y con su desaparición terminó una época. Un brillante historiador y un líder intelectual agresivo, él había sido la persona indicada para comandar el ataque contra la "vieja historia". Sin embargo, después que la victoria estuvo asegurada, ya no hizo falta un estratega sino más bien un administrador. Por una afortunada coincidencia tales cualidades estuvieron presentes en F. Braudel, el heredero de Febvre. Braudel se había convertido a la "nueva historia" cuando estudiante, a mediados de los años treinta. Después de quince años de ininterrumpido trabajo terminó su disertación doctoral, la misma que fue publicada en 1949. **La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II** fue inmediatamente reconocida como una obra revolucionaria. Como ya lo hemos visto anteriormente, fue en esa obra que el paradigma de la historia que es ahora el distintivo de los Analistas fue propuesto por primera vez. A la muerte de Febvre, Braudel fue elegido para tomar la dirección de la revista **Annales** como también la dirección de la Sexta Sección de la Ecole Pratique. De este momento data la transformación de los Analistas, de una minoría belicosa a la escuela histórica dominante de Francia y del mundo entero.

Durante los años 60, afrontando un creciente volumen de producción histórica, Braudel primero dobló y luego triplicó las dimensiones de **Annales**. Al mismo tiempo, a fin de satisfacer la anorme demanda de instrucción por parte de estudiantes graduados franceses y extranjeros, él aumentó espectacularmente el número de los cursos de la Sexta Sección. En 1956, por ejemplo, el año que Braudel se hizo cargo, la Sexta Sección tenía 56 seminarios. En 1972 esa cifra ascendió a 142. Igualmente importante ha sido la reorganización que Braudel impartió al Centro de Investigaciones Históricas.

Hasta 1956 la producción de esta institución había estado, en su mayor parte, en manos de investigadores que trabajaban en proyectos individuales. Es con Braudel que una idea que surgió con la práctica del método interdisciplinario cobró finalmente concreción: el trabajo en equipo. En efecto él es responsable de la formación de numerosos equipos de investigación interdisciplinaria. Uno de ellos, compuesto de varios especialistas, trabajan en un proyecto que, usando como fuente el "catastro" Florentino de 1427, se propone reconstituir 80.000 familias que vivieron al comienzo del siglo XV. Otro equipo está utilizando el "registro de conscripción" de las tropas del período de la Revolución Francesa y cuando este proyecto se haya completado, proveerá información sobre "un millón de soldados sociológicamente definidos". Hay otros proyectos de este tipo, pero lo dicho bastará como ilustración. Finalmente, Braudel ha mantenido a la S.E.V.P.E.N. extremadamente ocupada. Antes de 1956 los Analistas sometían para publicación un promedio de cinco obras por año; desde entonces ese promedio se ha elevado a diez.

Incuestionablemente, bajo Braudel la escuela Analista se ha convertido en una de las instituciones intelectuales más poderosas de Francia. El hecho muy notable es que hasta la presente este poder no ha generado una nueva ortodoxia. Quizás es muy temprano. Aunque por otro lado, mientras los Analistas mantengan su apetito de aprender de los demás es muy difícil que se vuelvan dogmáticos. Sin lugar a dudas esta apertura mental es una de las razones fundamentales por la que esta escuela se ha ganado tantísimos adeptos dentro y fuera de Francia. Entre ellos figura una nueva generación de historiadores marxistas en Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Europa Oriental, quienes reconocen haberse desarrollado y ser cultores de un marxismo abierto gracias al contacto con los Analistas. "El celo ecuménico con el que los sucesores de Lucien Febvre prestan atención a todo punto de vista, sea revolucionario o meramente innovador, tiene la consecuencia de absorber inmediatamente toda innovación dentro de la corriente dominante". (32) En 1968, afirmando seguir la tradición de *Annales*, F. Braudel entregó de su espontánea voluntad la dirección de la institución a tres jóvenes: Jacques Le Goff, un medievalista, Emmanuel Le Roy Ladurie, un modernista, y Marc Ferro, un especialista en la historia rusa. "Algunas veces he tenido fuertes divergencias con ellos, ha escrito Braudel recientemente, pero gracias a ellos, la vieja mansión se ha convertido una vez más en una casa de juventud". (33)

Lo que Alemania fue para la historia en el siglo XIX, ha sido Francia en el siglo XX. Son los alemanes los que estructuraron un concepto equilibrado

de la historia como disciplina, en respuesta a la crisis del siglo XVII. Son los franceses los que han hecho un esfuerzo similar en nuestro tiempo, como reacción a la crisis del último cuarto del siglo XIX. La realización alemana ha sido llamada una revolución en el pensamiento histórico y así se lo ha denominado a la francesa. Cuáles son los rasgos que distinguen a la segunda revolución del pensamiento histórico? Una manera de responder a esta pregunta es señalando algunas de las implicaciones del método que distingue a la escuela Analista, el método interdisciplinario.

Claramente, el uso sistemático de este método ha revolucionado la escritura de la historia en diversas formas. En primer lugar, permitió a los historiadores adquirir una considerable independencia del documento escrito. "La Historia se confecciona sobre la base de documentos escritos, caso de haberlos. Pero se puede y se debe confeccionarla aún sin ellos".(34) Es en este caso cuando el método interdisciplinario es indispensable para el historiador. "Palabras, símbolos, paisajes, títulos, los trazados de los campos, la vegetación silvestre, los eclipses de luna, los arneses de cabalgas, los análisis de las piedras por los geólogos y de las armas metálicas por los químicos, en una palabra, todo aquello que, perteneciendo al hombre, le expresa y atestigua su presencia. ¿Acaso no consiste una parte de nuestro trabajo, probablemente la más fascinante, en... hacer hablar a las cosas, en hacerlas revelar secretos sobre los hombres o sobre las sociedades que las produjeron, elaborando el sistema de relaciones recíprocas que las une y que suple la ausencia del documento escrito?".(35)

En segundo lugar, el método interdisciplinario ha permitido al Analista, mucho antes que a los cliometristas americanos, romper la barrera cualitativa y hacer un primer esfuerzo para cuantificar la historia. En los años treinta los primeros Analistas tomaron en préstamo de un economista, F. Simiand, y de un historiador económico, F. Labrousse, un análisis estadístico que, en una forma más refinada, está al momento siendo utilizado para medir todo cuanto es medible en la historia: precios, rentas, salarios, población, nacimientos, defunciones, etc. Al comienzo este trabajo se hizo fuera del marco de la teoría de las ciencias sociales, pero durante los últimos 20 años, el historiador Analista ha aprendido a valerse más y más de ella. Además la cuantificación, que al comienzo fue utilizada exclusivamente para estudiar manifestaciones de la vida económica, se utiliza ahora en el análisis de otros aspectos del proceso histórico, como, por ejemplo, el de mentalidades. Una ilustración de esto sería el *Livre et société au XVIII<sup>e</sup> siècle*, de F. Furet, que es el

fruto de un análisis estadístico de la producción y distribución de impresos en la Francia del siglo de las luces.

En tercer lugar, el método interdisciplinario es en gran parte responsable de la predisposición que siente el historiador Analista por "la grande histoire". El lector recordará cómo se había vuelto costumbre, para los historiadores de fines del siglo XIX, preocuparse exclusivamente de trivialidades, como por ejemplo, "La política de Francisco II hacia Mantua en la Tercera Guerra Italiana". Pero este tipo de historia dejó de ser factible una vez que el historiador se apropió del método interdisciplinario. Cuando Bloch comenzó a interesarse por los estudios del Medioevo en la década de 1920, los encontró moribundos. Cuando eventualmente los abandonó en 1944, estos nunca habían estado tan florecientes. El secreto? Su habilidad para captar la sociedad feudal como un todo, algo que a su vez dependió de sus vastos conocimientos de la Geografía, la Sociología y la Economía. En verdad, fue el método comparativo que le permitió, en su *Sociedad Feudal*, no solamente identificar los rasgos típicos de la sociedad medieval, sino también indicar ciertos rasgos comunes en el feudalismo europeo y japonés, algo que le condujo a sugerir que la sociedad feudal es un tipo de sociedad que tiene carácter universal.

Otra característica de la praxis Analista que está relacionada con el método interdisciplinario es lo que se llama "histoire raisonnée". La forma de la historia política y diplomática del siglo XIX había sido la narrativa, "histoire récit". Este fue un estilo adecuado para relatar una secuencia de eventos nítidamente arreglados en orden cronológico. Los datos de la nueva historia, al contrario, aunque no completamente divorciados de un marco cronológico, se arreglan de acuerdo a tópicos y argumentos. Y no podría ser de otra manera, en un tipo de historia que comienza por plantearse un problema y aspira a terminar resolviéndolo. Naturalmente, el estilo adecuado para esta historia no es el narrativo, sino el analítico, o como hemos dicho antes, "histoire raisonnée". Esto no quiere decir que los Analistas no den importancia a su obligación de escribir bien. Al contrario, aprovechando el carácter argumentativo de su historia, Bloch, Febvre, Braudel, han escrito en una forma extremadamente ágil y cautivante.

El último punto que deseo exponer, para demostrar el impacto del método interdisciplinario en la escritura de la historia estilo siglo XX y que la diferencia de aquella del siglo XIX, es que, mientras en el siglo pasado la unidad productora fue el actor individual esa unidad en el presente es un equipo dirigido por un jefe de investigación. "Hace una o dos generaciones el historiador

era un digno señor sentado en un sillón al frente de su index tarjetero que estaba estrictamente reservado para uso personal y celosamente protegido contra rivales envidiosos como un cofre en una caja de seguridad. Estos señores han desaparecido dando vía libre al director de investigación alerta y flexible que, habiendo recibido una amplia educación, habiendo sido entrenado para buscar en la historia materiales que puedan servir para encontrar solución a los grandes problemas de la vida que las sociedades confrontan diariamente, será capaz de planear cualquier investigación, de formular problemas que son problemas, de dirigir a sus investigadores a las fuentes precisas de información, y, habiendo hecho todo esto, de estimar la financiación de cada proyecto, de controlar la rotación del equipo, de establecer el número de cada grupo de trabajo y, finalmente, de lanzar a sus investigadores en la búsqueda de lo desconocido". (36) Una vez más, esta forma de producción histórica, que es lo que caracteriza la nueva historia, está íntimamente relacionada con el método interdisciplinario. Consecuente con su cometido de escribir "la grande histoire", el historiador de hoy plantea interrogantes que abarcan inmensas unidades de tiempo y/o vastos espacios. Más aun, sus preguntas son complejas y, consecuentemente, hay necesidad de penetrar en varios aspectos de la realidad histórica. Puede un hombre sólo ser versado en todas estas dimensiones a la vez? Imposible. De aquí la necesidad de agrupar a especialistas de diferentes épocas, regiones y disciplinas: es decir la necesidad de un equipo de trabajo.

Estas son, entonces, las formas principales en las que la escritura de la historia en 1976 difiere de la historia escrita cien años antes. Estimamos que la distancia entre las dos suma toda una revolución.

Ningún estudio de la escuela Analista puede omitir referencia a la manera como estos estudiosos han relacionado su trabajo con el mundo de hoy. Como se ha dicho, Febvre y Bloch se encontraron en la Universidad de Estrasburgo en 1920. En aquel entonces esta universidad era uno de los centros del Movimiento Reformista Educacional, un movimiento que surgió en Francia después de la Primera Guerra Mundial y que fue muy influyente en los años 20 y 30. Para los intelectuales de este movimiento, tal como la Revolución Francesa había anunciado el triunfo de la burguesía, la Primera Guerra Mundial marcó el momento inicial de su derrumbamiento definitivo. En consecuencia, la hora de las masas había llegado. Pero estas no estaban preparadas para afrontar su responsabilidad histórica. En vista de esta situación la tarea del intelectual era prepararlas y preparar al país entero para un futuro en el cual el destino de Francia estaría en las manos del pueblo. ¿Cómo lograrlas?

to? A través de una completa reforma del sistema educacional. Era necesario echar a un lado el intelectualismo predominante y entronizar en su lugar el desarrollo total del hombre "cuerpo, voluntad y mente". Era también indispensable frenar el excesivo individualismo del pueblo francés y cultivar en ellos un "sentido social". Finalmente, era fundamental dismantelar un sistema educacional que había sido la reserva de la burguesía y crear uno nuevo que cubriría las necesidades del hombre común.

Fueron Febvre y Bloch sensibles a estas ideas? Sabemos que simpatizaron con el Movimiento Reformista Educacional. Además, no es difícil encontrar en los pronunciamientos Analistas una relación muy estrecha con él. Desde su juventud Bloch y Febvre denunciaron el intelectualismo estéril de los Sorbonistas y se burlaron de su tendencia a ver en la historia nada más que los hechos de los grandes hombres. En su lugar ellos defendieron una "historia viva", una "historia integral". Para ellos el verdadero objeto de la historia no era el individuo concebido como la quinta esencia de una colectividad, sino la colectividad misma. Finalmente la función social del historiador era enfocar "los grandes problemas de la vida que las sociedades tienen que afrontar diariamente. . ."

Pero las acciones pueden ser más elocuentes que las palabras. Sabemos que Febvre escogió el siglo XVI como la época de su especialización profesional porque fue en ese entonces que la burguesía francesa, esa clase que al momento estaba empezando a perder control sobre la vida de su país, había dado su primer paso hacia la hegemonía. En cuanto a Bloch, él dedicó su vida al estudio de la Francia rural en el período medieval y lo hizo, como Febvre, con el afán de comprender el siglo XX. Si las clases bajas estaban destinadas a tomar eventualmente el destino del país, era fundamental comprender al campesinado. Desde la perspectiva de la historia de larga duración, esto significaba comprender a la sociedad medieval. No es ninguna coincidencia, entonces, que en muchas de sus obras sobre la Edad Media, Bloch conscientemente examinase la historia desde el punto de vista del campesino.

De todo esto se desprende que para los Analistas no hay un corte decisivo entre el pasado y el presente. Y es de este presupuesto que se puede dilucidar por lo menos dos maneras como esta historia se relaciona con el mundo de hoy. Una de ellas, le envía al historiador al pasado con la doble misión de comprenderlo como pasado y como presente. La otra le lleva a despojar a los grandes héroes de su importancia y a conferir el rol de agente histórico por

exceciencia a los grupos, clases y sociedades. Mientras la primera le permite al historiador contribuir a la comprensión del presente y por lo tanto al esfuerzo que viene siendo realizado por los científicos sociales para controlar y dirigir nuestro destino colectivo; la segunda le permite caracterizar la verdadera naturaleza del agente histórico, de la entidad que en definitiva forjará el futuro.

## **TERCERA PARTE. LA PROBLEMÁTICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS Y LA "NUEVA HISTORIA"**

### **A. El Problema**

Comenzamos este ensayo haciendo referencia al rechazo que la historia, como disciplina, ha sufrido en este siglo, no sólo en los países desarrollados sino también en los subdesarrollados, entre ellos el nuestro. También dijimos, y a continuación tratamos de demostrar, que irónicamente esta actitud se había generalizado precisamente cuando el historiador había logrado conquistas de importancia en su material, conquistas que, a su vez, podrían contribuir a una mejor comprensión de los problemas vitales del hombre del siglo XX. En lo que nos queda de este ensayo queremos esbozar la manera cómo la nueva historia puede ser de particular utilidad al hombre latinoamericano y por lo tanto al ecuatoriano.

La gran depresión de los años 30 cambió en forma radical la concepción que los latinoamericanos tenían de los problemas vitales de sus respectivos países y de la región en general. Desde la Independencia hasta fines del siglo XIX habían vivido preocupados con las grandes dificultades que habían tenido en la organización política, económica y social de sus respectivas naciones. Cuando, al fin, entraron en un período de auge económico y orden relativo, período que se extendió más o menos desde la década de 1880 hasta la de 1920, se convencieron que las doctrinas liberales, que habían llegado a sus oídos a comienzos del siglo XIX y que vieron al principio con desconfianza, tenían mucho de verdad. Para progresar, tanto en la esfera económica como en la política, bastaba poner en práctica principios liberales y permitir que el libre cambio siga su curso sin interferencias de ninguna clase. Todo parecía andar sobre ruedas cuando la gran crisis de 1929 desmanteló para siempre esta confianza. Debido a los años excepcionales de la Segunda Guerra Mundial, esta actitud se generalizó lentamente. Ya para fines de la década del 40, sin em-



bargo, no se buscaba más la salud económica, política y social en el libre juego de las fuerzas sociales. El problema se había cristalizado: para asegurar su futuro los latinoamericanos debían, de ahora en adelante, abandonar la actitud de un mero observador y convertirse en agentes capaces de controlar y dirigir, en beneficio de la colectividad, el devenir de las sociedades latinoamericanas.

Los primeros intelectuales en expresar y, en algunos casos, en prever el cambio de actitud que acabamos de describir fueron los historiadores. Tal es el caso de los cubanos Ramiro Guerra y Sánchez y Fernando Ortiz antes de la Segunda Guerra Mundial, y el de Sergio Bagú inmediatamente después de ella. (37). Pero estos trabajos no tuvieron el impacto que sus cualidades debieron aportarles. Dos razones importantes para esto fueron, en primer lugar, el hecho de que el latinoamericano después de la gran crisis comenzó a percibir el presente como desconectado del pasado y, en segundo lugar, el hecho de que, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, la juventud latinoamericana redescubrió las ciencias sociales, ciencias que les pareció hechas a propósito para resolver los problemas que la gran crisis les había planteado. (38).

Las razones que explican la indiferencia hacia la historia, explican también una renovación que tuvo lugar en un gran número de universidades latinoamericanas en los años 50. Una nueva promoción docente y estudiantil, cada vez más consciente de las consecuencias a largo término desatadas por la gran crisis y cada vez más desilusionada de la manera cómo se enseñaba las ciencias sociales en América Latina, volcó su atención hacia el exterior, especialmente los países anglosajones, donde estas ciencias habían adquirido gran prestigio. Inspirados por lo que vieron, abandonaron la tradición jurídico-retórica típica de las universidades latinoamericanas y se dedicaron a organizar escuelas de economía, sociología y ciencias sociales, las que, aunque muchas veces formalmente relegadas a las facultades de Jurisprudencia, comenzaron a actuar con creciente autonomía. Uno de estos actos fue precisamente el de poner a un lado formulaciones retóricas que sobre la problemática latinoamericana se habían hecho en los años 20 y 30 y el de buscar una mejor comprensión de esta problemática a través de análisis, métodos y técnicas, al parecer rigurosamente científicos. En este estado de cosas fue natural que se importara a la América Latina el último producto de los científicos sociales anglosajones: la teoría del desarrollo.

Examinadas las varias versiones de esta teoría, las novedades que ésta teoría involucraba resultaron ser las siguientes. En primer lugar, se dividía al

mundo en dos grupos de naciones: al uno pertenecían los países industrializados, llamados también "modernos"; y al otro, los no industrializados, llamados también "tradicionales". Entre estos últimos, claro está, figuraban los latinoamericanos. Los primeros fueron caracterizados como sociedades que tenían en sí la capacidad de progresar económica y socialmente en forma indefinida. No así los segundos, que, por debilidades inherentes a su naturaleza, estaban condenados, a pesar de ocasionales períodos de auge, a un estado de estancamiento permanente. La segunda novedad de la nueva teoría se refería a la naturaleza de las debilidades que afligían a los países no industrializados. El problema con estos era que no disponían de todos aquellos elementos que sostenían y alimentaban la vida económica y social de los países industrializados. Por fin, habiendo diagnosticado la enfermedad, la teoría del desarrollo ofrecía como cura programas cuyo fin era el de proveer a los países no industrializados de lo necesario para enrumbarles en el camino del desarrollo autosuficiente.

Este esquema, que pronto fue apodado de "dualista", fue inmediatamente aplicado a la realidad latinoamericana. Así comenzó un período de investigación empírica que tuvo su apogeo en los años 50. Pero a la par que comenzaron a publicarse los resultados de este esfuerzo, surgieron dudas y críticas, sobre todo en la mente de una nueva generación de marxistas latinoamericanos. En efecto, fueron ellos a sacar a luz defectos fundamentales en la posición dualista y a plantear problemas para la solución de los cuales eventualmente se necesitará el concurso del historiador moderno. (39).

Según los críticos marxistas, los dos defectos más nocivos de los dualistas eran un estrecho disciplinarismo y una actitud radicalmente antihistórica. En lo que se refiere al primer problema, los marxistas acusaron a los dualistas de una actitud exageradamente cientifista. Estaba bien repudiar la retórica de antaño, pero el dualista, emulando al científico anglosajón, se había ido al extremo opuesto. En sus investigaciones, por ejemplo, había observado una división de trabajo muy rígida: economistas, sociólogos, antropólogos, cada uno por su cuenta. Por otro lado, había confiado demasiado en sus modelos teóricos y había hecho exhibición de conceptos formales. Todo esto significa para el marxista no comprender lo que es el subdesarrollo, un fenómeno complejo que para él tiene que ser, en primer lugar, abordado globalmente y, en segundo lugar, estudiado en contextos concretos. Tanto para lo uno como para lo otro, es indispensable salir de los confines de la disciplina propia en busca del aporte que pueden dar las otras.

Otra falla fundamental del científico social dualista, según la crítica marxista, es su actitud antihistórica. Para él, que hace alarde de rigor científico, la historia es una disciplina que se debate bajo el yugo de la retórica y de la ideología, y como tal no le interesa. Sin embargo, la interpretación dualista de la problemática latinoamericana presupone toda una serie de interpretaciones históricas. Una de ellas divide la historia universal en dos momentos: antes y después del nacimiento de la dinámica que dará por resultado la "modernidad". Otra interpreta la expansión de la Europa industrial a todo el planeta como la historia de la difusión de lo "moderno" en el mundo entero. Todavía otra niega que los países subdesarrollados hayan tenido historia, pues tiempo histórico implica cambio, desarrollo. Sin lugar a dudas, el científico social marxista tiene razón en acusar al dualista de no haber sido fiel a su formalismo ahistórico de haber hecho uso de la historia en forma arbitraria.

Pasando de la crítica a una contribución positiva, lo que ofrece el científico social marxista, aun siendo importante, es menos conclusivo. Puesto que los trabajos de estos escritores están frescos en la mente del público intelectual, me limitaré a un ligerísimo esbozo de su contenido. A un esquema dualista, los marxistas contraponen uno monista. Mientras que para los dualistas las sociedades "modernas" y las "tradicionales" son el resultado de procesos históricos diversos, para el monista las sociedades "tradicionales" son el resultado de la interferencia en su devenir histórico por las sociedades desarrolladas. Por lo tanto, es inútil hablar de "dualismo", porque el mundo desarrollado y el subdesarrollado, como causa y efecto, son dos aspectos de un proceso histórico único. Mientras que el dualista concibe el desarrollo como un proceso de imitación que permite a las sociedades "tradicionales" adoptar patrones de vida similares a los de las sociedades "modernas", para los monistas los países pobres no podrán desarrollarse mientras no rompan con estructuras externas e internas que se originaron al entrar en contacto con los países industrializados. Finalmente, mientras que los dualistas mantienen que el mejor medio para promover el cambio social es una política reformista, los monistas no ven otra alternativa que una política revolucionaria.

Durante los últimos diez años el esquema monista ha gozado de un gran ascendiente, sobre todo en círculos universitarios. Teniendo en cuenta la problemática del presente ensayo, cabe preguntar hasta qué punto lograron resolver los dos problemas que ellos identificaron en los trabajos dualistas. En lo que se refiere al primero, al problema del disciplinamiento, los monistas han intentado estudios interdisciplinarios con éxito relativo. Igual cosa puede aseve-

rarse respecto a la tentativa monista de captar la realidad latinoamericana a través de una perspectiva verdaderamente histórica. La producción de uno de los mayores exponentes del monismo, la de G. Frank, revela simultáneamente estas dos limitaciones. Consecuente con su crítica de la posición dualista, Frank no acepta la posibilidad de caracterizar el subdesarrollo dentro de los confines de una disciplina: la economía en este caso y busca el apoyo de la historia. Pero lo consigue a medias, pues impone sobre el material histórico premisas epistemológicas que le son extrañas. Frank utiliza los conceptos "metrópoli-satélite" con el objeto de dilucidar ciertas regularidades de tipo económico: a saber, que los períodos de crecimiento de un país satélite coinciden con el debilitamiento de las relaciones con su metrópoli y, viceversa, que los períodos de estancamiento se producen cuando estas relaciones son estrechas. Todo el material histórico que no se puede verter dentro de estos envases conceptuales son ignorados. Un estudio interdisciplinario mal hecho, por lo tanto, es responsable por la explicación simplista que Frank da respecto a la causa del subdesarrollo.

Lo que hemos dicho demuestra al mismo tiempo que Frank no tiene sensibilidad histórica: en este sentido el contraste con Marx es aleccionador. (40) Quiriendo comprender el rol de la moneda en un sistema económico, Marx no hizo uso de las exposiciones pseudo-históricas que tenía a la mano y que eran un recuento formal de las ventajas del dinero sobre el trueque. A Marx le interesaba comprender el funcionamiento real, y con este fin hizo un análisis minucioso de la variedad de usos de la moneda y del desarrollo de estos usos a través del tiempo. Sólo cuando Marx había llevado a su término esta investigación, se propuso caracterizar en forma abstracta el rol de la moneda. Tomando en cuenta la predilección de los monistas por hacer abstracciones combinando las propiedades comunes de una serie heterogénea de situaciones históricas, se les ha acusado, con justicia, de "formalismo". Más todavía, en vista de esto y notando la contraposición que punto por punto existe entre el esquema dualista y el monista, un crítico del monismo lo ha calificado de "contraideología". (41)

Considerando todo lo dicho hasta el momento, resulta claro que el esfuerzo por comprender la realidad latinoamericana ha comportado las experiencias que, sin dejar de tener sus aspectos positivos, no han tenido el éxito deseado. Esto se ha debido, en definitiva, al formalismo que ha caracterizado ambas experiencias. El dualismo trató de captar el subdesarrollo latinoamericano indirectamente, a través de un esquema formulado por oposición con la sociedad desarrollada. El monismo, mientras tanto, comenzó haciendo

profesión empírica, pero al ponerla en práctica con demasiada premura, fue víctima de otro modelo como también del ardor polémico contra el modelo dualista. En ambos casos el análisis socio-económico no logró acceso a la realidad latinoamericana o lo consiguió en forma muy parcial. Sin embargo, hay que admitir que el monismo constituyó un avance sobre el dualismo: tuvo el mérito de plantear, aunque no de resolver, dos de los requisitos fundamentales para la comprensión de la realidad latinoamericana: la necesidad de un estudio verdaderamente interdisciplinario y el imperativo de un encuadramiento radicalmente histórico. Hoy en día, precisamente, los científicos sociales latinoamericanos están tratando de responder a estos imperativos. Por lo tanto, este es el momento oportuno para que ellos establezcan contacto con el intelectual que, más que ningún otro en este siglo, ha luchado con estos problemas el historiador.

## B. La Contribución del Historiador

Para poder apreciar una posible contribución de parte del historiador tipo Analista para captar lo social en forma global, conviene describir las tentativas principales que se han hecho para unificar las ciencias sociales hasta el momento. Una de ellas ha sido la de buscar una base teórica común. Homans, por ejemplo, mantiene que una ciencia de la conducta humana formularía leyes que constituirían la base de todas las ciencias sociales. La sociología, economía, etc. se limitarían a describir la operación de estas leyes en varios contextos institucionales. Otro ejemplo nos ofrece Lipset. Esta vez se trata de la formulación de una teoría formal, la teoría de sistemas. Puesto que esta teoría es aplicable a todas las ciencias sociales, Lipset ha sugerido que se la adopte con el fin de integrarlas. También se ha hecho un esfuerzo por unificar las ciencias sociales proveyéndolas de una base metodológica común. Varios autores, impresionados con la creciente aplicación de las matemáticas a estas ciencias, creen que este lenguaje formal puede convertirse en un lenguaje de base para los científicos sociales. Por fin, otro esfuerzo por romper barreras disciplinarias ha sido el uso de modelos. Los más utilizados combinan factores disciplinarios con extradisciplinarios, de los cuales los primeros son considerados como variables y los segundos como parámetros del modelo. (42)

Tanto la búsqueda por una base teórica como por una metodología comunes no han tenido éxito. Pues se trata de estrategias universalizantes que necesariamente dejan a un lado las características peculiares de diversas formas de organización social tanto en el espacio como en el tiempo. En lo que

se refiere al uso de modelos, éstos, a primera vista, prometen más, pero cuando se les examina de cerca tampoco resuelven el problema interdisciplinario. Recurriendo a un ejemplo, tenemos el caso de la economía normativa a nivel macroeconómico. En este campo el economista necesariamente tiene que tratar con conceptos que vienen de otras disciplinas. Lo interesante del caso es que por lo menos el economista ortodoxo siempre los incorpora en sus modelos como factor "exógeno". Y este es el problema, porque de esta manera el factor extradisciplinario hace acto de presencia, pero no participa. Esta falta de participación salta a la vista en la manera como los economistas usan el concepto de "gobierno". Para ellos gobierno, factor extradisciplinario, es un organismo "neutral" cuyos objetivos no dependen de la naturaleza del sistema económico que dirige, sino más bien de un concepto de "racionalidad" económico. Para el científico político, mientras tanto, "gobierno" es todo lo contrario. Por lo tanto es el aporte del científico político (factor extradisciplinario) el que ha sido excluido del modelo del economista. El uso de modelos, por consiguiente, por lo menos como han sido utilizados hasta el momento, no ha resuelto la integración de las ciencias sociales.

En esta situación, ¿Cuál podría ser el aporte del historiador Analista? Como ya sabemos, el punto de partida de este historiador es la unidad fundamental de lo social. Por esta razón estaría de acuerdo con Myrdal en pleno cuando este escribe: "en realidad. . . no existen entre los hechos del mundo social ninguna separación que corresponda a nuestra subdivisión tradicional académica de las ciencias sociales en disciplinas separadas. Un análisis realístico de los problemas no puede, en ningún caso, detenerse frente a tales líneas de demarcación. En efecto, desde un punto de vista lógico la distinción entre factores "económicos" y factores "no económicos" es un expediente tan inútil y absurdo que debería ser sustituido por la distinción entre factores "pertinentes" o "no pertinentes", o mejor todavía, entre más "pertinentes" y menos "pertinentes" (43). Tomando como punto de partida este punto de vista, el historiador Analista ha formulado una estrategia de investigación interdisciplinaria cuyos rasgos generales son los siguientes. Consecuente con su concepción de la realidad social, el concepto que dirige su trabajo es el de "totalidad". Para él hay dos tipos de totalidad: la "general" y la "específica". La primera capta la premisa arriba mencionada y es una categoría orientadora que desde el fondo acompaña toda investigación. La segunda es funcional y es indispensable para establecer el límite entre lo "más" y "menos" pertinente. En cuanto al criterio para hacer esta distinción, el Analista depende del concepto de "histoire probleme". Es decir, el territorio intelectual de

una investigación es función directa del problema formulado por el investigador y no de una demarcación disciplinaria. (44)

Todo esto a un nivel general. Pasando ahora a una formulación más concreta y utilizando el ejemplo arriba mencionado concerniente al uso del concepto de "gobierno" por el economista en el campo de la macroeconomía, el historiador Analista sugeriría que para captar lo social en su totalidad es indispensable transformar el factor extradisciplinario (i. e. gobierno) de "exógeno" a "endógeno". Pues solamente cuando el "gobierno" es considerado como lo concibe el científico político o el historiador, como la expresión de intereses de clases en un momento dado, por ejemplo, que el economista ha trascendido su disciplina, por un lado, y se ha puesto en condiciones de captar las características peculiares de un sistema social determinado, por otro. Para organizar un método verdaderamente interdisciplinario, por lo tanto, valdría la pena, para usar la terminología del científico social, experimentar con modelos que admitan factores extradisciplinarios como factores "endógenos". (45)

Pasando de la teoría a la práctica el historiador analista señalaría la importancia de aprender de las experiencias del trabajo de equipo. Eso de confeccionar modelos al margen de la investigación tiene su valor, pero puede degenerar en un juego intelectual. Es igualmente importante deducir lecciones del trabajo realizado por equipos de especialistas, especialmente de aquel que ha sido coronado con el éxito. Esto es factible si consideramos que lo que une a los investigadores en un equipo es una problemática común. En una situación como esta los investigadores necesariamente buscan y encuentran un vocabulario de base. Es posible que de este vocabulario se pueda deducir principios para el establecimiento de un verdadero método interdisciplinario. (46) Pero el analista tendría una advertencia que hacer. Para ellos un trabajo de equipo que no reúne un amplio número de especialidades y sobre todo que no buscan el concurso del historiador está destinado al fracaso. Es lo que según ellos sucedió en los Estados Unidos con el Area Studies Programmes. Estos equipos fueron, en primer lugar, dominados por unas pocas de las ciencias sociales "nuevas" (economía, sociología, ciencia política) y, en segundo lugar, desprovistos de la contribución del historiador. El resultado, para un Analista, era por descontado. (47) Y esto nos lleva a considerar una segunda manera como el Analista puede contribuir a una mejor comprensión de la problemática latinoamericana.

La razón que el Analista da para considerarse indispensable en un equipo que se dedica a investigar lo social es muy simple: la naturaleza de lo social es histórica. "No conocemos la realidad social si la vemos solamente desde afuera y si ignoramos su estructura íntima. Para llegar a saber como es hecha, es indispensable saber como se ha hecho, es decir seguir en la historia la manera como se ha organizado progresivamente. Para poder, con alguna esperanza de éxito, preveer el futuro, lo que debe ser la sociedad de mañana, es indispensable estudiar las formas sociales del pasado más lejano. Para comprender el presente, es necesario salir de él". (48) Estas palabras, escritas por Durkheim a principios de siglo, un Analista las aceptaría de plano.

Que la naturaleza de lo social es histórica, por lo tanto, es algo que el científico social ha proclamado ya por mucho tiempo. Pero que ha hecho al respecto? En la práctica poco o nada. Como hemos visto, es solamente durante estos últimos años que ha comenzado, particularmente el de extracción marxista, no solamente a consumir sino también a producir historia. El resultado ha sido un análisis del pasado, muchas veces brillante, pero por lo general carente de historicidad. Enumeremos algunas de las maneras como los científicos sociales han tratado de captar lo social en su dinamismo histórico. Algunos han utilizado datos históricos como medio para controlar las generalizaciones de su ciencia y así acercarla a la realidad histórico-social. Otros, en cambio, han vertido el material histórico en envases conceptuales provenientes de la economía, sociología, antropología, etc. Todavía otros han utilizado varias versiones de lo que Hobsbawm llama "marxismo vulgar", es decir, la aplicación mecánica del esquema marxista al material histórico. Por fin, hay quienes han hecho lo que los economistas denominan "estática comparada", procedimiento inaugurado por Rostow, en virtud del cual un modelo sirve como media para poder apreciar el desarrollo de un país no industrializado en relación con otro industrializado a través del tiempo.

Y nuevamente surge la pregunta, ¿Cómo podría el historiador del siglo XX, el Analista, contribuir a restituir el elemento de "historicidad" a nuestro conocimiento de la realidad social y así ayudarnos a comprenderla adecuadamente? La respuesta es, claro está, a través de una nueva historia. Una historia analítica, que busca conocimientos "nomotéticos" por intermedio de un método dialéctico. Es este método que, por ser estructurado de categorías arlecuadas para la aprehensión de lo temporal, permite captar la naturaleza histórica de lo social. No por nada los Analistas lo llaman "la dialéctica de la duración". Esta dialéctica tiene dos ejes. El primero se podría llamar el eje



de "simultaneidades" y es la dialéctica entre "estructuras", "conyunturas" y "eventos". El otro es el eje de las "sucesiones" y es la dialéctica entre "rupturas" estructurales a través del tiempo. Veamos ahora como el analista puede utilizar estas dialécticas para asir lo histórico en nuestra realidad social.

Tomemos la primera. Utilizando el eje de "simultaneidades", el analista puede reabrir el debate sobre el carácter de la sociedad latinoamericana. Capitalismo o Feudalismo? Esta vez ya no se trataría de una confrontación formalista. Armados de su modelo histórico a tres pisos (estructuras, conyunturas y eventos), y siguiendo los preceptos de su profesión, acudiría a fuentes históricas documentales y no documentales. De por sí esto ya sería un aporte a una mejor comprensión de la dimensión histórica de nuestra realidad. Acto segundo, basándose en material empírico el Analista procedería a reconstruir varios tipos de sociedades históricas en el espacio latinoamericano. Esta reconstrucción, siguiendo la estrategia de investigación analista, se haría desde abajo hacia arriba: estructuras, conyunturas y eventos, niveles entre los cuales el primero y el segundo —que tratan de la vida económica y social— recibirían especial atención. Llegado a este punto el Analista está en condiciones de ofrecer una tipología de sociedades históricas en América Latina. Esto a su vez permitiría el desarrollo de la historia comparada. Finalmente, nuestro historiador podría entrar en diálogo con historiadores de otros países subdesarrollados lo que le llevaría a la creación de una nueva historia: la historia del tercer mundo. Así el historiador Analista restituiría a los países subdesarrollados una dimensión de la que fueron privados, de buenas a primeras, por el concepto de "sociedad tradicional"; la del pasado.

En lo que se refiere al eje de las "sucesiones", esta dimensión de la dialéctica histórica es también indispensable para el esclarecimiento del debate Feudalismo—Capitalismo. ¿Se puede verdaderamente mantener que las sociedades latinoamericanas han sido capitalistas o feudalistas desde el siglo XVI hasta el presente? Las dos tesis han impresionado al analista como demasiado generales. Lo urgente en este sentido sería una investigación que se proponga estudiar los cambios experimentados por los varios tipos de sociedades históricas de la región dando especial atención a períodos de ruptura estructural, fenómeno que existe en nuestra historia y que hasta el momento ha sido ignorado. Una historia analítica de rupturas por lo tanto permitiría fijar una lógica de las sucesiones históricas en América Latina. El interés de estas investigaciones para un científico social que estudia el subdesarrollo debería ser evidente.

Así, por medio de lo que se podría llamar un análisis sincrónico y diacrónico, el historiador analista puede de inmediato entrar en acción y ayurlar a sus colegas a confrontar una vez más lo que alguien ha llamado recientemente la cuestión clave que ocupa hoy a las ciencias sociales latinoamericanas: es decir, el verdadero carácter de nuestras sociedades. (49) A más largo plazo, y gracias al trabajo de equipo, el historiador podría contribuir a remediar la falta de historicidad del conocer que es uno de los problemas más urgentes que enfrentan las ciencias sociales hoy en día. (50) Por fin, nos imaginamos que su concurso será indispensable para la construcción de un nuevo edificio propuesto recientemente por científicos sociales ingleses que estudian problemas de desarrollo: el establecimiento de las "ciencias sociales históricas". Esta nueva disciplina integraría una historia nomotética con una economía, sociología, antropología, etc. que ya no pretendan la formulación de leyes universales sino más bien el descubrimiento de regularidades circunscritas dentro de un espacio—tiempo determinado. (51)

Parece entonces que la historia está adquiriendo cada día mayor importancia para los científicos sociales. Estos, sin embargo, dominados por una desconfianza hacia la historia del "historiador" que ya es casi secular, ha tratado de tomarla en sus propias manos. Esperamos vivamente que el contenido de una ponencia como la presente contribuya a neutralizar esta actitud negativa y a permitir una división de trabajo que, en lugar de separar, reúna a estudiosos que tienen una problemática común.

### C. A Modo de Conclusión

Y ha llegado el momento de decir por lo menos unas pocas palabras sobre el Ecuador. Si es verdad que las ciencias sociales en América Latina y por lo tanto en el Ecuador necesitan, para comprender los problemas de subdesarrollo en forma global, un método interdisciplinario y una mejor comprensión de la historicidad de lo social, entonces, es necesario que se piense en institucionalizar la "nueva historia" en nuestro medio. Por otro lado, ahora que una nueva promoción de científicos sociales ecuatorianos están empeñados en sentar las bases para una comprensión científica de los problemas del país, nos parece que este es el momento oportuno. Pero hay algo más. Ya existe en el Ecuador un grupo de intelectuales interesados en la historia y que están utilizando en sus trabajos el materialismo histórico. Un diálogo con la historia analista les sería de un inmenso beneficio, como lo ha sido para historiadores marxistas en Europa e inclusive en los Estados Unidos. Si por un la-

do el analista ganaría en poder de conceptualización gracias al contacto con el marxista, para este último la presencia del primero sería como una vacuna contra un formalismo excesivo. Y no querríamos que se nos comprenda mal: no estamos recomendando un eclecticismo desarticulado, una yuxtaposición desordenada de elementos. Lo que auguramos es el inicio de un debate, un diálogo fructífero entre dos puntos de vista definidos.

En lo que se refiere a las medidas concretas que se debe tomar para institucionalizar la "nueva historia", ésta ha sido una de las preocupaciones principales de esta ponencia. En efecto, el estudio que hemos hecho en las dos primeras partes de este ensayo sobre la actividad empresarial de Ranke en el siglo XIX y de Bloch, Febvre y Braudel en el siglo XX, lo hicimos con la segunda intención de subrayar la importancia de esta actividad para la organización y desarrollo de una disciplina. Sería deseable que el ejemplo de estos empresarios intelectuales sirvan de inspiración a jóvenes historiadores en nuestro medio. Además, nuestra extensa caracterización de la escuela Analista podría ofrecer sugerencias prácticas para la tarea que les espera. Personalmente no puedo ser más específico en este momento porque he vivido algún tiempo fuera del país. Son los estudiosos que están en íntimo contacto con él los que tienen que aprovechar de las experiencias de nuestros colegas del pasado y del presente.

## NOTAS

- (1) P. Burke, ed. *A New Kind of History*, London, 1973, p. 28.
- (2) Hay indicios de que los ecuatorianos comienzan a interesarse nuevamente en historia. Pero esto es muy nuevo. Prueba del estancamiento de esta disciplina en el Ecuador es su bajísimo nivel de desarrollo institucional. En las universidades del país, por ejemplo, conduce una vida parasitaria.
- (3) Antes de comenzar creemos procedente advertir al lector de algunas características de la Primera Parte de esta ponencia. El propósito de darnos a conocer nos ha tentado a ofrecer al científico social un análisis del desarrollo de la historia como disciplina desde su infancia hasta el siglo XX. Este análisis no es el usual que se encuentra en los textos convencionales de historiografía, en los cuales la lógica del desarrollo de la historia es oscurecida por una excesiva atención a autores y a escuelas. Lo que nosotros hemos tratado de hacer es sacar a flote el hilo conductor que ha dirigido el progreso de nuestra disciplina. Además esta Primera Parte no es un mero resumen de fuentes secundarias. Todo lo que se refiere al desarrollo de la historia como institución, por ejemplo, proviene exclusivamente de fuentes primarias, como la *Revue Historique*, 1876—1976, y la *Historische Zeitschrift*, 1959—1976. Sin embargo el lector encontrará pocas referencias a ellas. Darlas en forma completa hubiera implicado una cantidad enorme de citas, las que hubieran abultado lo que en realidad es sólo una introducción al tema de esta ponencia.
- (4) Como es bien sabido hubo una variedad de escuelas históricas en el siglo XIX. Pero fue la de Ranke la escuela dominante.
- (5) F. Stern, ed. *Varieties of History*. New York, 1957, p. 56.
- (6) *Ibid.*, p. 58
- (7) *Ibid.*, p. 59
- (8) *Ibid.*, p. 172
- (9) *Ibid.*, p. 173
- (10) *Ibid.*, p. 174.
- (11) P. Frederick, *Historical Studies in France and Germany*, Baltimore, 1882, p. 52.
- (12) Los historiadores americanos se rebelaron contra la escuela rankeana a principios de siglo y se organizaron bajo el estandarte de la *Progressive History*. Se trató de una escuela que, habiendo denunciado la historia diplomático-política como demasiado estrecha e irrelevante, se dedicó a estudiar el pasado económico y social de los Estados Unidos. La *Progressive History* tuvo su gran apogeo en los años 20 y 30, pero, al perder fuerza como movimiento intelectual en los 20 años siguientes, no logró institucionalizarse. En lo que se refiere a la revolución de historiadores

res rusos, ésta surgió a raíz de la revolución de Octubre. Gracias al apoyo de Lenin y a la capacidad empresarial de Pokrovsky, la nueva historia, la historia marxista, logró institucionalizarse en los años 20, sólo para ser convertida por Stalin, al poco tiempo, en un instrumento político.

- (13) H. R. Trevor Roper, "Fernand Braudel, the Annales and the Mediterranean", *Journal of Modern History*, 1972, p. 468.
- (14) J. H. Hexter, "Fernand Braudel and the Monde Braudellien . . .", *Ibid.*, pp. 480-539.
- (15) *Annales d'histoire Economique et Sociale*, I, 1929, pp. 1-2.
- (16) *Ibid.*
- (17) F. Braudel, *Ecrits sur l'histoire*. París, 1969, p. 21.
- (18) M. Bloch, *The Historian's Craft*. Manchester, 1954, p. 26.
- (19) *A New Kind of History*, p. 36.
- (20) *The Historian's Craft*, p. 10.
- (21) *Ecrits sur l'Histoire*, p. 22.
- (22) *Ibid.*
- (23) *The Historian's Craft*, p. 27.
- (24) *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 1949, p. 496.
- (25) J. H. Hexter, "Fernand Braudel and the Monde Braudellien. . .", p. 491.
- (26) *The Historian's Craft*, p. 26.
- (27) E. Hobsbawm, "Karl Marx's Contribution to Historiography". *Diógenes*, 1968, p. 42.
- (28) F. Braudel, *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'Époque de Philippe II*, París, 1966, v. 2, p. 520.
- (29) *A New Kind of History*, p. 37.
- (30) *Ibid.*, p. 32.
- (31) Las fuentes que hemos utilizado para escribir sobre la institucionalización del nuevo concepto de la historia son las siguientes:  
 (a) Comité français des sciences historiques, *Vingt-cinq ans de recherche historique en France (1940-1965)*. (b) Laboratoire associé no. 93, *Rapport d'activité 1969-1970 et programme scientifique 1971-1974*. (c) *Ecole Pratique des Hautes Etudes: VI Section Programme d'enseignement 1971-1972*. (d) *Ecole Pratique des Hautes Etudes: VI Section, Annales, 1959-1971*.

- (32) J. Glenisson, "L'historiographie française contemporaine: Tendances et réalisations", *Vingt-cinq ans de recherche historique en France (1940-1965)*, p. lxiii.
- (33) F. Braudel, "Personal Testimony", *Journal of Modern History*, 1972, p. 467.
- (34) *A New Kind of History*, p. 34.
- (35) *Ibid.*
- (36) *Ibid.*, p. 33.
- (37) Ramiro Guerra, *Azúcar y Sociedad en las Antillas*, Habana, 1929; Fernando Ortiz, *Contrapunto Cubano*, Habana, 1933; Sergio Bagú, *Economía de la Sociedad Colonial*, Buenos Aires, 1949.
- (38) En efecto, se trata de un redescubrimiento. Las ciencias sociales tuvieron su primer auge en la América Latina a fines del siglo XIX y comienzos del XX.
- (39) Ver, por ejemplo, A. G. Frank, *Sociology of Development and Under development of Sociology*. London, second reprinting, 1973.
- (40) La caracterización de Marx como historiador ha sido tomada de: P. Villar, "Storia Marxista, Storia In Costruzione", en F. Braudel, ed., *Problemi di Metodo Storico*, Roma, 1973.
- (41) E. Veron, "Ideología y Producción de Conocimientos Sociológicos en América Latina". *América Latina*, Rio, num. 4, 1968.
- (42) No he dado referencias porque el material al que me he referido en este párrafo es del dominio del científico social.
- (43) G. Myrdal, *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, London, 1957, p. 10.
- (44) Esta es nuestra interpretación de varios trabajos Anallistas. Ver, por ejemplo: F. Braudel, "Unité et Diversité des Sciences de l'homme", *Revue de l'enseignement supérieur*, no. 1, 1960, pp. 17-22. Por el mismo autor: "La Longue Durée", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, no 4, 1958, pp. 725-753.
- (45) *Ecrits sur l'histoire*, p. 91.
- (46) *Ibid.*, p. 42.
- (47) Citado por H. D. Mann en Lucien Febvre: *la pensée vivante d'un historien*, Paris 1971, p. 83.
- (48) I. Sotelo, *Sociología de América Latina: Estructuras y problemas*. Madrid, 1972, p. 34.
- (49) U. Cerroni, *Metodología y Ciencias Social*, p. 68
- (50) H. Bernstein, ed., *Underdevelopment and Development: The Third World Today*. London, 1973. See Introduction.